

Herbert Clyde Lewis
OFENSIVA DE PRIMAVERA
PERIFÉRICA



LARGO RECORRIDO, 206

Herbert Clyde Lewis
OFENSIVA DE PRIMAVERA

TRADUCCIÓN Y POSFACIO DE
ÁNGELES DE LOS SANTOS

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2025
TÍTULO ORIGINAL: *Spring Offensive*

© Herbert Clyde Lewis, 1940
© de la traducción y el posfacio, Ángeles de los Santos, 2025
© de esta edición, Editorial Periférica, 2025. Cáceres
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-10171-38-1

La editora autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

A mis padres

CAPÍTULO UNO

Peter Winston se hallaba solo en tierra de nadie cuando los alemanes iniciaron aquel ataque del que, desde mucho tiempo atrás, se sospechaba que tendría lugar de un momento a otro y que puso fin a meses de silencio en el frente occidental. Era un precioso día de abril y el aire de Alsacia-Lorena se iba suavizando como por arte de magia antes de la primera gran acometida de la primavera. En el cielo azul, unas asombrosas volutas de nubes flotaban lánguidamente mecidas por la dulce brisa, unas nubes tan frágiles que alguien podría deshacerlas de un soplo. La superficie del ondulado terreno, helada por el invierno, se descongelaba con tanta rapidez que casi podía oírse cómo respiraba y crujía. Todo hacía un frenético esfuerzo por empezar a crecer. Incluso las minas terrestres, plantadas con astucia el año anterior, parecían capullos que estaban brotando, y los fortines abandonados que se agazapaban detrás de los arbustos parecían estar desarrollando capas de grasa adicionales en sus redondas panzas. Debido a los trajes de camuflaje que había por todas partes, el paisaje parecía incluso más hermoso que antes. En unos bosquecillos hábilmente modificados, crecían árboles que

ocultaban desniveles para cañones, y los senderos, que en realidad eran carreteras para pesados tanques, serpenteaban por fértiles prados. Bajo el efecto sonoro del gorjeo de unos pocos pájaros y del zumbido de las moscas, Winston se sintió completamente en paz con el mundo. De hecho, estaba pensando en lo mucho que aquel idílico escenario se parecía al paisaje campestre de las inmediaciones de su casa, en Indianápolis, cuando, sin ningún aviso, todas las armas del bando alemán entraron en acción al mismo tiempo con feroz y mortal intensidad. Winston imaginaba que se encontraba en su hogar, en Indiana, durmiendo en un campo de tréboles; su madre le había echado una manta por encima para que no se enfriara y, cuando ella se hubo marchado, llegó su novia y se metió debajo de la manta con él.

La guerra, hasta aquel momento, le había resultado sumamente aburrida. Tenía veintitrés años, era un joven alto, medía más de un metro ochenta, y era voluntario en el Segundo Batallón de la Tercera Brigada de la Séptima División de la Fuerza Expedicionaria Británica¹ en Francia. La compañía de Winston estaba acuartelada en el granero más grande del mediocre pueblo de Latouche. No es que a Winston le disgustara ese lugar: sin duda era pintoresco y sus viviendas eran diferentes en forma y tamaño de las que él había conocido hasta entonces. Sin embargo, en vista de que al cabo de un mes de su llegada ya había visto todo lo que a cualquier joven corriente podría interesarle de un sencillo pueblo francés, estaba ansioso por marcharse a cualquier otro lugar. La absoluta imposibilidad de comunicar su deseo a sus superiores militares era sólo una de las muchas razones por las que estaba aburrido. Su compañía tenía orden de permanecer allí todo el invierno, y Winston

se encontró en la extraña tesitura de quien, proponiéndose liberar al mundo, se convierte en prisionero de su propia ambición. Latouche era poco menos que una cárcel al aire libre. Cuando él llegó, a principios de diciembre, las lluvias habían transformado el pueblo en un lodazal. Los demás soldados de su compañía no tardaron en acomodarse dentro de lo posible, pero Winston era incapaz, por mucho que lo intentara.

James Merrill, un joven voluntario canadiense, le dijo que su problema era que no podía conciliar sus ideas sobre la guerra con las de sus compañeros británicos. Éstos se contentaban –cuando no tenían que trabajar construyendo una línea tras otra de emplazamientos para ametralladoras– con holgazanear por el espacioso granero, con leer revistas suministradas por los numerosos grupos de apoyo a los soldados que había en su país, con jugar partidas de *solo whist*, de *brag*, de damas, de ajedrez, así como interminables partidos de bádminton en las diversas pistas que habían improvisado aplastando el barro que rodeaba el granero. Merrill le explicó que esos jóvenes británicos, al haber nacido a la sombra de la guerra, estaban del todo dispuestos a seguir sanos y salvos durante un tiempo indefinido. Cuando llegara la orden de marchar a combatir las balas alemanas, ninguno de esos hombres se quedaría atrás, afirmó Merrill, pero, hasta entonces, mientras el alto mando no se quejara de que siguieran vivos, tampoco tenían razones para no sentirse bien.

Winston admitió que estaba deseando que lo mataran. No podía evitarlo y no era culpa suya, le dijo a Merrill, pero eso era lo que sentía. Cuando estaba en Indianápolis, iba a la biblioteca y, desplegando ante él revistas y mapas, mataba a miles de ingleses,

franceses y alemanes en una tarde, en una guerra imaginaria. Estaba descontento de que los aliados no hubieran enviado sus Fuerzas Aéreas a Polonia cuando el gigante alemán atacaba Varsovia. Le enfadó muchísimo que los aliados no hubieran intentado destruir la línea Sigfrido mientras los alemanes estaban ocupados con los polacos, y nada de lo que Merrill pudiera decirle le haría cambiar de parecer.

La inactividad tenía un efecto negativo en Winston. Le había costado mucho que lo aceptaran como voluntario en la BEF; había tenido que renunciar a la ciudadanía estadounidense y hacerse pasar por canadiense, además de superar montañas de trámites, antes de verse por fin en un vehículo que sacó de Quebec a un pequeño número de soldados en una noche de niebla. Después de tomarse todas esas molestias, no tardó en descubrir que los ingleses no necesitaban hombres en aquellos momentos. Necesitaban dinero, munición y maquinaria, y estarían dispuestos a aceptar un reloj de oro en señal de contribución patriótica, pero no necesitaban voluntarios.

Tras la llegada del invierno a Latouche, Winston empezó a comprender por qué y, durante unas cuantas semanas, fue especialmente consciente de que era una boca más que alimentar y, de hecho, rechazó varias comidas, para asombro de los otros, cuyo apetito era insaciable hasta el punto de ir corriendo a la cocina con sus platos de campaña sin apenas remordimientos de conciencia. En el transcurso del invierno, el joven cuerpo de Winston traicionó sus ideales y lo obligó a comer como todos los demás, aunque ni siquiera entonces se encontró bien.

Winston descubrió que él era el único estadounidense que había en Latouche. Los británicos, según averiguó pronto, y en concreto el soldado de primera Ravenswood, su superior inmediato, no eran muy amables con los estadounidenses. A algunos de ellos Winston les repugnaba casi tanto como suponía que a él le desagradaban los alemanes. Reunidos en una u otra de las ocho pequeñas tabernas de Latouche, sacaban a relucir la cuestión de las deudas de guerra en cuanto veían a Winston y no dejaban de preguntarle si creía de verdad que Estados Unidos había ganado la guerra anterior. Winston dejó de ir a las tabernas. Se pasó un tiempo intentando jugar a las damas, pero la mera vista del tablero lo hacía bostezar sin remedio. Merrill se apiadó de él y le enseñó los rudimentos del bádminton, pero sin ningún éxito. Merrill se había alistado como voluntario porque creía en el Imperio, mientras que Winston afirmaba que él lo había hecho porque creía en la democracia; no obstante, la diferencia entre ellos dos era que Merrill también podía creer en el bádminton en unos días en que el Imperio estaba temporalmente en segundo plano. Winston intentaba con todas sus fuerzas que le gustara el bádminton. Cuando lanzaban la pluma en su dirección, él la golpeaba con la raqueta con la misma vehemencia con que sus antepasados agitaban la culata de los rifles ante los indios que los atacaban con sus hachas de guerra. Sin embargo, al poco, Winston le dijo a Merrill que no tenía sentido fingir. Él había recorrido más de seis mil kilómetros para luchar en una guerra, y, aunque la gente se riera de él, la cuestión seguía siendo que, tras un viaje tan largo, le resultaba humillante perder el tiempo golpeando una especie de embudo con plumas por encima de una red.

Winston nunca había jugado a las cartas. Jugaba a los dados, pero, al ser el único estadounidense de Latouche, le era imposible organizar una partida el día de paga. Los demás deportes y juegos de los reclutas ingleses también aburrían a Winston, así que, al principio del invierno, tomó la decisión de leer muchos libros buenos antes de dejar que lo mataran. Ésta fue una de sus más serias decepciones, porque, si bien no se había esperado encontrar en el comedor precisamente la sede principal de la Biblioteca Pública de Indianápolis, había abrigado la razonable expectativa de toparse con unas cuantas novelas buenas, libros de historia y de viajes, además de todas las revistas y periódicos que merecieran la pena. Le produjo una profunda desilusión descubrir que la biblioteca de Latouche consistía en trescientas novelas de detectives y de amor, un ejemplar de *David Copperfield* manchado de huevo y el volumen dos de los *Ensayos* de Lamb. Nunca averiguó qué había sido del primero. En cuanto a las revistas y los periódicos, sólo había literatura popular británica, sin un solo *Times* de Londres entre ellos. Enseguida dejó de intentar comprenderlo.

Salvo las ocasiones en que el soldado de primera Ravenswood lo molestaba, los demás no le hacían mucho caso. Por pura desesperación, decidió pasar el invierno perfeccionando la lengua francesa, que había estudiado en la escuela. De hecho, había llevado consigo un pequeño Larousse, una gramática francesa y una edición de *Les Misérables* en papel biblia, pensando que podrían ser de alguna ayuda si la BEF tomaba la decisión de convertirlo en espía. Winston miraba a su alrededor buscando a algún francés con el que conversar, y eso era otro motivo de gran decepción. Descubrió que en Latouche sólo quedaba un francés, un hombre llamado Jean, un

campesino anciano y ligeramente sordo que se había resistido a todas las zalamerías del Ejército, que quería trasladarlo, junto con otros habitantes, lejos del frente. Jean era prácticamente analfabeto. Encima, hablaba un dialecto y, para empeorar las cosas, en la contienda anterior se había visto afectado por una dramática especie de neurosis de guerra que, contra su voluntad, cada treinta y nueve segundos, lo llevaba a emitir con la boca unos ruidos insoportables. Winston abandonó a Jean después del primer intento. Descubrió que Merrill hablaba francés con fluidez y se pasó dos días engatusando al canadiense para que conversara con él en la lengua local.

—*Ah, bonjour, Monsieur Merrill!* —decía Winston cuando se cruzaba con él, lo cual era frecuente, por el abarrotado granero—. *Il fait froid, n'est-ce pas?*

Al final del segundo día, Merrill se sentía muy incómodo.

—¿No crees que tendríamos que dejar esta tontería, Winston? —dijo—. Estamos aquí bastante apretados, ya me entiendes, y algunos compañeros creen que nos está afectando un poco.

Merrill añadió enseguida:

—¿Qué tal un ratito de bádminton?

Winston declinó muy serio el ofrecimiento, y eso dio origen a que la relación de ambos se enfriara; al cabo de poco tiempo, el canadiense se mostraba tan distante con él como lo hacían todos los demás. No es que fueran desagradables con Winston ni que lo consideraran un paria; simplemente no eran cordiales con él. Al final Winston decidió retirarse a un rincón del granero para escribir un libro, pues tenía mucho papel y tinta y su pluma de siempre. Pero ese proyecto duró poco. Tras unos días de aplicarse, Winston se dio cuenta de que había empezado a escribir sin haber decidido qué

clase de libro iba a ser. Ni siquiera sabía, cuando sin mucho entusiasmo leyó el inicio del primer capítulo, si aquello sería una obra de ficción o verídica. Naturalmente, esa indecisión le hizo perder interés en el libro y, cuando uno de los reclutas ingleses, por pura casualidad y sin ninguna intención de ser cruel, cogió una de las páginas más expresivas para anotar por detrás los puntos de una partida de *solo whist*, Winston ni siquiera protestó. Observó, con una especie de terrible fascinación, que el recluta anotaba unos números absurdos en una hoja que, en diferentes circunstancias, podría haber sido el núcleo de una obra maestra de la literatura.

Después de aquello, Winston abandonó todo esfuerzo serio por cualquier cosa y se limitó a dejar pasar el tiempo. La mayoría de los días estaba nublado y muchas veces caía aguanieve y arreciaban tormentas. El suelo se congelaba de tal manera que había que interrumpir casi cualquier construcción; se hacía muy poca instrucción y teoría militar, y Winston tenía en sus manos un tiempo infinito, incluso por más que consiguiera dormir diez horas al día. Sin nada mejor que hacer, se quedaba junto a la ventana del granero y pasaba horas mirando hacia las fortificaciones de la línea Maginot y hacia la tierra de nadie que se extendía tras ella. En los días en que no había niebla, veía con claridad las empalizadas defensivas que estaban a un kilómetro y medio. Estaba mortalmente aburrido, y eso explicaba por qué él era el único hombre que se encontraba en tierra de nadie cuando los alemanes lanzaron su ofensiva, cuya sospecha asediaba a todos desde mucho tiempo atrás.

Un día de febrero, mirando sin parar por la ventana, Winston empezó a preguntarse por las empalizadas. Intentó encontrar algún patrón en las interminables filas de barras de acero que, clavadas en

el suelo en caprichosos ángulos, se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Sabía que los ingenieros habían diseñado las empalizadas con el objetivo de atravesar los sensibles órganos vitales inferiores de los tanques enemigos, de manera que los artilleros franceses y británicos pudieran destruir su interior. Winston se preguntaba si los ingenieros habrían dado instrucciones precisas para el proyecto. ¿Les habrían dicho a los obreros: «Claven esa barra en un ángulo de cuarenta y cinco grados dirección sur y la siguiente a quince grados dirección norte»? ¿O el diseño había surgido por casualidad? ¿Les habrían dicho los ingenieros a los trabajadores simplemente: «Claven esas barras en el suelo como les parezca, tan sólo asegúrense de que cada una mira en una dirección diferente»? Winston no llegó a ninguna conclusión y, al cabo de un tiempo, acabó odiando las empalizadas. Murmuraba para sí que tenían un aspecto feísimo y parecían inútiles. Eran una mancha en el paisaje y convertían la frontera francesa en una chatarrería de Indiana.

Un día, cuando el terreno que veía por la ventana parecía especialmente frío y árido, Winston, al contemplar las empalizadas, y a falta de algo mejor, empezó a pensar en flores. Sin motivo alguno, pensó que toda planta que se preciara crecía hacia el sol. Era una de las leyes inmutables de la naturaleza. Era verdad hasta tal punto que las plantas de invernadero, privadas del verdadero sol, se alzaban hacia una bombilla eléctrica. Era algo tan indiscutible como que las viñas crecían siempre a lo largo de sus soportes y nunca separadas de ellos. Winston sabía bastante de plantas. En Indianápolis, en la casita de madera en la que vivía con su madre, había plantado un jardín él sólo, en el patio trasero, y los vecinos le habían dicho que era el más bonito de toda la manzana.

Con la mirada fija en aquel mosaico de empalizadas, Winston se preguntó de repente qué pasaría si plantara enredaderas en la base de aquellas barras de acero. ¿Subirían las enredaderas por las barras o crecerían hacia el sol? La mayoría de las enredaderas no podrían hacer las dos cosas, ya que sólo unas pocas de las barras se inclinaban hacia el verdadero sur. Las otras lo hacían en dirección nornoroeste, este noreste, y cualquier otro ángulo posible. Aquello presentaba ciertas dificultades, así que Winston dejó de soñar despierto y empezó a analizarlas de verdad. Entonces enseguida vio a las claras que las enredaderas, al enfrentarse a tal problema, se las apañarían para hacer ambas cosas. Subirían serpenteando por las barras de acero, fuera cual fuera la dirección en que éstas se inclinaran, pero al mismo tiempo se asegurarían de echar un brote cada vez que su giratorio ascenso las llevara a una posición en la que pudieran absorber la mayor cantidad posible de sol. Eso era una certeza práctica, y Winston se olvidó del asunto.

O eso creyó al menos. La siguiente vez que se acercó a la ventana y miró hacia la línea Maginot y más allá, volvió a imaginar las empalizadas defensivas salpicadas de flores. Sólo que, en esa ocasión, no pensó en si crecerían siguiendo las barras o hacia el sol; pensó que eran un borrón en el paisaje, y que las flores, crecieran como crecieran, podrían fácilmente embellecerlo. Contemplando aquella tierra de nadie, Winston sintió el pulso latiendo en sus arterias. Al instante pensó que aquella idea podría aliviar su aburrimiento. ¿Y si se escabullía una noche y plantaba flores en las empalizadas? Sería divertido, como mínimo, pensó mientras la noche caía al otro lado de la ventana del granero.

La idea se apoderó de él y se convirtió en una obsesión a medida que pasaban los sombríos días del invierno. Imagínate la sorpresa del Estado Mayor en mayo o junio, pensó Winston distraído, cuando un mensajero entrara a toda prisa, saludara con toda formalidad y anunciara sin aliento: «¡Señor, se han observado flores en tierra de nadie!». Siendo sensato, Winston reconocía que podría plantar a lo sumo nueve o diez metros de enredaderas, pero en otros momentos dejaba volar la imaginación y prefería ver infinitas hileras de flores, sus delicados pétalos, coloridos y veteados, meciéndose con la brisa desde Luxemburgo hasta Italia. Un hecho así, pensaba emocionado, podría incluso afectar al curso de la guerra. Los franceses y los británicos, conmovidos por la visión de aquellas maravillosas flores y extasiados por el suave perfume que les llegaría con el viento, podrían sentirse tan inspirados por la idea de que Francia era sagrada que se lanzarían a combatir de verdad contra esos alemanes. Winston resplandecía de orgullo mientras miraba por la ventana del granero. Casi podía oír al general Gamelin preguntando: «¿Dónde está el soldado que ha plantado esas flores? Quiero besarlo en ambas mejillas y concederle la *Croix de guerre*». Winston se llevó una temblorosa mano a la mejilla y pensó que aquello podría hacerlo inmortal. Y, aunque no fuera así, al menos lo sacaría de su tedio.

Con ayuda de su Larousse y mucha gesticulación, Winston supo por Jean que en Latouche había un almacén de semillas de guisantes de olor. Aquel hombre individualista y traumatizado por la guerra tranquilizó a Winston llevándolo él mismo hasta el almacén y vendiéndole una gran bolsa de papel marrón llena de semillas por unos cuantos francos. Cuando Winston expresó su sorpresa por que hubiera guisantes de olor en Latouche, Jean se enfadó un poco.

¿Acaso esos reclutas ingleses creían que Francia no era un país civilizado? Con vehemencia y mezclando un inglés chapurreado y su dialecto francés, Jean dijo que en casi todos los pueblos franceses había guisantes de olor y que precisamente Latouche era famoso por el extraordinario color y la textura de los pétalos de los suyos. Tras guardarse el dinero en el bolsillo, le preguntó con un tono suspicaz para qué quería un soldado como él aquellas semillas. Winston pensó rápidamente y dijo que quería estudiarlas bajo un microscopio por razones militares que no podía revelar, y Jean cabeceó con complicidad dándole a entender que comprendía cómo funcionaba el Servicio de Inteligencia.

Cuando Winston se guardó la bolsa de papel marrón en la mochila, el invierno se desvanecía y la primavera susurraba su inminente llegada. Los soldados ingleses no estaban muy contentos con la llegada del buen tiempo, ya que sabían que muy probablemente eso significaba que se acercaba el momento en que tendrían que salir a matar y morir. Winston no estaba de acuerdo con ellos, pero no decía nada. En su fuero interno pensaba que la guerra había llegado a un punto muerto. Estaba convencido de que habría una interminable sucesión de pequeñas batallas aéreas y navales en las que cada bando intentaría privar de alimentos al otro y desmoralizarlo mediante bloqueos, amenazas, propaganda y maniobras diplomáticas. Creía que la línea Maginot y la línea Sigfrido eran demasiado imponentes para enfrentarse a ellas. Aunque llevaba mucho tiempo resignándose a vivir ocioso en su granero de Latouche, eso ya no le preocupaba tanto como antes, pues ahora tenía algo en lo que pensar.

Dominando su impaciencia, Winston esperó hasta que llegó la noche propicia para la siembra. Era una preciosa noche de abril. Por primera vez en semanas todas las estrellas brillaban en un cielo sin nubes, y una luna casi llena iluminaba tenuemente el apagado pueblo de Latouche. Winston no podía imaginarse que, en aquel preciso instante, al otro lado de aquella tierra de nadie, detrás de las fortificaciones alemanas, había mensajeros corriendo de un lado a otro, ni que los soldados estaban tomando posiciones en las fortalezas subterráneas, ni que se estaban retirando las lonas que cubrían los cañones. El alto mando de los aliados no sabía que los alemanes estaban planeando atacar al día siguiente al dar las doce, de modo que a Winston, un mero soldado raso de la Séptima División de la BEF, no se lo podía culpar por su ignorancia.

Aquella noche Winston se sentía más alegre y confiado que nunca desde que hubo salido de Estados Unidos. Fue a la taberna más cercana a tomarse unas cervezas. Allí se encontró a Merrill y estuvieron charlando. El joven canadiense observó el buen ánimo de su amigo estadounidense y le preguntó si había alguna razón especial. Winston le dijo que se debía sólo a la noche primaveral. Hacia las siete se inventó una excusa para librarse de Merrill y salió a las oscuras y embarradas calles del pueblo. Al final de la calle estaba el burdel de madame Blouchard, en el que trabajaban doce muchachas. Winston caminó con dificultad por el lodo hasta la entrada de la casa y se entretuvo adrede con varios reclutas ingleses de su compañía que salían de allí. Cuando los ingleses se marcharon, Winston sintió que estaba a salvo, porque si alguien del granero notaba su ausencia, sin duda uno de los ingleses le diría que lo habían visto entrar en el local de madame Blouchard. En el

granero las normas se habían relajado como consecuencia de meses de inactividad, y, mientras Winston estuviera presente para formar a las siete de la mañana siguiente, sabía que no le harían preguntas.

En los bolsillos traseros de los pantalones, bajo la guerrera, guardaba la bolsa de papel marrón que contenía las semillas que Jean le había vendido. No llevaba consigo ningún equipamiento militar, ni cantimplora, ni escopeta, ni pistola, ni munición, porque habría despertado sospechas al instante si se paseara por Latouche equipado para el combate. Tomando el rumbo que había trazado con meticulosidad durante sus ensoñaciones junto a la ventana, Winston se puso en marcha por el barro hacia tierra de nadie. No le costó pasar desapercibido delante de los centinelas que había en el límite del pueblo y, al cabo de veinte minutos, caminaba solo por un mundo de trampas diabólicas y explosivos enterrados bajo un suelo en apariencia inocente. Avanzó con cautela, rezando para no activar ninguna de las minas terrestres ni las alarmas ocultas que les indicarían a los centinelas de Latouche que alguien estaba entrando en la línea Maginot. En ese caso, Winston sabía lo que ocurriría: si la explosión de la mina no lo mataba, enviarían a alguno de sus compañeros a buscarlo y, con toda probabilidad, lo acribillarían con disparos de metralleta antes de tener oportunidad de explicar que él era de su misma compañía.

Sin embargo, eso no ocurrió, y no tardó en alejarse varios kilómetros de Latouche, caminando con temeraria impaciencia porque justo delante estaban las empalizadas defensivas, con aquellas interminables hileras de barras de acero que parecían del todo inútiles a la luz de la luna. La vida nocturna de la línea Maginot—gusanos, escarabajos, ratones y moscas— le abría paso a Winston

conforme se acercaba, hasta que por fin llegó a la ingeniosa trampa para tanques y se detuvo triunfante colocando una mano en una de las viscosas barras de acero.

Durante largo rato Winston permaneció en el oscuro y húmedo campo respirando el suspense y el misterio que lo rodeaban. Después se puso a trabajar. De los diferentes bolsillos de sus pantalones, extrajo la bolsa de semillas, un cuchillo y un ovillo de cordel fuerte. Sacó un poco de tierra de la base de la barra de acero más cercana. Era una sensación agradable volver a hundir las manos en la tierra. Ató un trozo de cordel en paralelo a la barra desde la base hasta el extremo. Sembró las semillas y con cuidado les echó tierra por encima. Entonces se puso de pie para admirar su labor. El sol, la lluvia y el suelo tendrían que hacer el resto, pero mientras tanto las barras de acero subían por la colina y bajaban por el valle formando cuadrículas hasta el lejano horizonte. Winston se obligó a trabajar a un ritmo frenético, canturreando para ahuyentar la melancolía de la noche que se abatía sobre él. Después de plantar las semillas de guisantes de olor bajo cincuenta de las barras, perdió la cuenta y, al cabo de varias horas, afanado en su trabajo, perdió la noción del tiempo, de modo que, cuando de forma imperceptible despuntó el alba, Winston no tenía idea de cuántas enredaderas había plantado en más de cinco horas de esfuerzo. Se sobresaltó al ver que el día había llegado de manera tan sigilosa. Había planeado estar de regreso en el granero antes del amanecer, durmiendo sano y salvo. Ahora había luz suficiente para que un centinela alerta lo viera mientras regresaba a Latouche, pues tenía que recorrer unos ocho kilómetros.

Winston estaba empezando a inquietarse un poco. El exceso de trabajo había acabado con su ánimo despreocupado y, presa de la tristeza, pensó que mejor sería regresar con su compañía de inmediato. Había órdenes específicas que prohibían que los soldados deambularan por aquella zona, aquella tierra de nadie sembrada de minas que se extendía frente a la línea Maginot. Se suponía que los soldados debían seguir acantonados en los pueblos, se suponía que la tierra de nadie debía permanecer sin dueño y se suponía que ese *statu quo* no debía alterarse a menos que los alemanes atacaran, en cuyo caso los soldados deberían tomar posiciones en el terreno en el que ahora se encontraba Winston, aunque hasta ese momento todas las personas que tenían alguna autoridad en la BEF pensaban que lo sensato era cerrar aquel territorio a soldados inquietos, ya que podrían pisar una de sus propias minas y, hablando en plata, salirles el tiro por la culata.

Winston lanzó las últimas semillas al viento y empezó a correr de regreso a sus propias líneas. En un momento de pánico perdió la orientación y temió estar corriendo en dirección contraria, pero consiguió calcular su posición gracias a una arboleda que había más adelante y que le sirvió como punto de referencia. Mientras corría hacia Latouche, pensaba que iba bien encaminado y que todo estaba saliendo a pedir de boca, salvo que el día despuntaba mucho antes de lo que él había esperado, y eso lo convertía en un objetivo fácil para un francotirador con dispositivo de mira telescópica en su rifle. Era un día precioso, cálido y fragante, con volutas de nubes que flotaban en un cielo en technicolor. A cuatro kilómetros del declive por el que bajaba corriendo, Winston vio el pueblo volviendo a la vida a la luz naciente del día. Era un panorama hermoso y se

detuvo un instante para tomar aliento y contemplarlo. Puesto que era joven y estaba lleno de esperanza, se olvidó del riesgo de que un francotirador le disparara. Pensó que era imposible creer que los hombres pudieran enfrentarse unos a otros entre trampas de acero y dinamita en una mañana así. Por todas partes se respiraba un aire pacífico, en el cielo, en los árboles, en la límpida y nítida brisa, y Winston se preguntó por qué no había paz.

Entonces, sin ninguna advertencia, un obús salió de la nada produciendo un suave silbido, como el aire que se aspira por entre los dientes. Winston nunca había estado tan cerca de un obús, pero reaccionó inconscientemente con la prontitud de un veterano. Sin pensar siquiera, se tiró al suelo, enterró la cara y el cuerpo en la tierra, húmeda y negra. Se quedó allí echado, en tensión, durante unos momentos eternos mientras oía la bomba golpear el suelo a poca distancia, esperando sin poder hacer nada a que explotara y lanzara sus mortíferos fragmentos hacia su cuerpo indefenso.

CAPÍTULO DOS

Aquello, sin embargo, no fue el inicio de la ofensiva alemana. No fue siquiera un obús real; no fue sino producto de la imaginación de Winston, algo que reconoció al cabo de unos instantes de absoluto silencio en tierra de nadie. Levantó la cabeza con cautela, miró a su alrededor furtivamente y le subió un intenso rubor al rostro. El obús no aparecía por ningún lado. Podría haber jurado que lo había oído pasar silbando a su lado y reventar el suelo muy cerca, pero veía con sus propios ojos que no había ninguno en ningún sitio, ni siquiera uno que no hubiera estallado. En los últimos cuatro meses, desde que Winston llegó a Francia, ninguno de los dos bandos había lanzado obuses en aquel frente, y era absurdo pensar que los alemanes lo hicieran sin motivo alguno en aquel preciso momento. Avergonzado, pensó que había sido víctima de una broma; por alguna razón que no entendía, alguien había decidido darle un susto de muerte. Y desde luego que se había asustado; se había quedado mudo de espanto. Con todo, se alegraba al menos de que ninguno de sus compañeros estuviera allí para reírse de la forma en que había caído en la trampa.

Winston sonrió. Nadie podía decir que no sabía aceptar una broma. Y, de todas formas, se había protegido exactamente como prescriben los manuales militares. Estaba orgulloso de la velocidad con la que se había tirado al suelo. Sólo un veterano muy experimentado o un joven con unos reflejos perfectos podrían haber reaccionado al peligro con esa rapidez.

De pronto recordó que estaba pensando en la paz cuando el obús salió silbando de la nada. Quizá ésa era la razón por la que le habían gastado la broma; quizá los generales Gamelin y Gort habían disparado aquel imaginario obús para castigarlo por ser momentáneamente un pacifista.

Winston se levantó en el acto; un dolor agudo que empezaba en el pie izquierdo le recorrió todo el cuerpo; cayó otra vez al suelo con una patética falta de coordinación. El pie izquierdo seguía doliéndole, y advirtió que, a causa de su urgencia por apretarse contra la tierra, se había dislocado el tobillo.

Winston se enfadó un poco consigo mismo. Movié los dedos dentro de la bota; el dolor era en verdad muy intenso. Para empeorar las cosas, vio que había otro problema: el cristal de su reloj de pulsera se había hecho añicos con la caída. El reloj había sido un regalo del señor Williamson, allá en Indianápolis. Éste era banquero, un hombre importante. Su hijo, Bill Williamson, y Winston habían crecido prácticamente juntos. El señor Williamson y su esposa, que era una señora excelente, habían sido buenos amigos de su padre. Cuando éste se hallaba en el lecho de muerte, poco después de nacer Winston, el señor Williamson le había prometido que cuidaría del pequeño. Había cumplido su promesa y, además, le había regalado aquel reloj de pulsera. Winston se maldijo por ser tan

torpe. ¡Bonita manera de cuidar de un reloj tan bueno! Observó el cristal destrozado y aplastado contra las manecillas, que se habían detenido y marcaban exactamente las seis menos doce minutos.

Una multitud de pensamientos alarmantes se apoderó de su mente. Las seis menos doce minutos: en el granero de Latouche la corneta ya habría despertado a sus compañeros. En aquel momento estarían haciéndose sus improvisadas camas, lavándose la cara y vistiéndose. Era difícil que alguno echara de menos a Winston; los soldados solían estar tan enfadados ya antes del desayuno que no pensaban en nada excepto en sus propios asuntos. Y, por más que un soldado alerta hubiera reparado en que Winston no había dormido en su litera, probablemente pensaría lo habitual en esos casos: el ausente habría pasado la noche en el lupanar de madame Blouchard. Aunque Winston, con los remilgos de la mayoría de los estadounidenses, nunca habría podido pasar más de media hora en aquellas habitaciones impregnadas de olor a perfume barato, había muchos reclutas ingleses cuya sensibilidad era menos acusada. Era habitual que un soldado inglés se quedara a dormir toda la noche en el prostíbulo, pagando tanto por el privilegio de descansar en un verdadero colchón de plumas como por las caricias de una de las transitorias hijas de madame. Aquellos soldados abandonaban el colchón de plumas y se iban directos a formar en el exterior del granero a las siete de la mañana, y el soldado de primera Ravenswood, y la mayoría de los oficiales de mayor rango, hacían la vista gorda ante esta costumbre, probablemente porque pensaban que así habría algo de vida en el frente occidental. A Ravenswood no le preocupaba lo que ocho soldados ingleses de su sección hicieran con sus cuerpos por las noches. Lo único que quería era que, a las

siete en punto cada mañana, estuvieran preparados con sus uniformes limpios para pasarles revista. Todos respetaban este deseo y, después de formar, los soldados podían regresar a la casa de madame Blouchard y revolcarse por el suelo si era lo que les apetecía.

Winston arrugó el ceño. Faltar a la formación era el mayor delito que se podía cometer en Latouche, casi como desertar o matar al coronel. Era mucho peor, reconoció, que aquella vez, en Indianápolis, en que había invitado a un amigo a cenar con él y se olvidó por completo hasta que llegó el invitado. Había algo solemne y primitivo en el hecho de formar en medio del barro de Latouche. Ésa era la esencia de la experiencia bélica de Winston hasta el momento. El soldado de primera Ravenswood acostumbraba gritar los nombres de los soldados de su sección al inicio de la formación cada mañana. A Winston se le antojaba que, cuando Ravenswood pronunciaba el suyo, chillaba todavía más. «Sigue queriendo pelear contra los alemanes, ¿verdad, Winston? No ha desertado usted, ¿verdad, Winston? No le está entrando miedo, ¿verdad, Winston?» Estas y muchas más preguntas desafiantes las hacía Ravenswood cada vez que pasaba lista, o eso le parecía a Winston.

¡Tenía que estar presente para formar! Si corría, podría conseguirlo, aunque apareciera jadeando y bañado en sudor. Pensó que una nimiedad como un tobillo dislocado no debía impedirle cumplir con sus más sagradas obligaciones. Winston se levantó del suelo apoyando todo el peso en el pie derecho y empezó a correr hacia Latouche. Cada vez que el pie izquierdo tocaba el suelo y el peso de su cuerpo recaía en él, el dolor era casi insoportable. Winston apretaba los dientes y seguía corriendo; intentaba olvidarse

del tobillo, o al menos intentaba pensar que sólo era una torcedura. Sin embargo, cuando el dolor le recorría el cuerpo era imposible pensar en otra cosa. Las lágrimas brotaban de sus ojos a medida que avanzaba dando traspiés; por fin, sin pensarlo, pasó de correr a saltar como un canguro a la pata coja hacia Latouche, hasta que inevitablemente perdió el equilibrio y cayó de bruces a menos de veinte metros de donde había empezado. De nuevo se levantó, corrió y cayó de bruces. Finalmente se sentó y se quitó el barro de la cara con la manga de la guerrera. En cuanto liberaba al tobillo malo del peso del cuerpo dejaba de dolerle, pero Winston reconoció que estaba agotado; jamás llegaría a Latouche a tiempo para formar. Tendría que arrastrarse o saltar, o, mejor aún, improvisar una muleta e ir cojeando hasta el pueblo, y así tardaría tres horas como mínimo. Y faltaba una hora para que los soldados empezaran a formar frente al granero.

Winston lanzó una maldición típicamente británica que había oído en la BEF. Los guisantes de olor ya estarían germinando bajo la tierra, respirando y creciendo en suelo alsaciano, pero Winston ya no pensaba en flores. El coronel Martin-Boyd, educado en Oxford, estaría pasando revista al batallón, y allí, a un lado, había muchos suboficiales y oficiales, además del soldado de primera Ravenswood. Winston lo vio todo con alarmante claridad. Si al menos su nombre no fuera Winston la cosa no estaría tan mal. Podría haberse llamado Binston o Dinston, y de ese modo el soldado de primera Ravenswood habría descubierto su ausencia en cuanto hubiera comenzado a pasar lista. Sin embargo, por orden alfabético Winston era el último, y eso significaba que justo cuando el soldado de primera estuviera dándose a sí mismo palmaditas en la espalda una

vez más por ser un buen soldado de primera que siempre reunía a todos sus hombres, el golpe le caería como un jarro de agua fría. Y ésa era la peor forma en que podía caerle un golpe a Ravenswood.

Winston se imaginaba a Ravenswood pasando lista. «¿Benton?» «¡Presente!» «¿Martin?» «¡Presente!» «¿Trueblood?» «¡Presente!» «¿Urquhart?» «¡Sip!» «¿Vincent?» «¡Sí!» «¿Washburn?» «¡Yo!» «¿Waterson?» «¡Aquí!» «¿Winston?» Winston cayó en la cuenta de que no estaría allí para decir «¡presente!» y, a partir de ese momento, la guerra entera sería diferente. Tenía una idea general de lo que ocurría cuando faltaba un hombre. El soldado de primera informaría de la ausencia de Winston al cabo; el cabo, al sargento; el sargento, al sargento mayor de la compañía; el sargento mayor de la compañía, al sargento mayor del regimiento; el sargento mayor del regimiento, al subteniente, y así sucesivamente por el escalafón hasta que tarde o temprano la noticia llegase al vizconde Gort. En cuanto se enviara la primera comunicación, el nombre de Winston, hasta entonces sólo un número de la BEF, adquiriría un significado adicional. La noticia de su desaparición se anotaría en incontables libros de registro del Ejército. La policía militar recibiría instrucciones de dejar lo que estuviera haciendo para salir a buscar a Winston. La casa de madame Blouchard sería la primera parada de la policía militar, y las ocho tabernas de Latouche, las siguientes ocho paradas. Cuando hubieran mirado detrás de la barra y debajo de las mesas de la última taberna, entonces la policía militar empezaría a preocuparse de verdad y utilizarían el semáforo, el código morse y la radio para transmitir la noticia a todo lo largo y ancho de Francia, Inglaterra y los dominios británicos de ultramar. Y todo eso por culpa de un tobillo dislocado.

Winston se sacó la bota, se quitó el calcetín de lana y se examinó el tobillo. Era una torcedura grave, sin duda; lo supo en cuanto la tocó. Tenía el tobillo hinchado y blando. No le dolía en absoluto si no se lo tocaba, y el talón, ligeramente apoyado en la húmeda tierra, le transmitía una agradable frialdad de cataplasma a sus tendones lesionados. Pero, en cuanto presionaba un poco, incluso con los dedos, el dolor le recorría el cuerpo con alarmante intensidad. Con pesar, Winston llegó a la conclusión de que lo mejor sería buscar una muleta en algún sitio y volver cojeando y afrontar la vergüenza lo antes posible. Intentó ponerse otra vez la bota y, cuando vio que no podía meter el pie hinchado, se echó a reír por alguna inexplicable razón, comprendiendo que debía de tener un aspecto ridículo sentado allí, en tierra de nadie, con un pie descalzo. Se puso la bota bajo el brazo, se levantó y empezó a saltar despacio y con cuidado hacia un cercano bosquecillo de álamos, con la vista puesta ya en una rama torcida que le serviría bien de muleta.

El sol estaba más alto cuando Winston llegó al árbol. Era el sol más cálido de la temprana primavera, y, cuando Winston, con mucho esfuerzo, cortó la rama torcida y se sentó al pie del árbol para dar forma a la muleta, se percató de que no era desagradable estar allí, sentado sin más y contemplando las colinas que se ondulaban en dirección a Latouche. Pensaba que había algo de serenidad en el panorama. Al cabo de unos momentos, se puso contento de verdad. Cuanto más pensaba en su apurada situación, más claro veía que aquello tenía un lado cómico. Si no se hubiera quedado inmovilizado a causa de la torcedura del tobillo, esa coyuntura sería sólo ligeramente humorística, como uno de esos chistes de las revistas inglesas que había intentado leer. Pero la torcedura lo había dejado

incapacitado. Tendrían que hospitalizarlo y las autoridades se mostrarían severas con él. Por lo general, el castigo consistía en el confinamiento en los barracones, y con eso quedaría el asunto zanjado. Sin embargo, ahora, con el esguince, era posible que tuviera que comparecer ante un consejo de guerra liderado por su capitán. Si las cosas eran excepcionalmente lentas en Latouche, podría incluso haber un consejo de guerra dirigido por el coronel Martin-Boyd.

Winston pensó en el consejo de guerra. No podría mentirles sobre su escapada, porque no soportaba mentir. Si no hubiera odiado tanto mentir, quizá nunca se habría presentado voluntario para la BEF. Admitió que tendría que decirles la verdad y no esperaba que la creyeran. Si él estuviera en un consejo de guerra y un procesado contara esa historia, él tendría que decir que tampoco la creía. Aun así, tendría que contarla. Tendría que plantarse allí, firme ante el coronel Martin-Boyd y, cuando lo acusaran formalmente de haberse ausentado sin permiso y de haberse adentrado en territorio prohibido, tendría que exponer su punto de vista.

—¿Por qué se adentró usted en la zona prohibida de la línea Maginot, soldado Winston?

—Bien, señor, verá... es que... Bueno, quería plantar unas flores...

Winston cerró los ojos con fuerza. Ya podía ver la mirada de incredulidad del coronel Martin-Boyd.

—¿Flores, soldado Winston?

—Sí, señor. Guisantes de olor. Pensé que quedarían bonitos. Un poco de belleza nunca ha hecho daño...

Ya veía cómo se le subía la sangre a la cabeza al coronel.

–Ah, comprendo. Guisantes de olor. Flores en la línea Maginot. Una idea muy bonita, soldado Winston. –Y, a continuación, con severidad, dirigiéndose al sargento mayor de la compañía–: Llévese a este hombre y fusílelo de inmediato. No espere hasta el amanecer. Parece peligroso.

Winston abrió los ojos y miró hacia Latouche. Sonrió de aquella manera que había enamorado a la mitad de las chicas del instituto. Era una sonrisa pícaro, una sonrisa cautivadora. Por supuesto, no lo fusilarían. Probablemente le descontarían la paga y le harían un reconocimiento mental cuando el tobillo se le pusiera bien, y en su cartilla militar figuraría una baja deshonrosa, pero no lo fusilarían, porque nadie estaba tomándose esa guerra muy en serio. De todas formas, sabían que él era estadounidense, aunque se hubiera alistado como canadiense, así que no tendría ningún sentido perturbar las buenas relaciones entre dos grandes potencias por algo tan nimio como plantar guisantes de olor en la línea Maginot.

Winston se recostó contra el tronco del álamo y entornó los ojos. Al sentir la caricia del brillante sol en su rostro, de pronto reparó en lo cansado que estaba y en la sed que tenía, pues había trabajado toda la noche sin beber nada. Se pasó la lengua por los labios y pensó en lo agradable que sería beber un gran vaso de cola con limón y hielo, como los preparaban en Indianápolis. En Latouche no los hacían de ninguna manera, y estaba seguro de que, si los hicieran, no les pondrían hielo. Winston recordó que los ingleses y los franceses pensaban que era una barbaridad deleitarse con bebidas heladas, pero eso era porque no sabían lo que era realmente bueno. Conque querían fusilarlo, ¿verdad? Eso era típico de los extranjeros. Si supieran lo que era bueno y lo que no, no

andarían siempre con tantos líos en Europa. Por supuesto, las cosas no estaban mucho mejor en casa, donde tras cada fiesta de graduación universitaria había miles de jóvenes excelentes que salían en tropel en busca empleos que no existían. Aun así, en Estados Unidos al menos uno podía tomar cola con limón en todas partes, y le ponían hielo en el vaso sin tener que pedirlo siquiera. También podía uno plantar guisantes de olor en Estados Unidos sin que lo fusilaran.

Winston adelantó el labio inferior. Pues que me fusilen, concluyó medio dormido. Quizá hasta les vendría bien. Si querían convertirlo en un mártir era asunto suyo. No obstante, él tenía muchos amigos influyentes, el señor Williamson, su hijo Bill y personas así, por lo que no pasaría mucho tiempo antes de que empezaran a llover protestas desde Estados Unidos; una lluvia de protestas que muy bien podría hacer que los Estados Unidos entraran en guerra contra toda Europa. ¡Fusilar a un hombre por haber plantado flores! Era una atrocidad. Y era insoportable. Fusilar a la flor de los jóvenes estadounidenses. ¿Cómo podrían las madres y las hermanas estadounidenses considerarse a salvo cuando los ingleses iban por ahí fusilando a ciudadanos por el terrible, horroroso, delito de plantar flores? Que lo fusilaran; de todas formas estaba harto de esa guerra. Ahí estaba él, un hombre que había llegado desde Indianápolis para ayudarles a vencer a esos alemanes, ¿y cómo se lo agradecían? ¿Le dijeron: «Gracias, Winston»? ¿Le dijeron: «Ahora que estás aquí podemos luchar todos juntos y ganar esta maldita guerra?» Ni en sueños. Lo que hicieron fue encerrarlo en un puñetero pueblo llamado Latouche, eso es lo que hicieron, y después ni siquiera le dejaron unos libros para leer. ¿Acaso le dieron

palmas en la espalda y le estrecharon la mano diciéndole: «Vamos, compañero, te invito a una copa»? Ni en sueños. Se pusieron a hablar de las deudas de la dichosa guerra, eso es lo que hicieron. De todas formas, ¿qué sabían ellos de esas deudas de guerra? No más de lo que sabía él, que no sabía nada. Eso de las deudas de guerra era una auténtica maraña financiera que solamente los economistas podían desenredar. Ellos no eran economistas; la mayoría eran dependientes de tiendas. ¿Y a ellos que más les daba, por cierto? Él no les había pedido que pagaran personalmente las deudas de guerra. Ni siquiera les había dicho que, si lo invitaban a un trago, quedarían en paz. Nada más había dicho, a lo largo de una conversación acompañada de unas cervezas – aunque él hubiera preferido una cola con limón, sin duda –, que, mientras Inglaterra pidiera dinero prestado, tendría que devolverlo. No de una vez, si el país andaba un poco escaso de dinero. En cómodos plazos, tal vez veinte pagos asequibles, sin contar diciembre, para que los ingleses pudieran hacer sus compras de Navidad. Eso fue lo único que dijo, ¿y acaso fue tan terrible? Y de inmediato varios de aquellos inglesitos empezaron a llamar Tío Shylock² al Tío Sam y otros empezaron a decir que los estadounidenses no pensaban más que en el dinero. Unos cuantos de los inglesitos se enfadaron tanto que se levantaron de la mesa y se marcharon. Y Winston no había sacado el tema de las deudas de guerra; fueron ellos quienes iniciaron la conversación. Pagad vuestras deudas: eso fue lo único que él dijo. No esperaba que ningún hombre ni ningún país fueran perfectos. Él mismo había cometido bastantes errores. Cosas como marcharse de Indianápolis sin avisar a la compañía financiera sobre la radio que había

comprado a plazos o llevarse a la guerra la maquinilla eléctrica de afeitar una semana después de haber pagado únicamente la primera entrada de setenta y tres centavos. Pero eso era diferente; Winston admitía que debía el dinero a la compañía financiera y a la casa de la maquinilla de afeitar. De hecho, en cuanto volviera a Latouche les escribiría y les haría saber dónde estaba y qué estaba haciendo, y que la próxima vez que la BEF le diera su paga les enviaría un par de plazos. Mientras tanto, a hacer puñetas esta dichosa guerra que no era una guerra de verdad.

Winston levantó las manos hacia atrás y apoyó en ellas la cabeza. Dirigió el pie sin calcetín hacia el sol, bañando la torcedura en sus curativos rayos. Que sigan con su dichosa guerra de bádminton, se dijo Winston. En cuanto a él, ni mucho menos pensaba darse prisa por volver al inmundo barro de Latouche. Por cierto, ¿por qué no asfaltaban sus calles esos gabachos, como las asfaltaban los estadounidenses en Estados Unidos? Que se fueran al infierno todos ellos, y los alemanes, también; él había hecho un buen trabajo esa noche y se merecía un poco de descanso. Había plantado miles de flores, una hilera tras otra de guisantes de olor multicolores que ya estaban germinando bajo la tierra. Él había cumplido con su parte en esa guerra. Habría hecho cualquier cosa que le hubieran pedido que hiciera y, como nadie le había pedido nada, él se había asignado su propio trabajo. Ahora cerraría los ojos unos cinco o diez minutos y disfrutaría del sol que le acariciaba la cara. Sólo diez minutos, y a tomar viento el soldado de primera Ravenswood.

Winston no se durmió del todo porque tenía la cabeza descansando en las manos. Sabía que una persona no puede

dormirse de esa forma. Puede adormilarse, adormilarse y soñar, pero no dormir realmente. Winston estaba seguro de eso, pues siempre intentaba conciliar así el sueño cuando trabajaba de periodista en el *Chronicle* de Mayburg, no lejos de Indianápolis, y sólo conseguía dormitar, igual que dormitaba ahora mientras soñaba y pensaba sobre diversas cosas. Se preguntaba qué estaría haciendo en ese momento el viejo Carter, director del *Chronicle* de Mayburg. «Veamos –se dijo–: son las siete de la mañana aquí y en Estados Unidos son cinco horas menos que en Europa, y si quitamos otra hora por la ubicación de Indianápolis...» Eso significaría alrededor de la una de la mañana en Mayburg, Indiana. ¿O era al revés?, se preguntó Winston de repente. ¿En Estados Unidos eran cinco horas más que en Europa? Qué más da, pensó, y a hacer gárgaras el viejo Carter; Carter, el Pequeño Napoleón, que pretendía que Winston se matara a trabajar por quince dólares a la semana, haciéndole encargos de última hora casi todas las noches, de manera que después estaba tan cansado que simplemente no podía afrontar los treinta kilómetros del viaje de regreso en autobús a Indianápolis. Ésa era la razón por la que intentaba dormir en las oficinas del *Chronicle*, recordó Winston. Se decidió por el pequeño sofá del aseo de señoras, pues en el de hombres no había. Dado que por la noche no solía haber mujeres en las oficinas del *Chronicle*, podía estar tranquilo. Excepto aquella vez en que una desconocida entró en el aseo y lo despertó.

–Oiga, joven, ¿se puede saber qué hace usted aquí?

–Intentando dormir, señora mía, porque el tirano que dirige este periódico me hace trabajar tanto que no me da tiempo a ir a casa.

Y resultó que la señora era la esposa del viejo Carter, recordó Winston. Aquello tuvo gracia, una anécdota para contársela a los muchachos al día siguiente en el Open Door, lo que le recordó a Winston que debía dos dólares y cuarenta centavos también allí.

Winston se removió perezosamente bajo el árbol. Debía pagar aquella deuda, incluso antes que las de la radio y la afeitadora. No obstante, aquella no fue la razón por la que el viejo Carter lo había despedido. No, señor, lo único amable que podía decirse de aquel viejo sinvergüenza era que tenía un disparatado sentido del humor. El incidente le había parecido divertido y se había reído tanto como los compañeros. A Winston lo despidió porque el periódico tenía que reducir gastos. Winston pensó en aquello con asombro. Quince dólares a la semana, setecientos ochenta dólares al año, y no podían permitirse tener a Winston en nómina. Debía de ser que setecientos ochenta dólares al año era mucho dinero, a pesar de que el *Chronicle* era un periódico muy consolidado, sin competencia en el estado, y a pesar de que se decía que el propietario, John Sprraig, que vivía en Nueva York o en Florida, ganaba veinticinco mil dólares limpios al año. «Eres un joven muy inteligente –recordó Winston que había dicho el viejo Carter con mucha cortesía– y tu labor aquí ha sido más que satisfactoria. Sin embargo, tenemos que recortar. Eres el último a quien contratamos y, por lo tanto, el primero a quien despedimos. Pero sabrás apañártelas, muchacho; no te preocupes.»

Mientras dormitaba bajo el árbol, Winston pensó que había miles de jóvenes inteligentes, millones de ellos, en Estados Unidos, y supuso que a todos les ocurría lo mismo la primera vez que los despedían. Recordó que había salido de las oficinas del *Chronicle* con su última paga quemándole en el bolsillo, que primero había

levantado la mirada al cielo y después había mirado hacia un lado y otro de la calle, a la ciudad que lo rodeaba, y que murmuró: «Ese viejo hijo de perra. Despedirme. Un imbécil incompetente como ése, despedirme a mí. Pero si yo podría dirigir esta empresa diez veces mejor que él». Winston recordó que la ciudad de Mayburg de repente le pareció hostil al verse en la calle sin empleo y que, mientras se alejaba del edificio, sus labios se tensaron y dibujaron una sonrisa cínica, la sonrisa de la joven Norteamérica de 1940.

Winston sonrió del mismo modo en su duermevela. Aquel día se dijo que sabría apañárselas. Quizá no en el periodismo. De todos modos, había aceptado ese trabajo sólo para tomar algún rumbo después de dejar la universidad, y de una manera u otra se las ingeniaría. Se las estaba apañando en ese preciso instante, comparado con otros muchachos a los que conocía. Al menos él había viajado, había cruzado el océano y estaba en una tierra extranjera. Además, le estaban pagando dos chelines al día y estaba en posición de luchar por algo en lo que creía. En un ensueño llegó a la conclusión de que él estaba en mejor situación económica que la mayoría de sus amigos. Sin duda estaba mejor que el viejo Carter, con su mentalidad pueblerina y su incapacidad para reconocer un buen reportaje cuando se lo proponían. Winston se había ofrecido a enviar boletines informativos desde el frente, pero el viejo Carter había declinado la propuesta. El *Chronicle* no podía permitirse pagar crónicas especiales, le dijo a Winston.

«En algún lugar del frente occidental: hoy este corresponsal se ha adentrado en tierra de nadie tras haber atravesado la línea Maginot, hasta llegar a los barrotes de acero de las empalizadas defensivas que se elevan como tantos, tantos...»

Las volutas de nubes pasaban flotando perezosamente y el sol le acariciaba la barbilla. Había tenido que vivir en casa con su madre después de que el *Chronicle* lo despidiera. Eso era otro problema cuando se perdía el empleo. Los hombres inteligentes siempre iban a casa con su madre y decían con miradas evasivas: «Bueno, supongo que aún no he salido del útero materno». Y en los ojos de la madre se leía: «Ay, sí que has salido, y no sé qué es lo que pasa contigo que no puedes conservar un empleo como otros muchachos que conozco». Winston se dijo que su madre no había querido ofenderlo, pero, como la mayoría de la gente, ella juzgaba la vida según sus propias vivencias, y en su juventud los muchachos que la cortejaban siempre tenían trabajo. Su padre, cuando murió, llevaba más de quince años empleado en el banco, trabajando codo con codo con el señor Williamson. Así pues, daba igual que su madre oyera decir un millón de veces lo mal que estaban las cosas; en lo más profundo de su corazón siempre pensaría que algo le pasaba a un hombre que no era capaz de arreglárselas en el mundo. Winston recordó lo que su madre había dicho cuando él le contó que había perdido el trabajo del *Chronicle*: «Yo sé que son malos tiempos. Pero no te preocupes. Ya encontrarás otra cosa». Sin embargo, él sabía lo que ella estaba pensando en realidad: «Este hijo mío no es el genio que yo soñaba que sería. Es sólo otro muchacho corriente, como todos los demás».

Winston se movió y acomodó el peso de la cabeza en las manos. La relación entre él y su madre era extraña; vivían los dos solos en una casita de madera en la que habían estado a gusto desde que él nació, porque su padre había sido muy precavido respecto a su seguro de vida. Sin embargo, cuando vivía allí le deprimía el mero hecho de estar con su madre. Siempre estaban discutiendo. Al cabo

de unas pocas semanas en casa, Winston habría hecho casi cualquier cosa por conseguir dinero y marcharse. Pero ahora, estando tan lejos, mientras dormitaba bajo un árbol en tierra extraña, su amor por su madre no tenía límites. Pensó que no le importaría que apareciera bajo el árbol y le echara una manta por encima, como en los lejanos días de su infancia.

Y después estaría bien que su madre se marchara y llegara Martha Petersen.

Winston respiró hondo. Hacía tiempo que no pensaba en Martha Petersen. Estaría bien que se metiera bajo la manta con él y, acurrucándose a su lado, le dijera: «Peter Winston, te estás quedando helado tumbado aquí en este suelo húmedo. Ven, déjame que te dé calor». Winston no reprimió los sensuales sentimientos que le recorrieron el cuerpo. Pensaba que ni en todo el mundo entero habría nunca una alegría tan apasionada como la que Martha Petersen y él compartieron en un breve año de universidad. En los bailes, en el campus, en la tienda de la esquina, se miraban a los ojos y pensaban: «¡Imagínate! Muy pronto estaremos juntos». Y no tardaron en estar juntos, en la habitación de Winston, en la de ella, en hoteles desconocidos, en el campo, en zonas de acampada para turistas, en coches aparcados en rincones poco iluminados para amantes. Juntos y separados, juntos y separados, con una pasión que parecía no apagarse nunca. Martha Petersen, con su rubio cabello sobre una almohada junto al suyo, oscuro; los castaños ojos de Martha perdidos en los suyos, azules. Ella también era de Indianápolis, y Winston de repente recordó que habían hecho grandes planes para el futuro. Tenían además muchas esperanzas,

pues eran personas sinceras y modernas que hablaban de los problemas de la vida con calma y sensatez.

Winston movió el cuerpo como si Martha Petersen estuviera bajo la manta con él. En su corazón ya no anidaba un amor verdadero por ella. Lo único que le restaba era un indolente deseo que le hacía pensar en ella cuando quería estar con una muchacha, pues algo le había ocurrido a su ardiente amor juvenil en cuanto terminaron la universidad y empezaron a buscar empleo. Martha Petersen no encontró trabajo, y, cuando Winston por fin encontró el suyo en el *Chronicle* de Mayburg, no le quedaba mucho tiempo para estar con ella por culpa de lo mucho que el viejo Carter lo hacía trabajar por las noches. Martha Petersen disponía de mucho tiempo. Y era una chica muy guapa, recordó Winston, una chica extraordinariamente guapa, lo que ayudó a que se fijara en ella. «Vamos a ser sinceros – le dijo ella finalmente–. Tú trabajas en el *Chronicle*, en Mayburg, y yo estoy sola aquí en Indianápolis y, bueno, he conocido a una persona. No lo quiero como te quiero a ti, Pete. Nunca podría amar a nadie de ese modo. Pero, pero...»

Winston volvió a sonreír con cinismo, y la sonrisa permaneció en sus labios mientras el sol y la brisa le calentaban y refrescaban el rostro alternativamente. «Lo comprendo, Martha. Tienes toda la razón. En la universidad era diferente. Lo teníamos todo por delante. Te pediría que te casaras conmigo, pero eso es una locura. Faltan años para que yo gane siquiera treinta y cinco dólares a la semana. Puede que diez años si continúo en el *Chronicle*. Puede que incluso veinte. ¡Veinte años! El viernes que viene cumplo veintidós, ¿y qué edad tendré dentro de veinte años? ¡Cuarenta y dos! Tienes toda la razón, Martha, toda la razón.»

El hombre al que Martha había conocido era Stephen Christiansen. Winston recordó que los vio juntos por la calle un día y los saludó con una voz sumamente jovial al pasar junto a ellos sin detenerse. Lo único que lamentó fue no llevar sombrero para haberlo levantado. Stephen Christiansen, un tipo presuntuoso, que tenía cuarenta y cuatro años y había enterrado a su primera esposa dos años antes. Por raro que pudiera parecer, Stephen Christiansen alquiló una casa cerca de Mayburg, donde se casó con Martha Petersen, aunque su próspera empresa de suministros a restaurantes estaba en Indianápolis, y le tocó a Winston escribir el reportaje para el *Chronicle*: «Una de las uniones más felices del año ha tenido lugar hoy, cuando la señorita Martha Petersen, hija de los distinguidos señor y señora...». Winston había olvidado como continuaba el párrafo. Recordó que había llamado a Martha meses después.

—Martha, me voy a Europa a luchar y sólo quería despedirme.

—¡Ay, Pete! Pero ¿por qué? ¿Por qué vas?

—Ése es uno de los motivos por los que te he llamado. Si me ocurre algo, no quiero que pienses que me fui porque, bueno, ya me entiendes. No es por eso en absoluto.

—Pero ¿cuál es el motivo?

—Sería demasiado largo de explicar, Martha.

—¡Pero no es tu guerra, Pete! ¿Por qué tienes que ir a que te maten por otros?

—No van a matarme. Bueno, adiós...

—Adiós, Pete. Buena suerte. Voy a tener un hijo. Estoy de cuatro meses.

—¡No me digas! ¿De verdad? Eso es fantástico, Martha. Maravilloso. Buena suerte.

Martha Petersen Christiansen. Winston admitió que, puesto que Martha tenía un marido e iba a dar a luz a un hijo, no estaba bien que él estuviera allí tumbado debajo de la manta con ella. Estaría encantado de que Martha Petersen Christiansen le cediera su sitio a alguna otra muchacha, aunque no se le ocurría ninguna otra, excepto las de madame Blouchard, que estaban demasiado ocupadas para andar perdiendo el tiempo bajo un árbol en tierra de nadie. Sin duda Stephen Christiansen no se molestaría por esta vez. En verdad no estaban haciendo nada malo, y él estaba muy lejos de casa, muy, muy lejos.

Winston se puso de lado, quitó las manos de detrás de la cabeza y se quedó profundamente dormido. Ahora el sol le daba en la nuca y le calentaba los hombros de la guerrera. Ahora la brisa le acariciaba el cuerpo, y las desnudas ramas del álamo velaban por él. Estaba muy lejos de casa, pensó con melancolía, queriendo dormir dentro del cálido útero materno, rodeado por la oscuridad y la ternura. Su madre dándole todo su calor y Martha todo su amor, e incluso el viejo Carter sonriéndole y ofreciéndole de nuevo su empleo, para que se sintiera seguro e importante una vez más.

Winston durmió al pie del árbol, abrigado y a salvo, y enseguida la sonrisa cínica abandonó sus labios. Respiraba suavemente con la boca semiabierta. Pensaba una y otra vez que todo estaba bien. Mamá andaba cerca, Martha Petersen le acariciaba la cara y el viejo Carter estaba al teléfono diciéndole que volviera al trabajo: «Ha sido todo un lamentable error, Pete. Te necesitamos aquí en el *Chronicle*. Te subiremos un poco el salario y no te haremos trabajar tanto, si

quieres volver. El periódico no puede seguir adelante sin ti, Pete. Vuelve para trabajar por un mundo liberado y por que los sueños de amor se hagan realidad. Vuelve y ayúdanos a luchar por la justicia social y la Declaración de Derechos. Por el fin del odio entre clases y del racismo. Por un país para los libres y un hogar para los valientes. Te necesitamos, Pete, porque tú sabes cómo debería ser el mundo en realidad y tienes la fuerza necesaria para moldearlo según tu voluntad. Regresa y ve a trabajar; el cielo es el límite para lo que puedes hacer».

Winston dormía y sus sueños eran serenos. Un gorrión se posó en una rama por encima de él y lo observó con desaprobación. Un ratón salió de un agujero y lo miró con cautela. El sol siguió su órbita ascendente y no tardó en estar justo encima de él. Más allá de las empalizadas, al otro lado de aquella tierra de nadie, cientos de miles de alemanes esperaban una orden en silencio y en tensión. Los artilleros estaban preparados y los pilotos sentados a los mandos de sus aviones, la infantería cargaba metralletas y rifles, y los oficiales examinaban con gravedad sus cronógrafos.

CAPÍTULO TRES

A las doce exactamente se dio la orden. Todos los cañones del bando alemán de la tierra de nadie entraron en acción al mismo tiempo. Fue como si un meteorito hubiera chocado con la tierra y hubiese estallado en un millón de fragmentos irregulares. El cielo vibraba a causa de los obuses, que silbaban, chillaban y chirriaban con estrépito. El suelo se rompía en pedazos bajo la fuerza de los proyectiles que lo reventaban y se hundían y explotaban con detonaciones ensordecedoras. Hacia el noroeste y el sudeste tronaban armas grandes y pequeñas, los tanques avanzaban pesadamente, los aviones barrían el cielo y la infantería y la artillería alemanas se ponían en marcha.

Saliendo de golpe de su profundo sueño, Winston se puso en pie de un salto. El corazón le latía violentamente. A causa del profundo asombro ante lo que veía y oía, por un momento permaneció aturdido, sin acordarse del dolor del tobillo, sin acordarse de nada. Tardó unos segundos en comprender lo que estaba ocurriendo y, cuando por fin lo hizo, se arrojó de nuevo al suelo. Intentó hacerse invisible cerrando los ojos y metiéndose bajo tierra. Contuvo la

respiración y procuró con todas sus fuerzas fundirse con el terreno y quedarse inmóvil.

Sin embargo, era imposible llevar a cabo esos encomiables propósitos en medio de aquel constante estruendo. Los obuses llegaban a toda velocidad; cada vez que uno caía y explotaba, el propio suelo en el que Winston yacía se sacudía y temblaba para recordarle que él seguía allí. Las raíces se agitaban, las ramas se partían, la hierba se hundía y gemía. Cada segundo parecía una hora en aquella interminable vorágine de estrépito y furia, y Winston finalmente dejó de intentar desaparecer y esperó con indiferente resignación a que le volaran la cabeza.

Al cabo de unos momentos se sorprendió al advertir que seguía vivo. En verdad era algo imposible de creer. Pero, cuando, al levantar con cautela la cabeza y abrir los ojos, descubrió que aún podía respirar, ver, oír e incluso pensar, se convenció de que era cierto. Consideró que el hombre era desde luego un animal adaptable si conseguía sobrevivir en tales condiciones, aunque fuera sólo un rato, y se sintió orgulloso de su especie. Levantó la cabeza un poco más y miró a su alrededor.

Eso era la guerra. Precisamente para participar en ella había salido de Indianápolis. Los alemanes habían lanzado una ofensiva, y los aliados no tardarían en emprender una contraofensiva. Los alemanes atacarían, y los aliados contraatacarían. Los tanques, con aspecto de monstruos prehistóricos vestidos de gala, llegarían en manadas. Las metralletas empezarían a escupir balas a razón de trescientas por minuto. Tras las líneas, los cañones, cuyos brocales pesaban una tonelada, empezarían a disparar. Los morteros producirían un fragor sordo, la artillería antiaérea retumbaría, los

cañones de campaña atronarían. Se pondrían en práctica diversas tácticas militares: ataques por los flancos y los salientes, retiradas estratégicas. Los sistemas de teléfono, radio y telégrafo empezarían a enviar incontables mensajes confusos. Las armas, los tanques y los aviones avanzarían para la gran batalla. Por último, los lanzallamas, los agentes químicos y los gases tóxicos contaminarían el aire, y finalmente un silencio como el que se cierne sobre una ciénaga por la noche caería sobre aquella tierra de nadie.

Conque eso era la guerra. Con los dedos agarrotados, Winston se aferró a la tierra cuando una enorme bomba explotó a menos de quince metros y lanzó metralla y terrones de barro que llegaron peligrosamente cerca de él. Esa cosa mecánica, sin alma, que estaba teniendo lugar ante sus ojos, era la guerra.

Sintió ganas de rascarse la cabeza. No había esperado nada semejante. No había imaginado que una contienda tuviera ese aspecto, ni que sonara ni oliera así. No es que esperara que la guerra fuera hermosa; había leído sobre los horrores de la guerra moderna, sobre las imponentes armas, los demoledores tanques, los bombardeos aéreos, las nuevas ametralladoras, tan destructivas, las ratas, los piojos, la gangrena, el barro. No había esperado que un enfrentamiento bélico fuera fácil; incluso se había hecho a la idea de que podría morir, aunque, como era joven, no había pensado de verdad en la muerte. Aun así, en todas sus reflexiones sobre la guerra, los hombres prevalecían sobre las armas. Dentro de cada tanque había un grupo de hombres sudorosos. Allá arriba, en cada avión, había hombres a los mandos. Los hombres que llevaban metralletas se agazapaban para buscar un punto débil del enemigo. Hombres a pie, hombres a caballo, hombres lanzando granadas de

mano, hombres empuñando bayonetas, hombres por cientos y por miles y millones atacando y enfrentándose en tierra de nadie... Eso era lo que Winston había visualizado cuando pensaba en la guerra. Y, al final, llegó a la conclusión de que era un hombre contra otro, un inglés, francés o estadounidense contra un alemán. En última instancia era el propio Winston cara a cara con un alemán. Eran ellos dos mirándose con fiereza, con el rostro tenso y sudoroso en una angosta trinchera: dos hombres que creían en cosas diferentes y estaban dispuestos a jugarse la vida por sus creencias. Por todo el frente occidental, había imaginado Winston, sería así: obstinados jóvenes ingleses y franceses enfrentados a obstinados jóvenes alemanes; Winston gritándole a un alemán: «Tú, soldadito, quemalibros, esta vez te he pillado. Sólo por encima de mi cadáver te saldrás con la tuya»; el alemán gruñéndole a Winston: «Tú, demócrata enfermo, debilucho adorador de la libertad, voy a vencerte y a matarte, invadiré tu país y encadenaré a tu gente». Entonces los dos, jóvenes, vigorosos, decididos, sujetando sus mortíferas bayonetas, se acercarían y atacarían con todas sus fuerzas, Winston por un mundo libre, el alemán por un mundo sometido. Por todo el campo de batalla, había supuesto Winston, sería así: los ingleses, luchando por la Carta Magna, y los franceses, por el Día de la Bastilla, contra los alemanes, que luchaban por el gusto de luchar.

Pensó que todo eso era *su* guerra: hombre contra hombre, y que gane el mejor. Y Winston imaginó que él ganaría, que tendría que ganar, ya que manejaría la bayoneta con la fuerza de un legendario cruzado contra un hombre que sólo estaría llevando a cabo los movimientos de ataque y defensa. Aun cuando los azares de la

guerra dictaminaran que debía morir atravesado por la bayoneta de ese soldado alemán, Winston estaba convencido de que así y todo ganaría, pues, aunque el alemán pudiera matarlo a él, no podría matar sus ideas.

Hiciera lo que hiciera el alemán, no podría matar sus ideas; podría apuñalar a Winston mil veces y acribillar su cuerpo a balazos, podría pasarle por encima con un tanque y cortar y descuartizar sus pobres miembros sin vida; podría incinerar lo que quedara y esparcir sus cenizas al viento, pero las ideas de Winston sobrevivirían. Sobrevivirían para atormentar a ese soldado alemán que, dondequiera que fuera, por muchas nuevas conquistas que hiciera, llevaría las ideas de Winston posadas sobre sus hombros como un cuervo, susurrándole una exasperante cantinela de libertad y democracia. El alemán podría disparar a las ideas de Winston, pero sólo estaría disparando a las sombras; podría intentar segarlas, pero su sable estaría dando tajos al aire.

Un enorme obús cayó en espiral y se hundió en la parte superior de la suave pendiente que había detrás de Winston, y fue como si un par de manos gigantes le hubieran abofeteado los dos oídos al mismo tiempo. Los dientes le castañetearon al tiempo que cerraba con fuerza los ojos. Aún cerca, cayó otra bomba que lo levantó del suelo y lo arrojó a un lado. Winston quedó tumbado de espaldas y miró al cielo, un hervidero de humo y fuego que vomitaba fragmentos de destrucción. Aspiró el humo y admitió que había abrigado ideas erróneas sobre la guerra. Se había equivocado al creer que los alemanes nunca intentarían atravesar la línea Maginot; se había equivocado, y lo veía claramente, en muchos aspectos. Esa clase de guerra, ese sobrecogedor fragor mecánico, sin alma, y el

caos que se desplegaba ante sus ojos, no tenía nada que ver con su propia guerra. La que ahora vivía era deshonrosa, absurda y demente. Sólo se le ocurría una cosa a la que se le pareciera. Tiempo atrás, en el verano de sus dieciséis años, había hecho autostop hasta Nueva York con Bill Williamson y habían pasado gran parte del tiempo en Coney Island. Pensó que la guerra que ahora veía era como Coney Island. El parecido era muy claro. Era igual que una de esas atracciones a las que se habían subido. Bill Williamson sólo aguantó una vuelta; en cambio, Winston subió otra vez. Recordó que la atracción se llamaba Virginia Dare. Te sentabas en un carricoche circular, agarrándote a unas correas, y era probable que una chica guapa a la que nunca habías visto se sentara a tu lado. Entonces el hombre que manejaba los controles tiraba de una palanca y allá ibas. El carricoche se movía en círculos y, al mismo tiempo, se sacudía y saltaba como el barco que había llevado a Winston desde Inglaterra hasta Francia por el canal de la Mancha. Y, para empeorar las cosas, el carricoche giraba, se sacudía y saltaba al tiempo que subía, bajaba y tomaba curvas de vértigo sobre unos raíles. Los alaridos de los pasajeros se mezclaban con el rechinar de las ruedas de la atracción y con tus propios jadeos y gritos. Era una idiotez, una completa idiotez. No había forma de dominarlo. Te agarrabas a las correas con todas tus fuerzas, pero, en cuanto conseguías guardar el equilibrio frente a las sacudidas y las subidas, el carricoche tomaba una curva y perdías el equilibrio otra vez. Desesperado, intentabas afianzar el cuerpo en la curva, y entonces te encontrabas con un repentino movimiento circular en sentido antihorario y estabas del revés, con la cabeza hacia abajo. Intentabas agarrarte fuerte para contrarrestar ese movimiento

circular y el carricoche caía en picado a una velocidad de espanto. Resistías el súbito descenso y entonces se producía de golpe una subida que te ponía el estómago en la garganta. De repente el viaje terminaba y te encontrabas con que tenías en el regazo a una chica desconocida y los pies en la cara de su novio. Hasta que no te bajabas de la atracción y veías cómo otros se divertían mientras los atormentaban, no empezabas a comprender el asunto. Aquello no tenía ningún sentido ni ninguna finalidad; ése era el secreto de la atracción, ésa era la razón por la que la gente se divertía y se reía. Coney Island estaba llena de atracciones sin sentido ni finalidad.

Pensó que la guerra de la que él estaba siendo testigo tampoco tenía sentido ni finalidad. Era imposible que significara nada ni cumpliera ningún propósito; era una maquinaria borracha y desenfrenada. Los estrategas de la guerra habían ideado un Virginia Dare que superara a todos los Virginia Dare, y punto. No había posibilidad de dominarlo: apretabas la cara contra la tierra temblorosa y empezaban a dolerte los oídos por el estruendo; te llevabas las manos a los oídos y te escocían los ojos por el humo y el fuego. Daba igual lo que hicieras, porque al final estabas atrapado, y la única diferencia entre el Virginia Dare de Coney Island y el de la guerra era que el primero no te mataba.

Winston se sintió asediado por el fuerte deseo de decirle todo eso a alguien. No al soldado inglés corriente, el que cantaba baladas sentimentales y hacía payasadas en el granero de Latouche. Winston no tenía nada que decirle a este tipo de hombres. Pero sí a un hombre de clase superior, uno como Merrill, por ejemplo. Aunque Merrill era reservado y en absoluto cordial, eso tampoco era motivo para pensar mal de él. Lo habían educado así. Podías decir lo que

fuera de Merrill, pero tenías que admitir que era un ser humano sin tacha.

Al lado de Winston estalló otra bomba que rompió y abrió la tierra. Winston cerró los ojos con fuerza y pensó con desesperación en contarle todo aquello a Merrill. Lo veía todo con sorprendente claridad. Volvería cojeando a Latouche, ensangrentado pero con la cabeza alta, averiguaría donde estaba apostada su compañía y ocuparía su puesto en las trincheras al lado de Merrill.

El canadiense miraría a Winston de esa manera arrogante suya.

—¡Winston! ¿Dónde puñetas has estado? Hemos estado buscándote por todas partes.

—Merrill, he tenido la experiencia más increíble.

—Me alegra saberlo. Estoy seguro de que el soldado de primera Ravenswood querrá oírlo todo.

—¿Ravenswood está molesto conmigo?

—¡Molesto! Pensaba que habías desertado.

—¡No me digas! Entonces, cree que soy un cobarde, ¿no?

—Me temo que sí.

—Esa sí que es buena. Tú y Ravenswood a salvo en vuestra trincherita, y crees que yo soy un cobarde. ¿Sabes dónde he estado?

—No. ¿Dónde?

—Ahí fuera.

—¿Ahí fuera?

Winston vería la mirada de completa incredulidad de los ojos de Merrill.

—Sí, amigo mío. Ahí fuera, en tierra de nadie, donde están estallando las bombas.

—¿Y qué demonios estabas haciendo ahí fuera?

–Pues... cosas... Plantando flores, por ejemplo.

Winston sonreiría. En verdad eso era lo más gracioso que había oído nunca. Visualizaba a Merrill, quien lo miraría con sus apagados ojos grises y sus labios dibujarían el mohín de ese desprecio ligeramente jovial del hombre de quien otros más expertos ya se han burlado.

–¡Plantando flores, dices!

Probablemente Merrill le daría la espalda con desdén y le dedicaría toda su atención a la guerra que tenía delante.

–No estoy de broma, Merrill. Si no me crees, mira el barro que llevo encima. Mira estas heridas de metralla.

–¿Por qué querías plantar flores?

–No lo sé. Porque me aburría en el granero, supongo, así que anoche me escabullí y las planté. Miles de guisantes de olor, millones. Sin embargo la broma me la han gastado a mí. Cuando quise regresar, me disloqué el tobillo y tuve que tumbarme junto a un árbol, y justo ahí los alemanes decidieron empezar la guerra.

Winston se llevó las manos a los oídos. Le empezaba a doler mucho la cabeza a causa del bombardeo, y no le gustaba tener dolor de cabeza. Siempre había odiado estar enfermo; incluso enfermedades de poca importancia, como los resfriados o el dolor de garganta, lo ponían de mal humor. Tomó la decisión de no pensar en el dolor de cabeza; lo importante era regresar a las trincheras y a su conversación con Merrill.

Imaginaba a Merrill asomado por encima de la trinchera y mirando hacia el terreno que los obuses habían llenado de cicatrices.

–¿Estás diciéndome, Winston, que te quedaste atrapado allí?

–Eso es. En el momento más intenso.

—¿Y has sobrevivido?

—Evidentemente... —*Evidentemente*. Ésa era la mejor respuesta que podía darle Merrill, una respuesta de una sola palabra que era al mismo tiempo inteligente y global—. Evidentemente.

—¿No te asustaste aunque sólo fuera un poco?

Winston vería a Merrill mirándolo con asombro.

—¿Asustado? Claro que no, amigo mío. Me dolía un poco la cabeza, pero fue lo más divertido que me ha pasado nunca.

—¡Divertido!

—Me recordó a Coney Island.

—¡Coney Island!

—A algunas de las atracciones de Coney. El Virginia Dare, por ejemplo.

Merrill lo miraría con suspicacia.

—¿Seguro que estás bien, Winston? ¿No te notas nada raro?

—Por supuesto que estoy bien.

—Entonces, por favor, dime cómo una de esas tontas atracciones se puede comparar a esta guerra.

—¡Porque no tiene sentido, Merrill! ¿No lo ves? Es imposible que tenga algo que ver con nuestra opinión sobre los alemanes o con la que ellos tienen sobre nosotros. ¡Esta clase de guerra seguro que la han inventado las mismas personas que inventaron esas atracciones de Coney Island!

Y seguiría explicándole toda la idea, paso a paso. Merrill no podría evitar sentirse impresionado, ya que Merrill era una clase superior de hombre que reconocía una buena idea cuando la escuchaba.

Winston pensó que, después de eso, sería inevitable que Merrill tuviera de él un concepto más elevado.

—Bueno, Winston, amigo, ahora veo lo que quieres decir y creo que tienes toda la razón. Sin duda tienes valor, elaborar tan bien una idea así, con esas bombas cayendo a tu alrededor. No sé cómo un hombre puede pensar nada en medio de ese estruendo. Si yo estuviera ahí fuera sólo pensaría en una cosa: la muerte.

—¿La muerte?

—Sí, Winston. La muerte.

En eso, un obús explotó casi encima de Winston y estremeció el suelo violentamente. Al cubrirse la cara con las manos para protegérsela, ocurrió algo espantoso. Sintió que su cuerpo se elevaba, se desplazaba por el aire y caía de repente al suelo produciendo un ruido sordo.

Winston abrió los ojos aturdido y miró a su alrededor. Vio que el árbol ya no estaba allí. El árbol había estado allí hacía sólo un momento, cuando él estaba recostado debajo, pero ahora sólo quedaba un tocón astillado en el suelo roto. En el aire, lleno de humo, flotaban astillas y jirones de corteza. El tobillo le dolía más que antes y de pronto sintió que le sangraba la nariz.

«La muerte.»

Comprendió que los alemanes estaban tratando de matarlo. Si no hubiera sido por aquel árbol, que había sacrificado su vida para que Winston sobreviviera, él ya estaría muerto. ¡Muerto! Winston se quedó boquiabierto. Los alemanes no podían hacerle eso. Eso era jugar sucio. Él no estaba en su base, e iba contra las reglas matar a un hombre que no estuviera en su base. Tenían que darle la oportunidad de regresar a sus líneas, y entonces ya podrían matarlo

si aún querían. Pero, ahora, no, no cuando estaba allí completamente solo durmiendo bajo un árbol, no cuando estaba plantando guisantes de olor para que los olieran tanto ellos como los aliados.

Los obuses continuaban explotando a su alrededor. Uno le pasó silbando a menos de dos metros por encima de la cabeza y destrozó todo un bosquecillo que había a unos cientos de metros pendiente abajo. Winston se limpió la sangre de la nariz con la manga de la guerrera. Supo que aquellas bombas iban destinadas a él. Detrás de las líneas alemanas había oficiales mirando con binoculares y diciéndoles a sus artilleros: «Hay un soldado en tierra de nadie. Regulen las miras. ¡Apunten! ¡Fuego! ¡Hagan trizas a ese hombre!». Estaban intentando matarlo, matarlo, matarlo. La idea le martilleaba el cerebro. Estaba asombrado de haber estado allí echado tanto tiempo enfrascado en nimios pensamientos cuando lo que debería haber pensado era que estaban intentando matarlo, pues eso lo cambiaba todo. Lo que antes le había importado ya no le importaba. *Libertad y democracia* eran ahora palabras vacías. Le daba igual lo que le pasara al mundo mientras los alemanes no lo mataran a él, mientras él no muriera.

No quería morir. Era sorprendente la fuerza de ese sentimiento; no se parecía en absoluto a lo que había sentido las pocas veces que a lo largo de su vida había pensado en la muerte. Ahora reparaba en que sus ideas sobre ésta habían tenido un sabor puramente literario. En el pasado había sido un poeta que contemplaba el cosmos, y no el Peter Winston de Indianápolis, el Peter Winston alto y de ojos azules que tenía hambre y sed, el Peter Winston al que le dolía todo el cuerpo, el que pensaba en la muerte. Había sido una mente

flotando en el espacio con el fin de capturar la sabiduría oculta de los siglos que vagaba entre las nubes, y no un cuerpo que latía y palpitaba, un cuerpo pegado al lodo y que resistía a las fuerzas del mal que trataban de destruirlo. De pronto comprendió que el modo en que ahora pensaba en la muerte era mucho más simple que el otro, pues sólo había una conclusión posible a la que llegar. Estando en la tesitura en la que él estaba, al pensar en ella, uno llegaba de inmediato a una inevitable conclusión: no quería morir. Ahí estaba, pura y simple, una verdad que no se hallaba en una lejana estrella, sino delante de sus ojos. Uno podía estar a salvo, con los ojos, la nariz, el cerebro y el corazón en su sitio, o bien podía estar hecho pedazos, pedazos sangrantes. No había duda sobre qué situación era mejor. Era evidente, pensaba Winston al tiempo que instintivamente se hacía un ovillo para protegerse de la andanada de bombas; uno no podía discutir eso como discutía con los ingleses sobre las deudas de guerra. La hipótesis no necesitaba demostración. Era tan relevante que no era necesario probarla. Era una verdad universal.

No quería morir. Winston abrió los ojos a la lluvia de bombas. Entonces, ¿qué demonios estaba haciendo allí, al descubierto, blanco perfecto para aquellos artilleros alemanes? El soldado de primera Ravenswood le había dicho qué hacer en tales circunstancias. Todo el Ejército británico se lo había dicho, durante su período de entrenamiento en Canadá e Inglaterra. El socavón de un obús, busca el socavón de un obús y métete en él. Hunde la cara en el suelo. Cómete el barro. Respira el fango. Revuélcate en las entrañas de la tierra. Eso era lo que tenías que hacer si querías sobrevivir, si no querías morir.

Winston se incorporó y se puso de rodillas. Detrás de donde había estado el árbol, había un perfecto cráter de obús, un cráter de casi dos metros de profundidad abierto por los artilleros alemanes para que se protegiera. Se puso a gatas y empezó a reptar. No recordaba haber estado nunca tan completamente atenazado por un solo pensamiento que privaba a su cuerpo de toda determinación excepto de la voluntad de vivir. Las bombas caían por todas partes, silbando y estallando por encima de él, mientras él gateaba frenéticamente hasta que tuvo el cráter justo delante. Se lanzó de cabeza a su interior y enterró la cara en el fango.

Después de contener cuanto pudo la respiración, Winston se enderezó, se limpió el barro de la cara y se asomó por el borde descendente e irregular del cráter. Aunque había medio metro de agua en el fondo, Winston apenas advirtió que se estaba mojando el pie. Por alguna razón sentía ganas de gritar, quería proclamar al mundo que estaba a salvo, que estaba intacto, que aún era un cuerpo completo y capaz. Y decidió con firmeza que así seguiría; pasara lo que pasara, él continuaría vivo. No quería morir y desde luego que no moriría; era así de simple. El tobillo le dolía, la nariz le sangraba, estaba cubierto de barro de pies a cabeza; no tenía pistola y ni siquiera casco; tenía sed y hambre... Pero no dejaría que los alemanes lo mataran. A pesar de todos esos inconvenientes, a pesar de que todo el Ejército alemán estuviera disparándole millones de dólares en munición, se las arreglaría para sobrevivir. De una manera u otra encontraría la forma de seguir respirando, pensando, sudando.

Winston intentó no oír las bombas, pues el dolor de cabeza se le estaba agravando. Buscó en su guerrera y encontró varios cigarrillos

y cerillas secas. Fue un alivio cuando encendió uno, pero, en cuanto se relajó, recordó la sed que tenía; no había bebido agua desde la noche anterior. A su vez la sed le recordó el hambre que tenía; no había comido nada desde que vio a Merrill en la taberna. Y las punzadas del hambre le recordaron que tenía el tobillo dislocado y que la nariz le palpitaba. Agitó el pie descalzo en el charco de agua y sintió el dolor subirle por la pierna en oleadas atroces. Se llevó la mano al puente de la nariz. Aunque ya no le sangraba, la tenía hinchada y sensible. Aquella guerra sin duda te machacaba, pensó Winston, presa de un miedo repentino; desde luego no debía de tener ninguna gracia que te alcanzara uno de esos obuses.

Movió la cabeza para ahuyentar presagios lúgubres. Al fin y al cabo, ¿por qué se preocupaba? ¿Acaso no estaba vivo, a pesar de todo? Estaba vivo y fumándose un cigarrillo en mitad de aquella tierra de nadie mientras los obuses caían y estallaban. Estaba vivo en aquel mundo irreal de guerra que era como... Bueno, no como Coney Island. Winston admitió que se había equivocado al pensar que la guerra se parecía a Coney Island. Se disculparía con Merrill la próxima vez que lo viera, porque sobre las atracciones de Coney Island se podía decir lo que se quisiera, pero en ellas no había muerte; no se ponían en marcha deliberadamente para barrer a un hombre de la faz de la tierra. Se podía hacer la comparación, comprendió Winston ahora, antes de que una de aquellas bombas lo levantara a uno del suelo y lo lanzara por el aire como una mosca que pasara por delante de un ventilador eléctrico; no obstante, después de una experiencia como la suya sabía que no se podían comparar. La guerra no se parecía en absoluto a Coney Island. Era como... Winston se dio cuenta de que no lo sabía. Sólo sabía que era

diferente de cualquier otra cosa del mundo. Pero sí que sabía cómo era la muerte, por supuesto. Podía explicarles la muerte a otras personas. A mamá, a Martha Petersen, a Bill Williamson, a los padres de Bill y a todos los demás amigos que tenía en casa... Podría describirles la muerte sin ningún problema.

Winston cerró los ojos con la esperanza de que cesara el estruendo. Entonces podría decirles a sus amigos cómo era la muerte. Habría bandas tocando y banderas ondeando al tiempo que él marchaba por las calles principales de Indianápolis entre las ovaciones del pueblo; después se sentaría en el porche de la casa del señor Williamson rodeado por un círculo de rostros solemnes en la penumbra, rostros esperando a que él hablara.

—¿Cómo es la muerte, Pete? Cuéntanos. Cuéntanos.

Una ligera risa cansada.

—¿Cómo es la muerte? Bueno, amigos, la muerte es como...

Winston abrió los ojos. No debía pensar en la muerte; sentía escalofríos que le recorrían la columna. «No pienses en la muerte», se susurró en medio del estruendo de las bombas que estallaban. «Hay cosas mucho mejores en las que pensar.» Winston pensó en cosas más agradables: un trago de agua, un bocadillo, vendarse la torcedura, limpiarse la sangre coagulada de la nariz. Pensó que cada vez que los alemanes enviaban un nuevo obús para matarlo hacían otro agujero para protegerlo. Era irónico: por mucho que los alemanes lo intentaran, por muchos artilugios bélicos nuevos que inventaran, no podían evitar salvarlo al mismo tiempo. Se esforzó por reírse; cada vez que un obús explotaba peligrosamente cerca de su cráter, Winston se reía a carcajadas, una risa forzada, entrecortada. De repente notó que algo le pasaba en la mano

derecha. La levantó para quitarse el cigarrillo de la boca, pero la mano no respondió a la orden de movimiento. Algo le ocurría; estaba inerte en su regazo. Winston no lo entendía. Miles y millones de veces su cerebro le había ordenado a su mano derecha que se moviera y ella se había movido de inmediato y sin rechistar. Sin embargo, ahora se quedaba quieta. Se limitaba a yacer lacia en su regazo. Winston pensó que aquello era absurdo. La vida terminaría siendo horriblemente complicada si iba a haber una discusión cada vez que su cerebro le dijera a su mano que se moviera. Lo intentó con el codo, que tampoco obedeció. El hombro, seguro que el hombro se movería si él se lo ordenaba. Se miró con severidad el hombro derecho y comprendió que estaba herido. Un trozo de metralla de uno de los obuses le había atravesado la guerrera y la camisa, y se había incrustado en los músculos del hombro derecho. En el momento en que advirtió que tenía herido el hombro, empezó a dolerle. A Winston no le importaba tanto el dolor como la visión de su propia sangre formando un oscuro círculo en la manga de su guerrera. Se quitó el cigarrillo de la boca con la mano izquierda y observó cómo se agrandaba el círculo.

CAPÍTULO CUATRO

Durante sus veintitrés años de vida Winston había ganado algo más que sus correspondientes medallas, insignias, emblemas y cintas. En el armario de su habitación de Indianápolis había una caja de latón llena de premios. Winston no se había preocupado de conservarlos. Le gustaba ganarlos, pero después solía olvidarse de ellos. Su madre, en cambio, estaba muy orgullosa de la colección, porque Winston era su único hijo, y fue ella quien los conservó.

Todo el mundo sabía que, cuando Winston se decidía a hacer algo, normalmente lo hacía. Tenía una vena de perseverancia e inventiva que se había manifestado a una edad muy temprana. La gente decía que llegaría muy lejos, a pesar del inconveniente de ser huérfano de padre. Algunos incluso afirmaban que Winston tenía madera de líder. A su madre se le iluminaba la cara cuando oía ese tipo de cosas.

Cuando Winston tenía tres años, su madre lo inscribió en un concurso de belleza infantil y ganó el noveno premio, que era una cinta azul prendida a un vale de cinco dólares, canjeable en unos grandes almacenes de la ciudad. A los ocho años, obtuvo una

medalla de bronce por su excelente recitación del poema «Si...», de Kipling, en un concurso de la escuela. A los doce, entró en un grupo de Boy Scouts del barrio junto con Bill Williamson y otros niños del vecindario. Al cabo de seis meses, los otros niños eran todavía *scouts* de segunda clase, mientras que Winston no sólo era de primera clase, sino que le habían concedido cinco insignias al mérito: seguridad, primeros auxilios a animales, natación, socorrismo y cocina. Esas insignias al mérito, junto con otras veinte que acabaron por elevar a Winston al rango de *scout* águila, estaban en la caja de latón, cosidas pacientemente por su madre en filas de tres a lo largo de la manga de su antigua camisa de explorador. En la caja también había varias chapas, letras bordadas y escudos que los Boy Scouts le habían concedido a Winston, tanto en casa como en los campamentos de verano, por su excelencia en deportes, liderazgo y humanidad.

Winston continuó con sus éxitos en el instituto. En su segundo año era el torpedero habitual del equipo de béisbol, además de pívot en el de baloncesto. Un año después era capitán de ambos equipos. Aquél fue el año en el que el instituto ganó los campeonatos de béisbol y baloncesto de la ciudad. La madre de Winston estuvo muy ocupada cosiendo letras en los jerséis y las sudaderas de su hijo. En una cena de celebración, Winston fue elegido mejor deportista del instituto y le entregaron una medalla. Todos esos trofeos estaban en la caja de latón.

Winston no descuidó sus estudios por el deporte. Al contrario, sus notas eran excelentes y fue uno de los diez alumnos con mejor nota media el año en que se graduó. Por ello le concedieron una medalla de bronce. En el instituto fue también un magnífico orador.

En la ceremonia de graduación fue uno de los tres muchachos que pronunciaron discursos de cinco minutos que habían escrito ellos mismos. El de Winston se titulaba «Aplicación de la Ley Seca mediante la educación», y ganó el segundo premio, una medalla de plata. Éstas estaban también en la caja de latón, además de una insignia de reconocimiento que le concedió la Sociedad Estadounidense para la Prevención de la Crueldad contra los Animales, por denunciar a un hombre al que había visto maltratando a un caballo, y una tarjeta de socio, roja, blanca y azul, de la Liga Cívica Juvenil, que ganó durante una campaña para inducir a la gente a que tapara sus cubos de basura cuando los sacaba por la noche.

Sus maestros y sus amigos dijeron que era un típico chico norteamericano y le auguraron un brillante futuro cuando salió del instituto y fue a la universidad.

Se dio por sentado que, después de la universidad, Winston ocuparía el puesto que su padre había dejado vacante en el banco cuando una infección de garganta acabó con su vida, en 1919, poco después del nacimiento de Winston. El señor Williamson y el padre de Winston habían trabajado juntos como cajeros, si bien desde la muerte del padre de Winston el señor Williamson había ascendido a director del banco. Los Williamson se marcharon del barrio de Winston y se mudaron a la mejor zona residencial de la ciudad, donde habían comprado una vivienda señorial, pero Winston continuó siendo amigo íntimo de Bill Williamson y era un invitado frecuente en la nueva casa. La señora Williamson también siguió en contacto con la madre de Winston a lo largo de los años, a pesar de

que la brecha entre sus posiciones sociales y financieras se ensanchaba cada vez más.

Además de administrar el modesto patrimonio de la madre de Winston, el señor Williamson intentó comportarse como un padre para él, y siempre que tenía tiempo hablaba con el joven y le preguntaba sobre sus sueños y sus aspiraciones. Por suerte, Winston y su madre no tenían que preocuparse por el dinero. Cada mes una compañía de seguros le enviaba un cheque de ciento cincuenta dólares a la señora Winston, dinero que recibiría mientras viviera. También había una reserva de tres mil dólares para los estudios universitarios de Winston.

Durante varios años, Winston y Bill Williamson pasaron las largas vacaciones de verano haciendo excursiones en bicicleta y viajando juntos por el país haciendo autostop. En el instituto Bill Williamson jugaba de segunda base y Winston de torpedero, y los dos establecieron un récord escolar de jugadas dobles. Cuando terminaron el instituto, el señor Williamson y su esposa les ofrecieron una gran fiesta. Winston iría a una pequeña universidad de Indiana; Bill Williamson a una gran universidad del este, y ambos se pusieron sentimentales porque era su primera separación de verdad.

Para algunas personas Winston fue una decepción en la universidad. Habían esperado de él que fuera un destacado deportista y un alumno sobresaliente, y no podían entender por qué ni siquiera intentó entrar en alguno de los equipos ni por qué sus notas sólo eran pasables casi siempre. La explicación en realidad era simple. El impulso sexual lo atacó con mucha fuerza e hizo que se olvidara de casi todo lo demás. Asistía a una universidad mixta. Era

alto y atractivo, airoso y fuerte, no había en él sombra de timidez, tenía un buen sentido del ritmo y le gustaba bailar. A los diecinueve años, después de haber invertido parte de su dinero en un descapotable de segunda mano, convenció a una chica de dieciocho años, una noche estrellada, de que tenía poco que perder y un mundo de experiencias por ganar si se entregaba a él en cuerpo y alma. Le dijo que la amaba, a pesar de que no era cierto, y ella lo creyó. En su segundo y tercer año otras chicas ocuparon el puesto de la primera, hasta que la ley de la oferta y la demanda lo llevó a conocer a Martha Petersen. Acostarse con Martha Petersen le procuraba tanta satisfacción que Winston perdió el interés por otras chicas y al poco tiempo los dos ya hablaban de casarse.

Bien alimentado y vestido durante toda su vida, el mundo exterior no asustaba a Winston lo más mínimo. Apenas era consciente de las principales tendencias de la economía y la política mundiales. Era el típico joven estadounidense y no necesitaba oír hablar de Abraham Lincoln cada día para sentirse orgulloso de su herencia norteamericana. Sabía que el sistema económico estaba en crisis y que no podría durar siempre. Sabía que el desempleo, especialmente entre su clase, era un problema grave en el país, con más de seis millones de jóvenes sin trabajo. Sabía que Europa estaba al borde de la guerra, como siempre. Pero todos esos asuntos apenas le afectaban a él, un estudiante de idiomas, literatura inglesa y fundamentos empresariales. Casi nunca leía el periódico porque la mayor parte de su tiempo lo dedicaba a estar con Martha Petersen.

Hacia el final del último año universitario Winston y Martha Petersen hablaron del futuro. Los dos tenían completa confianza en

sí mismos y en su suerte. Nunca se le ocurrió a ninguno de los dos que nada pudiera desbaratar sus planes. Winston trabajaría en el banco del señor Williamson, mientras que Martha encontraría trabajo en algún otro lugar; se sacarían una licencia y continuarían su relación íntima bajo unos auspicios más convencionales. Alquilarían un piso en Indianápolis, los padres de Martha les darían dinero para amueblarlo y, pasado un tiempo, tendrían uno o dos hijos. Irían al cine, viajarían en verano y lo pasarían en grande con sus amigos. Parecía sumamente fácil llevarlo todo a cabo.

No obstante, las cosas empezaron a torcerse en cuanto Winston salió de la universidad con su licenciatura en Filosofía y Letras. Volvió a casa a vivir con su madre. Al segundo día de su llegada, fue dando un paseo hasta el banco para ver al señor Williamson. Hacía un año que Winston no visitaba ni escribía al señor Williamson, pero se sentía muy seguro de sí mismo cuando entró en el banco.

—Bueno, aquí estoy —le dijo al señor Williamson, que estaba sentado tras su amplio escritorio de caoba—, con mi título universitario y todo.

Aunque el señor Williamson fue muy cordial, Winston observó que estaba demacrado y parecía cansado.

—Hola, Peter. Estás hecho un hombre. ¿Cómo está tu madre?

Winston era consciente de que su madre llevaba más de un año sin ver a los Williamson.

—Muy bien —dijo con entusiasmo—. ¿Cómo está Bill?

—Bien. Hablé con él hace unos días. Volverá la semana que viene.

—Winston pensó de pronto que llevaba tres años sin ver a Bill, porque Bill siempre se iba al extranjero durante las vacaciones de verano, y entonces el señor Williamson dijo con cierto nerviosismo—:

Voy a tenerte en cuenta para un empleo, Pete. Ahora estamos sobrados de personal, tenemos más empleados de los que necesitamos, pero pronto surgirá algo. No te preocupes.

–Bien, gracias, señor Williamson.

Winston estaba muy contento. Como le quedaba un poco de dinero, se le ocurrió que podría ir a Chicago a divertirse un tiempo y después volver a casa para empezar a trabajar.

Pese a que Winston fue a Chicago y se gastó lo que le quedaba, no se divirtió mucho. Echaba de menos a Martha Petersen y estaba ansioso por encarrilar su vida tal y como tenía previsto. Tras dos semanas volvió a Indianápolis y descubrió que Bill Williamson también andaba por allí, trabajando ya en el banco de su padre. Winston se acercó a ver a su amigo para almorzar con él y, cuando saludó al padre de éste, el director del banco le devolvió el saludo, pero no dijo nada del empleo. Winston no sabía que el señor Williamson estaba en un estado de gran tensión. Había trabajado en exceso y contraído demasiadas obligaciones, y ahora sufría una enfermedad nerviosa común entre los grandes ejecutivos. Tenía manía persecutoria y creía que los demás se dedicaban deliberadamente a complicarle la vida. Pensaba que había una conspiración en marcha para cargarlo a él con todas las responsabilidades, y se cuidaba mucho de hacer promesas o comprometerse a nada. En concreto, le disgustaba que le pidieran cumplir las promesas o las medias promesas que hubiera hecho en el pasado; se le resentía el hígado cuando la gente lo presionaba para conseguir empleos o favores.

En aquellos momentos a Winston le costaba mucho comprender al señor Williamson, pues trataba de entender a su hijo. Bill

Williamson había cambiado mucho, según apreció Winston cuando almorzaron juntos. Era como si entre ambos se alzara una barrera que antes no existía. Bill era más adulto; parecía mejor arreglado, mejor preparado y más seguro de sí mismo que Winston. Daba la impresión de ser un joven importante. Winston no conseguía entender cuál era el problema, pero tenía la sensación de que Bill estaba molesto con él. Al día siguiente Winston fue a casa de los Williamson después de cenar, tal y como había hecho cientos de veces en el pasado.

Aquella noche los Williamson tenían invitados importantes; aún no habían terminado de tomar el café cuando Winston llegó. Se sintió incómodo durante toda la velada, a pesar de que los Williamson fueron amables con él. Winston no podía evitar sentir que en el fondo Bill estaba furioso con él. Cuando se despidió del señor Williamson, le pareció que el banquero le ofrecía una sonrisa forzada.

No estaba seguro, pero decidió no volver a ver a los Williamson. Se dijo que, si ellos querían verlo a él, tendrían que tomar la iniciativa. Esperó un mes entero, pero no hicieron nada. Fue un mes desagradable. Winston sabía que por primera vez estaba viendo un mundo diferente, el mundo real. Y no le gustaba ni un ápice. La gente era en su mayoría mezquina y suspicaz, y todos peleaban con uñas y dientes por los más miserables empleos. Incluso Martha Petersen parecía diferente. Winston ya no tenía dinero, excepto el poco que su madre le daba para sus gastos, y no pudo llevar a Martha Petersen a ningún sitio durante bastante tiempo. La entidad financiera le quitó el coche y ya no pudo volver a llevar a Martha Petersen a la orilla del río a hacer el amor. No había ningún lugar al

que pudieran ir a hacer el amor. A Martha le estaba resultando tan difícil como a Winston encontrar trabajo.

Entre ellos la relación se tornó nerviosa, reprimida.

Después de dos meses de ociosidad, Winston comprendió al fin que los Williamson se habían desentendido de él. Reconoció que aquello era un duro golpe; le dolió profundamente, pero lo aceptó con la cabeza alta. Ya era un adulto, a la deriva en un mundo hostil. No tenía propiedades, mientras que los Williamson eran ricos. Comprendió que estaban destinados a moverse en círculos diferentes. Así, al parecer, era la vida.

Winston decidió no autocondolecerse. Inició una campaña para conseguir empleo. Escribió cartas, imploró entrevistas y se mostró atento e inteligente cuando los ejecutivos hablaban con él. Por fin, tras un mes de esfuerzos, el viejo Carter del *Chronicle* de Mayburg lo contrató de reportero novato por quince dólares a la semana.

Aquello supuso bajar otro escalón en la carrera de Winston. No era que no le gustara su trabajo; tenía talento para el periodismo y, si el viejo Carter no lo hubiera obligado a trabajar tanto por un sueldo tan escaso, podría haber sido razonablemente feliz. Lo que le molestaba era la situación del mundo. Winston era consciente de que él había llevado una vida de ermitaño desde la infancia, mientras a su alrededor el mundo se volvía grande, gordo y feo, lleno de hombres y mujeres insaciables, ladinos y sin caridad en el corazón. Winston veía la maldad de la humanidad cada vez que dejaba las oficinas del *Chronicle* para cubrir una noticia. Observaba que la lucha por el trabajo condicionaba la vida de la gente y que eso hacía que la mayoría se volviera taimada, falsa y vil. Veía que

por todas partes había personas que les hacían a otras cosas aún peores que lo que los Williamson le habían hecho a él.

Encontraba cierta satisfacción en ser alguien de ese mundo real, en que se refirieran a él diciendo «Pete Winston, del *Chronicle*», aunque al poco eso se desvaneció. Había semanas en que la vida era difícilmente soportable. No podía ver a Martha, tenía que pedirle más dinero a su madre, no podía dormir lo suficiente. Le llovían golpes por todos lados y, después de seis meses en el *Chronicle*, estaba aturdido. En sus labios se dibujó una sonrisa cínica que rara vez se le quitaba. La noticia de que Martha Petersen planeaba casarse con Stephen Christiansen fue otro golpe más, y, cuando el viejo Carter le dijo que estaba despedido, Winston era ya tan insensible a las decepciones que reaccionó con indiferencia.

Fue a casa con su madre y allí se quedó. Cada vez que pensaba en lo diferente que era ahora del joven que había salido de la universidad hacía un año o menos, se asombraba. Era verano, y los pocos amigos que tenía estaban trabajando y viviendo vidas atareadas. Cuando se marchaban de vacaciones, ninguno de ellos lo invitaba. Iniciando una nueva búsqueda de empleo, escribió con tesón docenas de cartas, pero a esas alturas del año las empresas ni siquiera hacían entrevistas. Winston apenas vio a nadie durante el verano. Perdió cuatro kilos y la cara se le llenó de feos granos. Su madre estaba cada vez más irritada.

En septiembre los titulares de los periódicos de Indianápolis hablaban del estallido de la guerra en Europa, pero Winston estaba tan ensimismado en su propio sufrimiento que no prestaba mucha atención a los acontecimientos internacionales. A finales de septiembre, su rostro tenía una peculiar y enfermiza palidez. Perdió

toda la confianza en sí mismo y se sentía insignificante e inútil. En la universidad Winston tenía lo que las chicas llamaban *labia* y le gustaba hablar de sí mismo. Sin embargo, ahora, cuando hablaba con alguien tenía la sensación de que estaría pensando: «Menudo charlatán. Mucho fanfarronear, pero no es capaz de encontrar trabajo ni de limpiabotas». Al cabo de un tiempo dejó de hablar casi por completo, incluso con su madre. Escuchaba mucho la radio e iba a ver muchos bodrios. Dado que la vida le resultaba difícil de aceptar, se retiró a su mundo privado y cada semana que pasaba se volvía más susceptible de un modo patológico.

Winston estaba especialmente receloso con los Williamson. Cuando iba al centro para ir a la biblioteca, se desviaba de manera que no tuviera que pasar por el banco. Una vez vio a Bill Williamson caminar por la calle durante la hora del almuerzo con otros compañeros de trabajo. Winston se metió en una tienda y esperó hasta que Bill pasó de largo. No pudo resistir la tentación de estudiarlo a través del escaparate y observó que tenía el aspecto de una persona próspera y bien alimentada.

Winston se volvió descuidado con su aspecto. Empezó a morderse las uñas. Nunca se lustraba los zapatos y tomó la costumbre de dormir la siesta vestido. En la universidad, cuando era una persona activa, sólo necesitaba ocho horas de sueño al día, pero, ahora que no hacía nada, descubrió que podía dormir once horas diarias y aun así seguir cansado. Su sueño era inquieto; tenía muchas pesadillas terribles y despertar por las mañanas le resultaba cada vez más deprimente. Abría los ojos alrededor de las nueve, pero de inmediato los cerraba y se quedaba acostado en una especie de animación suspendida hasta las diez o las once. Por su mente

danzaban pensamientos inconexos, pensamientos sobre Martha Petersen Christiansen, los Williamson, el viejo Carter, el dinero que debía, la monotonía de sus días y la completa futilidad de su vida. Al final, cuando su cabeza era ya un torbellino y sabía que no podría arrebatarse a la mañana otro minuto de sueño, se levantaba de la cama deprimido para afrontar otro día.

Daba innumerables paseos por el barrio caminando sin prisa para ocupar el mayor tiempo posible. Una noche, después de cenar en silencio frente a su madre, salió de casa e intentó andar con los ojos cerrados. Conocía cada losa del pavimento, cada seto y cada árbol de varias manzanas a la redonda, y se preguntó hasta dónde podría caminar de ese modo sin desorientarse. Descubrió que era capaz de recorrer más de cuarenta y cinco metros con los ojos cerrados antes de tropezar con un seto. Era una noche cálida. Las hojas de los arces estaban doradas y el aire tenía la fragancia de los primeros días del otoño. La joven luna vespertina brillaba con tristeza, de color azul claro en un cielo azul oscuro, y Winston la miró con el semblante apenado. Se estremeció. Una repentina rabia lo asaltó: quería golpear a alguien en la cara.

Pensó con amargura que ya no podía soportar la vida. Tenía que marcharse. Tenía que alejarse de su hogar todo lo posible. Daba igual dónde, siempre y cuando estuviera a una gran distancia, un lugar donde pudiera olvidar los amargos recuerdos y las agotadoras frustraciones de los últimos meses. Tenía que emprender una nueva vida en algún lugar y tenía que hacerlo de inmediato.

Winston se detuvo y alzó la mirada hacia la luna. Era como si le hubieran quitado una camisa de fuerza y pudiera respirar con libertad por primera vez en siglos. Todos sus miedos y sus

limitaciones se desvanecieron como por arte de magia. Se sintió fuerte y seguro de sí mismo otra vez. También tenía hambre; se apoderó de él un gran deseo de tomarse un batido helado de chocolate, y se dirigió confiado hacia el establecimiento de la esquina.

Se marcharía enseguida, pensó entusiasmado mientras engullía el batido; le pediría dinero a su madre, lo justo para empezar, y se iría. Lejos, lo más lejos posible, a un lugar donde hubiera sitio para un hombre con experiencia periodística y formación universitaria. Se dijo que nada en el mundo podría detenerlo aunque unos minutos después, cuando empezó a buscar una forma concreta de marcharse y un destino concreto, admitió que tenía dificultades. Era una pena que el comercio marítimo estuviera tan estancado. En los viejos tiempos uno podía conseguir un trabajo en un barco y viajar cuanto quisiera; en cambio, ahora, con miles de marineros en tierra en Nueva York y San Francisco, los periódicos decían que los sindicatos ni siquiera recogían solicitudes para trabajar en el mar. Tampoco hacer autostop o viajar de polizón en un tren era como antes: muchos estados habían aprobado leyes contra los autoestopistas, y los ferrocarriles avisaban de que serían implacables con los pasajeros sin billete. Y el consejo de Horace Greeley, «Ve al oeste, joven»,³ desde luego ya no era pertinente. La propia Indianápolis era el oeste cuando Greeley dio su famoso consejo, y en aquellos días, por supuesto, los estados no tenían patrullas fronterizas que mandaran a los indigentes de regreso a su lugar de origen. Winston recordó haber leído en los periódicos que ya había patrullas en varios de los estados de la costa del Pacífico. En cuanto a ir hacia el este, o el norte o el sur, las cámaras de comercio advertían de

manera drástica a los jóvenes prometedores del oeste de que no encontrarían más que puro desempleo y desilusión en Nueva York, Boston, Filadelfia, Chicago y otras grandes ciudades, todas las cuales ya estaban lidiando con sus propios problemas a causa de los subsidios por desempleo. Los forasteros que crucen las puertas no han de esperar clemencia, advertían las cámaras de comercio, porque la caridad bien entendida empieza por uno mismo. Winston pensó que fuera de los Estados Unidos el mundo era incluso más frío para con la gente sin dinero. Según recordó, Latinoamérica, Australia e incluso Canadá estaban en una difícil coyuntura por culpa del desempleo y permitían la entrada de extranjeros sólo si éstos depositaban una determinada suma de dinero que prometían gastar y juraban solemnemente no trabajar. Winston no quería divertirse; quería hacer algo con su vida trabajando duro, con honestidad. Sin embargo, parecía que había en marcha una conspiración internacional para evitar que él trabajara. Cuanto más lo pensaba, más le parecía que así era. Europa y el Extremo Oriente eran prácticamente inaccesibles a causa de la guerra; ya ni siquiera las islas de los mares del Sur, según había leído, admitían visitantes a menos que éstos prestaran juramento de que no eran sino turistas. Winston miró hacia el espejo que había frente a la máquina de refrescos y pensó que estaba atrapado. Su hogar era una prisión, y el resto del mundo, su carcelero.

Mirándose en el espejo, forzó una sonrisa cínica. Resolvió que se escaparía de aquella cárcel aunque fuera lo último que hiciera. En sus años de instituto la gente decía que, cuando Pete Winston se decidía a hacer algo, normalmente lo hacía. Había perdido aquel

impulso durante un tiempo, pero ahora lo había recuperado. Se dijo que se las ingeniaría aunque tuviera que remover cielo y tierra.

Al salir del establecimiento, Winston compró un periódico vespertino y se detuvo un momento leyendo los titulares. La mayoría de los de primera plana eran sobre la guerra. Eran los artículos habituales sobre la entrada de Alemania en Polonia, estrategias bélicas, maniobras y movimientos diplomáticos. Los artículos hablaban de la invasión de Polonia por las tropas alemanas, de miles de personas muertas, heridas, famélicas y torturadas. Winston nunca había visto siquiera una persona asesinada, herida ni torturada, y sólo a unas pocas realmente famélicas, así que le costó entender esos artículos. Los creía, por supuesto, pero no los comprendía; no podía sentir como debían de sentirse los polacos cuando les ocurrían esas cosas horribles.

No obstante, aquella noche había una noticia de otra clase en la primera plana. Nada más leer el titular, Winston se interesó de inmediato y continuó leyendo los caracteres más pequeños. Era la historia de una bella joven norteamericana que, volviendo de Europa en un buque de mercancías, había pasado tres días y sus noches a la deriva en un bote salvavidas inundado de agua después de que un submarino alemán hubiera torpedeado su barco. La joven había salido ilesa, gracias a Dios; los marinos noruegos que compartieron su suerte en el bote salvavidas resultaron ser unos héroes. Con los dientes castañeteándoles y el cuerpo medio sumergido en el agua, cantaron canciones mientras llevaban el bote hacia la salvación.

Sólo se enfadaron una vez, cuando, la segunda mañana, un solitario aeroplano alemán sobrevoló en círculos el bote salvavidas y durante unos minutos terroríficos les pareció que los bombardearía

sin piedad. Los marineros noruegos se pusieron en pie en el bote anegado y, alzando sus congelados puños, algunos de ellos gritaron «*Pfui, pfui, pfui!*», según la declaración de la joven. El avión se alejó sin lanzar ninguna bomba. La joven fue rescatada y, al día siguiente de poner los pies en tierra firme, estaba tan encantadora como siempre.

Winston se sintió extrañamente conmovido por esta noticia. El periódico reproducía la foto de la joven, que era muy bonita. Se parecía a muchas de las chicas que él había conocido en la universidad. Podía imaginarse fácilmente la cabeza de la muchacha junto a la suya en una almohada; visualizaba a la chica: los ojos arrasados en lágrimas, la mirada de martirio demudándole el rostro al verse con el agua por la cintura en el bote salvavidas y su rubio pelo ondeando al viento helado. Pensó que era una auténtica vergüenza que los alemanes hicieran sufrir así a una muchacha encantadora como aquella. Cuando dejó el periódico apretó instintivamente los puños. Se dijo que los alemanes se estaban pasando de la raya. Más les valía estar atentos, porque alguien les bajaría los humos.

De regreso a casa, dando vigorosas zancadas, se descubrió pensando en la muchacha del bote salvavidas y en la guerra de Europa, en vez de en un lugar al que ir y una forma de llegar allí. La luna acechaba detrás de una nube y Winston sintió de repente que a la vuelta de cada esquina había agazapados unos soldados alemanes que planeaban atraparlo y mandarlo a un campo de concentración. Winston continuó a hurtadillas a lo largo de una calle residencial flanqueada de árboles, escudriñando los setos y los troncos en busca de espías y sabotadores. Era consciente de que en realidad no

encontraría a ninguno, pero, puesto que las cosas estaban tan mal en Europa que los alemanes iban por ahí disparando a muchachas rubias en botes salvavidas, no sería ilógico que anduvieran por allí también. La idea de peligro le suscitó un extraño orgullo por su herencia norteamericana, como si lo sintiera por primera vez. Pensó que, cuando uno reflexionaba sobre las circunstancias de otros países, se enorgullecía instintivamente de su propio país, incluso aunque la situación del empleo en Estados Unidos no fuera lo buena que debería ser. Al menos en su tierra la gente no iba por ahí disparando a muchachas rubias ni mandando a hombres y mujeres inocentes a los campos de concentración. Entrecerró los ojos. Nadie lo metería *a él* en un campo de concentración. Los otros podrían permitir que les pincharan con bayonetas y los llevaran como un rebaño de ovejas, pero él dispararía primero: en un último y demoníaco gesto, ametrallaría a todos los alemanes que pudiera y se reservaría la última bala para sí mismo. Él era norteamericano, sí señor, orgulloso de su libertad, su valor y las grandes tradiciones que lo precedían. Recordó que uno de sus antepasados había lanzado té por la borda en Boston, Massachussets,⁴ y otro había pasado el invierno con Washington en Valley Forge, Pensilvania.⁵ Winston arrugó la frente. Instintivamente, extendió el dedo índice fingiendo que era una pistola, como hacen los niños. ¡Bang, bang, bang, bang, bang! Winston agitaba la mano de manera convulsiva. Una docena de alemanes mordieron el polvo, y Winston se sintió mucho mejor. A pesar de eso, no había descanso para un hombre que combatía a los alemanes en solitario. Había más alemanes a la vuelta de la siguiente esquina, alemanes al este, al oeste, al norte y al sur, alemanes que amenazaban el aire mismo que Winston respiraba.

Uno tenía que estar en guardia en todo momento. Había alemanes sacando periscopios de las aguas del Atlántico frente a Nueva York y, cuando la cara de una encantadora muchacha norteamericana entraba en su campo de visión, el comandante del submarino escupía, con tono gutural, la orden de lanzar un torpedo. Había pilotos alemanes en aviones rugientes en el cielo de Indianápolis y, al ver una bandera estadounidense, sonreían como maníacos y soltaban cientos de bombas.

Winston entró con aire desafiante en su casa, subió a su habitación y se quedó mirando por la ventana. Estaba solo, pues su madre había ido a ver a unos amigos, y se quedó largo rato mirando la calle, apenas iluminada. El corazón le latía con rapidez y tenía el aliento contenido en la garganta. Se despertaron en él sentimientos que llevaban mucho tiempo adormecidos: el odio, la ira y la impaciencia del guerrero. Los fantasmas de sus antepasados desfilaban por su mente, hombres fuertes y francos que habían luchado en la Guerra Civil y en la Guerra de Independencia, así como anteriormente en guerras inglesas, irlandesas y escocesas. Iban marchando desde el remoto pasado al son de una música marcial, de gaitas, pífanos y tambores, susurrando enigmáticamente que los hombres fuertes se harían valer: combatirían el odio con el odio; la lanza y la espada revivirían sus abatidos corazones; cuando la injusticia los había azotado en el pasado, no se habían resignado sumisos y serviles; habían marchado para castigar la injusticia con toda la fuerza de su voluntad.

La puerta se abrió en la planta baja y Winston oyó los familiares pasos de su madre. Se apartó de la ventana y bajó a su encuentro. Había una resuelta tristeza en sus ojos cuando habló:

—Madre, voy a marcharme.

Ella lo miró a los ojos y después vaciló. Bajó la mirada con astucia para ganar tiempo y por fin dijo:

—¿Adónde irás?

Winston habló con determinación:

—Voy a Europa... A luchar.

La madre palideció.

—¡A Europa? ¿A luchar? Pero ¿por qué?

—Hay muchas razones, madre.

Las palabras que a su madre se le habían atascado en la garganta salieron entonces con una fuerza desesperada.

—¡Es una locura, Peter! ¿Qué razones puede haber? ¡A Europa a luchar! ¿Por qué quieres ir? ¡Ay, Peter, es una locura!

Winston tenía la voz áspera y la cara roja de ira.

—Te digo que me voy. De nada sirve que intentes detenerme. Ya me ha costado mucho dar el paso para que vengas tú a ponérmelo aún más difícil.

Por primera vez en meses Winston perdió por completo la serenidad.

—Soy un hombre adulto y puedo hacer lo que quiera, puñetas. Me voy, ¿entendido? ¡Esta semana!

Se dio media vuelta y salió furioso de la casa mientras su madre miraba con ojos lastimeros cómo se marchaba.

Winston iba a paso rápido por la calle residencial, con la cabeza llena de airadas ideas desafiantes. ¡Que por qué iba a Europa a pelear! Era propio de una madre preguntar esa tontería. Se dijo que había un montón de buenas razones por las que ir a Europa a luchar. Ya era hora de que se decidiera a marcharse; ya hacía tiempo que

debería haberse ido. ¡Desde luego que sí! Todo el mundo sabía lo que tramaban esos alemanes, con sus ideas totalitarias, su desprecio por la democracia y la libertad, sus sueños de conquistar el mundo. La democracia estaba siendo amenazada y alguien tenía que luchar por ella, como estaban luchando esos soldados ingleses y franceses. ¿Lucharía el señor Williamson por la democracia? ¿Lucharía por ella su hijo Bill? Por supuesto que no, ninguno de ellos. Estaban demasiado ocupados haciendo dinero, así que tendría que luchar él. No es que esperara ningún agradecimiento por su parte; él no quería nada en absoluto de los Williamson.

Iría a Europa a luchar porque eso era lo sensato. Todo el mundo sabía que ese tipo, Hitler, y sus desquiciados tenientes estaban peleando por conquistar el mundo, para someter a todos los pueblos al látigo del dominio alemán. Rusia, traicionada por sus propios líderes, estaba luchando en el bando de Hitler. Había hechos que todo el mundo conocía; estaban en todos los periódicos y revistas. Así pues, ¿por qué esperar a que Alemania aplastara a Inglaterra y Francia, y nos enviara a nosotros su Ejército y su marina? Era una locura. La mejor estrategia era ir a Europa y defenderse frente a Alemania, como cada vez más gente empezaba a admitir. Todo el mundo estaba enterado del complot ruso-alemán para dividir a los Estados Unidos; había una revista que había publicado, hacía sólo unos meses, según recordó Winston, todos los mapas, los gráficos, los documentos y demás. Los aviones y los buques de guerra alemanes atacarían a lo largo de la costa oriental, desde Maine hasta Florida, mientras millones de soldados rusos llegarían desde Siberia por Alaska y Canadá. No pasaría mucho tiempo antes de que Estados Unidos, con su escasa protección antiaérea y sus

insuficientes defensas, fuera conquistado. Nueva York, Filadelfia, Boston e Indianápolis quedarían en ruinas; sus magníficos puentes, derribados; sus majestuosos rascacielos, convertidos en montañas de acero, cemento y ladrillo. Pensó que eso no le ocurriría a su país mientras él pudiera disparar un arma. ¡Que por qué iba a Europa a luchar! Lo único que lo sorprendía era no haberse ido meses antes.

Cuando Winston regresó a casa creía honestamente en todo eso. Su madre estaba levantada, con los ojos enrojecidos, y Winston se compadeció de ella. Se sentó, le dio un beso e intentó explicarle todo con calma y sensatez.

—De todas formas, aquí no consigo encontrar trabajo —dijo—, yéndome a luchar podría ser de alguna utilidad para mi país. Estoy harto de andar de acá para allá sin hacer nada. Me voy, madre, y no debes intentar detenerme.

Le dio un beso, subió a su habitación y cayó en un virtuoso sueño en el que sus antepasados marchaban y las gaitas sonaban con pasión.

Su madre intentó por todos los medios evitar que Winston se marchara. A la mañana siguiente, tragándose su orgullo, fue al banco a ver al señor Williamson.

Él se disculpó por no haberse puesto en contacto con ella durante tanto tiempo. Le dijo que toda la familia estaba sumamente ocupada.

—Debo decir que estoy un poco enfadado con Pete —dijo—. Ya nunca se pasa por aquí.

—Por eso vengo a verlo a usted —dijo la señora Winston con tristeza—. Quiere irse a Europa a luchar en la guerra.

El señor Williamson se mostró en verdad sorprendido.

–Pero ¿por qué?

–No lo sé. Yo no entiendo sus razones. He pensado que quizá usted podría hablar con él. A usted lo escuchará, estoy segura.

–Claro que hablaré con él. Dígale que venga por aquí.

El señor Williamson la acompañó a la puerta giratoria y le dijo que no se preocupara; estaba seguro de que sería capaz de convencer a Winston.

Sin embargo, Winston se negó a acceder a la petición de su madre de ir a ver al señor Williamson. Estaba muy contento aquella mañana. Había descubierto que, en cuanto llamó a sus amigos para decirles que se iba a Europa a luchar, se había convertido a sus ojos en alguien importante. No era desagradable esa sensación después de tantos meses creyéndose un inútil, así que aquella mañana Winston no se arrastraría ante nadie.

–No tengo nada que decirle al señor Williamson –le espetó a su madre. Estaba atareado haciendo la maleta y cerrando los pocos asuntos que tenía en Indianápolis. El periódico decía que varios estadounidenses iban a Toronto, Canadá, para presentarse como voluntarios en la sección canadiense de la Fuerza Expedicionaria Británica, y Winston estaba decidido a llegar a Toronto antes de que acabara la semana.

Desesperada, la madre de Winston le comunicó esta decisión al señor Williamson. Era un día de mucho trabajo en el banco. Aun así, el señor Williamson, murmurando y maldiciendo, por fin telefoneó a Winston.

–¿Pete? Creía que vendrías a verme –dijo controlando su enojo.

Winston se contuvo para no decirle al señor Williamson que se fuera a hacer gárgaras.

–Lo siento, pero estoy tan atareado haciendo el equipaje que me temo que no tendré tiempo.

–¿Qué es eso de que te vas a Europa? No lo dirás en serio, ¿verdad?

–Claro que sí –dijo Winston con entusiasmo–. Me voy enseguida.

–Pero, Pete, sé razonable. ¿Por qué no lo hablamos? Vamos a vernos y...

–No hay nada que hablar, señor Williamson. Estoy decidido.

–Piensa en tu madre, Pete. Se quedará muy sola.

–Lo siento por mamá, pero es inevitable. Tengo que ir.

–Pero ¿por qué, Pete?

Winston estaba envalentonado.

–Bueno, señor Williamson, alguien tiene que proteger a quienes no van a protegerse a sí mismos. –Hubo un silencio al otro lado del teléfono, y Winston pudo imaginar el color de la cara del señor Williamson–. No se ofenda –añadió–, pero estoy muy atareado con el equipaje... Despídame de Bill, por favor. Y de la señora Williamson.

El señor Williamson le dio la noticia a su hijo cuando éste se acercó a su escritorio.

Bill Williamson se sobresaltó.

–¿Qué bicho le ha picado? –le preguntó a su padre.

–Ese muchacho es un agitador –dijo el señor Williamson–. Siempre lo he sabido.

Bill Williamson y su madre también telefonearon a Winston por la tarde, aunque entonces él ya estaba en un autobús de camino a Toronto. Tuvo que irse a toda prisa porque su madre se quedó perturbada cuando comprendió que su único hijo se marchaba de verdad a la guerra y él no pudo soportar su expresión de

sufrimiento. No tenía mucho dinero, sólo el poco que le había cogido a su madre, pero decidió que nada le impediría unirse a la BEF. Su persistencia y su ingenio le resultaron muy útiles y, después de una semana en Toronto, lo aceptaron como soldado raso voluntario. Tras cuatro semanas de riguroso entrenamiento allí, se trasladó con su compañía a Quebec. Había en su sección un joven llamado Merrill que le caía bien, y otro llamado soldado de primera Ravenswood que le caía mal. Una noche, siguiendo órdenes secretas, fue río abajo por el San Lorenzo y cruzó el Atlántico hasta Inglaterra. Después de varias semanas más de entrenamiento en Inglaterra lo enviaron a Francia a través del Canal y lo trasladaron en tren y camión hasta Latouche. Aquella mañana de finales de otoño llegaron al granero del pueblo. Debido al viaje, muchos de sus camaradas estaban mareados; en cambio, Winston no sentía ningún malestar. Desayunó en abundancia.

CAPÍTULO CINCO

Estaba empezando a oscurecer, y Winston se preguntó cuándo acabaría el estruendo, si es que iba a acabar. Conforme pasaban las horas había ido desechando cada uno de sus deseos. Sobre la una de la tarde, cuando la herida de metralla del hombro derecho le sangraba a borbotones, habría dado media vida por su botiquín de primeros auxilios. No obstante, se las arregló sin él; consiguió quitarse la guerrera y la camisa caqui, y pudo improvisar un torniquete con una de las mangas. Agarrando un extremo de la tela con los dientes y apretando el nudo con la mano buena, consiguió fijar el torniquete bajo la axila. Eso detuvo el sangrado un rato, y Winston se sintió satisfecho; ya no quería el botiquín, aunque la presión del torniquete le adormecía el brazo derecho hasta la yema de los dedos. Lo mismo ocurría con la sed; sobre las dos habría vendido su alma por un vaso helado de cola con limón. Al cabo de un rato, concentró su mente en un gran vaso de agua fría. Al final, metió los jirones de su camisa en el turbio charco que había en el fondo del socavón y se exprimió el agua mugrienta en la boca. Eso le produjo arcadas, pero le humedeció los labios resecaos y le aplacó

un poco la sed. Con eso se conformaba, no pedía más. Hacia las tres, cuando el tobillo dislocado, desprovisto de la bota, empezó a helársele después de pasar un buen rato metido en el sucio charco, Winston habría dejado que cualquiera le amputara el pie a cambio de una hora en una cama limpia y caliente. A pesar de todo, consiguió girarse y sacar el pie del agua; hasta fue capaz de envolverse el dolorido tobillo en la guerrera empapada, y no quedó descontento.

Yacía inmóvil y retorcido de forma incongruente en el cráter del obús, con el pie derecho, aún en su bota, metido en el charco del fondo, el pie izquierdo envuelto en la guerrera y en alto, y todo el peso de su cuerpo sobre el hombro izquierdo. Tenía los pantalones y la camiseta embarrados, y el cuerpo, casi del color de la tierra. Cuando empezó a oscurecer deseó con todas sus fuerzas que cesara aquel estruendo.

Winston no había visto ni un alma en todo ese tiempo. Si hubiera tenido fuerzas para elevar la cabeza por encima del borde del cráter, habría visto innumerables cuerpos esparcidos por el suelo, delante y detrás de él, ya que tanto los alemanes como los aliados habían avanzado en varias ocasiones para tomar el terreno bombardeado, si bien ni un solo soldado había llegado hasta el socavón de Winston, situado en medio de tierra de nadie. Pero no le quedaban fuerzas y sólo podía seguir allí postrado, retorcido, en el cráter, y esperar lo que el destino le deparara.

Apretó los dientes mientras el estrépito continuaba sin cesar y pensó que ni mil aspirinas le aliviarían el palpitante dolor de cabeza. ¿Por qué no dejaban de disparar? ¿No se daban cuenta de que eso no les servía de nada? ¿No veían que estaban desperdiciando la

munición? Movi6 la cabeza. Aquello no era una súplica descabellada de un ser humano a otro. Que dejaran de disparar de una vez, eso era lo único que les pedía. No les estaba diciendo que se rindieran ni que probaran el amargo sabor de la derrota. Solamente les rogaba que dejaran las armas para que a los demás se les quitara el dolor de cabeza. Que pararan aunque sólo fuera por la noche; que se fueran a casa, cenaran tranquilamente y leyera un libro, o fueran al cine, cualquier cosa. Mañana por la mañana, después de un buen descanso nocturno, podrían retomar los disparos si no había más remedio. Pero esa noche debían parar; ya se habían pasado el día entero trabajando duro y nadie los acusaría de holgazanes si se tomaban un descanso. Caía la noche y todo el mundo sabía lo difícil que era apuntar bien a oscuras. Al poco, todo sería cuestión de acertar o fallar, así que, venga, muchachos, ¿por qué desperdiciar esa munición tan buena? ¿Por qué dejaros la piel para nada? Marchaos a casa, marchaos a casa porque ninguno de los bandos va a retroceder hoy ni un centímetro.

Winston levantó la mirada al cielo para ver si le estaban prestando atención. En absoluto, advirtió al momento. Era aún peor que eso. No solamente lo ignoraban: estaban burlándose de él. Habían escuchado sus ruegos y se reían de él con menosprecio. Aumentaban el ritmo de los bombardeos. Estaban siendo deliberadamente crueles.

Pensó que no era del todo sorprendente que los alemanes hicieran algo así, pues eran el enemigo. Los alemanes tenían derecho a intentar matarlo según las tradicionales reglas de la guerra. ¡Pero que lo hicieran sus propios camaradas! Nunca habría pensado que lo maltratarían así. Sin embargo, saltaba a la vista que

lo estaban tratando peor que los alemanes. El crepúsculo se acentuaba y, escudriñando el cielo, Winston vio más claramente el bombardeo; casi distinguía los obuses escribir con humo sus nombres en el cielo a medida que efectuaban su veloz cabalgata de destrucción. Al parecer, caían más bombas del bando aliado que del alemán. En respuesta a su súplica de que se quedaran en casa por la noche, los británicos y los franceses habían echado más leña al fuego, habían abierto al máximo las válvulas de su maquinaria bélica, habían pisado el acelerador y estaban soltando todo lo que tenían. En todas las horas que llevaba perdido en tierra de nadie no había habido tanto estrépito como en esos momentos; era ya absolutamente insoportable, con los morteros, los cañones antitanque, las ametralladoras, los cañones de campaña, los obuses de asedio, los cañones antiaéreos y las granadas de mano formando un monstruoso estruendo, de manera que el ruido ya no tenía ningún ritmo, nada de ra-ta-ta-ta, ni de bum-bum-bum, sino sólo un espantoso rugido desesperante y continuo cuya intensidad nunca disminuía.

Winston, acurrucado como estaba en el socavón del obús, lanzó un grito de protesta. Les había pedido que pararan, y ésa era su respuesta, ésa era la forma en que sus camaradas lo recompensaban por el apoyo que él había prestado a su causa. Había ido allí desde Indianápolis para pelear por la seguridad de la familia que el soldado de primera Ravenswood tenía en Inglaterra, y ésa era la manera que tenía Ravenswood de mostrarle su gratitud. Ése era el modo en que Merrill le daba las gracias, ése era el método del coronel Martin-Boyd. Después de todo lo que había hecho por ellos, ellos no le hacían ese pequeño favor a él. No les importaba en

absoluto, eso era en resumidas cuentas. A los británicos Winston les daba tan igual como los alemanes.

Winston se dijo que era horrible pensar algo así cuando uno estaba completamente solo en el socavón de un obús, rodeado de un montón de cenizas; era un pensamiento que le martilleaba sin cesar la dolorida cabeza y que le hacía capitular a golpes. Pero era verdad, él sabía que era verdad. Con mudo terror, miró al cielo, cada vez más oscuro, como si el hecho de comprender esa idea fuera algo que su mente no podía soportar. Había atravesado mares embravecidos para luchar por ellos, porque se preocupaba por ellos, porque su estilo de vida era importante para él, porque entendía lo abandonados que se sentirían si se convirtieran en esclavos de un dictador extranjero. Winston estaba preparado para darlo todo por esos extranjeros, esos británicos y franceses. Un viejo dicho del Ejército rezaba: «Haz tus necesidades, cierra la boca y no te presentes voluntario». Pero Winston no estaba de acuerdo con esa filosofía. Si no lo hubieran cogido fuera de su base, si hubiera estado de regreso con su compañía cuando empezó la lucha, se habría presentado voluntario para cualquier misión. Si Merrill, saliendo a cortar alambre de espino, resultara herido y, al caer la noche, su cuerpo yaciera como crucificado en tierra de nadie, Winston se habría presentado voluntario para salir a rastras a intentar salvarlo. Si el coronel Martin-Boyd hubiera recibido un disparo mientras dirigía un ataque y estuviera en el suelo pidiendo agua, Winston habría salido con su cantimplora, con la temeridad de un Gunga Din⁶ de piel blanca. En verdad habría hecho esas cosas. Y no pensaba así porque pensar no fuera arriesgado ni porque lo más probable era que nunca tendría la oportunidad de hacer todo eso. Se habría

presentado voluntario, y no por heroísmo, sino por amistad, pues, por muy impersonal que llegara a ser la guerra, por muchas máquinas nuevas que inventaran para simplificar la obligación de matar de los soldados, el espíritu de la amistad tenía que conservarse en cualquier ejército. El general no podía permitirse enviar a los soldados a misiones que implicaran cierto número de muertes a menos que él mismo estuviera dispuesto a ir con ellos. Podría librarse un par de veces; sin embargo, tarde o temprano los soldados se rebelarían si veían que el general no era su amigo. El general tenía el deber de amar a esos hombres con un amor absoluto; a cambio, ellos lo amarían a él con todo su corazón. Y un ejército así, en igualdad de armamento con el enemigo, sería un ejército invencible que erradicaría cualquier mal por la causa de la *justicia*, un ejército que, aunque perdiera un millón de hombres en sus batallas, nunca abandonaría a uno solo.

Por el contrario, el Ejército británico lo había abandonado a él. Winston lo veía claramente. Lo habían dado por perdido hacía horas. A pesar de todo lo que él habría hecho por ellos, ni Merrill, ni Ravenswood, ni Martin-Boyd, ni los demás soldados moverían un dedo por ayudarle a él. Era palmario. Ni una vez habrían preguntado: «¿Dónde está Pete Winston?». Ni una vez habrían dicho: «Pete Winston debe de estar en algún apuro si no está con su pelotón. Debe de estar en tierra de nadie. Más vale que enviemos una patrulla a buscarlo y rescatarlo». Desde el primer momento habrían dicho: «Qué más da». Winston estaba seguro de eso. «Qué más da ese tonto de remate», habrían dicho. «No podemos preocuparnos por él. No podemos enviar gente ahí fuera a buscarlo. Tenemos cosas más importantes que hacer. Al fin y al cabo, ¿qué es

un norteamericano de más o de menos? Tachen el nombre de Winston de la plantilla de la compañía y sigamos con la guerra.» Comprendió que así era como habían actuado con él. Ni a un solo hombre de la BEF le importaba que él viviera o muriera.

Los ojos de Winston se llenaron de lágrimas que le cayeron por las mejillas, manchadas de barro. Le dolía en el alma que sus camaradas pensaran así de él. Eso hacía que todo lo que había intentado en la vida resultara baladí. Apretar los puños en Indianápolis después de haber leído sobre la bonita joven del bote anegado había sido un gesto inútil. Todo su entrenamiento en Canadá y en Inglaterra, todo su aburrimiento en Latouche, todo lo había sufrido para nada. La sed, el hambre, el dolor y la sangre no valían nada; no significaban nada y no solucionaban nada. Que Winston hubiera luchado o no en la guerra no suponía la menor diferencia en la suma total de la experiencia humana.

Pensó que un hombre no podía querer seguir viviendo después de saber algo así. Por muy joven que fuera y por mucho vigor que tuviera; por muy fuertes que fueran sus músculos y robusto su corazón, simplemente no querría hacer el esfuerzo de seguir viviendo una vez comprendido que nadie se preocupaba por él. Y Winston sabía que aquello no era el patético gesto de un joven que juguetea con el teatral atractivo del suicidio. Al fin y al cabo, no había nadie cerca que lo escuchara, ni un solo hombre a su alrededor, y, además, estaba demasiado enfermo para fingir una pose; mortal y desconsoladamente enfermo. Sinceramente, no quería vivir después de saber algo así; quería morir. Entonces las lágrimas dejaron de caer, el hombro dejó de palpar, el tobillo dejó de dolerle, el dolor de cabeza desapareció por completo y, lo más

importante de todo, su mente dejó de pensar que nadie se preocupaba por él, que nadie lo quería.

Winston miró en silencio al cielo. A través del humo que emborronaba las primeras estrellas vio que ya caía la tarde. Caía la tarde y pronto sería de noche, pronto lo envolverían la oscuridad, el frío y la soledad. Lloró sin contenerse porque nadie se preocupaba por él, nadie excepto su madre, y ella estaba muy lejos, separada de él por océanos, montañas y grandes extensiones de campo. «No me ayudaron, mamá –pensó entre las lágrimas que casi lo cegaban–. Estuve allí tirado horas y horas. Tenía sed, frío, sangre por todas partes y unos dolores atroces, y no hicieron nada por ayudarme después de todo lo que yo hice por ellos, después de todo lo que sufrí.»

Winston cerró los ojos. Pensó que su madre lo comprendía; él se lo había explicado todo, y ahora su estado era tan lamentable y estaba tan cansado que ya no podía hablar ni pensar más. Ahora podría relajarse, dejar de luchar y abandonarse a la muerte de la misma manera que lo habían abandonado sus compañeros. Siguió con los ojos cerrados y sintió que se hundía. Se hundió cada vez más en una especie de agradable y viscoso cenagal; el dolor de su corazón se mitigó, y no le costó tanto soportar su tristeza.

Sin embargo, al cabo de un rato su madre se plantó delante de él y lo miró desafiante, como siempre que se enfadaba. «Ay, Dios mío –pensó Winston–, ya va a empezar a reñirme. Lo estoy viendo; siempre tiene ese aspecto antes de hacerlo. –El rostro de Winston se contrajo–. No discutas conmigo –pensó enfadado–. Por favor, no discutas conmigo. Estoy demasiado cansado, mamá, y me duele

mucho. No quiero que digas nada, ni una palabra. Déjame aquí, vete y deja de molestarme.»

Winston la veía de pie por encima de él y con aspecto de estar sumamente irritada.

—No le digas a tu madre que se vaya. No te atrevas a hablarme así.

—Por favor, mamá, déjame en paz. ¿No sabes que hay veces en que uno no quiere que lo molesten? ¿Es que no se puede tener un poco de intimidad?

—No le hables a tu madre en ese tono.

—¡Pero es que no les importa! ¡A nadie le importa! ¡Por favor, mamá, por favor!

—Qué tonto eres. —Winston vio a su madre levantar la mano de forma amenazante, una mano limpia y blanca—. ¿No comprendes que a mí sí me importa lo que te pase? Qué tonto eres. Te daría un bofetón, con todo lo grande que eres.

—¿Entonces por qué no hacen algo?

Winston movió los labios imperceptiblemente y, en ese momento, de repente, una oleada de rabia lo invadió y gritó en medio del fragor: «¿Por qué no hacen algo por mí?». Chilló con todas sus fuerzas, pero el estruendo era tan grande que apenas pudo oírse.

Abrió los ojos, sorprendido de que su propia voz sonara tan lejana. Era de noche. En cuanto abrió los ojos, lo supo. Pero la oscuridad no lo asustó porque pensó que a su madre le importaba lo que le ocurriera. En Indianápolis, al otro lado de los océanos, las montañas y las grandes extensiones de campo, había una mujer que era su madre, que estaba sentada en una mecedora en la familiar casita del barrio y que se pasaba el tiempo pensando en él. Por la

mañana y por la noche, cuando brillaba el sol y cuando llovía, Winston sabía que su madre lo tenía en su pensamiento. *Ella* no lo había abandonado, y eso le confería una perspectiva diferente a todo.

Winston se secó las lágrimas de la cara con el brazo izquierdo, desnudo. Una leve sonrisa irónica atravesó sus labios. De repente vio que había muchas personas que no lo habían abandonado; lo vio con una asombrosa objetividad. A pesar de lo desmoralizado que se sentía, tuvo que admitir que en casa, en Indianápolis, muchas personas rezaban por él. No arrodillados y con las manos juntas, diciendo que Dios bendiga a mamá, a papá y al tío Oscar, y por favor cuida de Pete Winston que está en algún rincón de Francia. No era esa clase de rezo, sino un rezo en el que él estaba en los pensamientos de esas personas, personas que se preocupaban por él y le deseaban lo mejor.

Sus rostros aparecieron de pronto en la mente de Winston con una extraordinaria claridad: docenas de rostros de gente a la que había conocido en Indianápolis, chicas y chicos, el camarero del Open Door, los tenderos de su barrio, los profesores de la universidad, los reporteros del *Chronicle*, el viejo Carter, Martha Petersen, Bill Williamson, el señor y la señora Williamson. Sus caras destellaban ante él a la velocidad de los movimientos de una pantalla de cine. Era asombrosa la manera en que realmente veía incluso los menores detalles de esas caras: la forma en que se respingaba la nariz de Martha; la cicatriz que Bill Williamson tenía en la frente, de cuando un jugador que se deslizaba a la segunda base le dio una patada; las brillantes gafas de la señora Williamson; las distinguidas canas del bigote de banquero del señor Williamson,

incluso la verruga que el viejo Carter tenía en el cuello con aquel curioso único pelo que le salía en medio.

Tendido como estaba en el socavón del obús, Winston se quedó boquiabierto mirando a esas personas, pues a todas luces no estaba solo en el mundo. Apretó el puño izquierdo. Estaba seguro; si alguna vez había estado seguro de algo era de eso. Había tenido sus discusiones y distanciamientos con esas personas, pero, en un apuro, cuando las necesitara de verdad, nunca lo abandonarían. Sabía que era así. Ni uno de ellos le fallaría; en caso de necesidad, Martha dejaría a ese Christiansen e iría corriendo a sus brazos. Bill Williamson no se andaría con ceremonias para invitarlo a su casa. El viejo Carter encontraría la forma de incluirlo en el presupuesto aunque tuviera que poner la empresa patas arriba. Esas personas, como su madre, nunca lo abandonarían en un momento de necesidad porque lo amaban, y él los amaba a ellos.

Winston se mordió el labio con júbilo. Daba igual que el fragor de los cañones casi le hiciera estallar la cabeza, ya que ahora podía sobreponerse al dolor y ver cómo esas buenas personas se materializaban ante él en el socavón del obús; todos ellos, con su madre al frente. En sus rostros había tensión y aliento. Sus labios se movían y hablaban, y Winston oía todas sus palabras con claridad. «No te hemos abandonado», dijo su madre. Y Martha dijo: «No te hundas, Pete; yo estoy contigo, ¡siempre contigo!». Y Bill Williamson movió los puños como hacía para animar al equipo en el terreno de juego. «¡Pelea, pelea, pelea! ¡Páralos, páralos!», decía Bill Williamson. Y la señora Williamson dijo con aspereza: «Muchacho, no abandones el barco. Demuéstrales que tienes coraje y perseverancia». Y el viejo Carter dijo: «Adelante. Yo confío en que

puedes. Me da igual cómo lo hagas, pero hazlo, ¡hazlo!». Y todos ellos permanecieron allí, en el agujero, a oscuras, con el rostro tenso y alentador, moviendo los puños y la cabeza con énfasis, y hablando todos al mismo tiempo, como los hinchas en un partido de béisbol.

Winston miraba y escuchaba conteniendo la respiración, pero, al parpadear, todos desaparecieron en un instante y sus voces se perdieron en la oscuridad. Sin embargo, no dejaron soledad tras de sí; Winston recordaba todo lo que habían dicho, y su corazón latía con una alegría desbocada. Por supuesto que pelearía, pelearía, pelearía. Por supuesto que no abandonaría el barco. El partido no terminaba hasta que el último hombre hiciera la novena entrada, y a él aún le quedaba mucha energía para anotar más tantos.

La respiración se le aceleró. Estaba tan enfadado consigo mismo que habría querido matarse. «Imbécil, chiflado –murmuró indignado, odiándose con todas sus fuerzas–. Conque vas a quedarte tumbado y a dejarte morir. Vas a llorar como un bebé y a pudrirte en este agujero. ¿Dónde están tus agallas, eh? Eres un imbécil chiflado. –Cuanto más lo pensaba más se enfadaba–. Eres un imbécil y un cobarde. ¡Tirar la toalla sólo por un tobillo torcido, una heridita en el hombro, un dolor de cabeza, por haber perdido un poco de sangre, por el hambre y la sed! Te daría una patada en el culo. Levántate y pelea, pelea, pelea. ¡Haz algo!»

Ahora los sentidos de Winston estaban vivos. Miró al cielo. Y la noche que poco antes se antojaba tan amenazadora era ahora una amiga cómplice. La noche se unía a todos los que no lo habían abandonado, pues la noche le ayudaría a regresar a su base. Comprendió de repente que eso era lo que tenía que hacer; era tan patente que le sorprendió no haberse dado cuenta antes. A ocho

kilómetros en línea recta a sus espaldas estaba la primera línea de trincheras de los aliados y, detrás de ésta, a poca distancia, estaban Latouche y varios tramos de la línea Maginot, con sus unidades hospitalarias subterráneas. No había perdido el sentido de la orientación, y la noche lo protegería de las bombas. No podía caminar, ni siquiera cojeando, porque no tenía tiempo de buscar la muleta, pero podía volver a su base reptando; se arrastraría sobre el lado izquierdo si no podía sobre el derecho. Tenía diez horas de oscuridad para ayudarle, diez horas para recorrer ocho kilómetros a rastras. Y, después, por la mañana, bebiendo un gran vaso de agua fría, bañado y abrigado, y con las heridas vendadas, descansaría tranquilo, a salvo bajo el cuidado de sus compañeros.

Winston se maldijo otra vez. Sus compañeros no lo habían abandonado. Se despreció por haber creído que sí, pues ¿cómo iban a rescatarlo si no sabían que estaba allí fuera? «¿Alguien podría decírmelo, por favor?», se dijo Winston. ¿Alguien podría explicar cómo iban ellos a adivinar dónde estaba, sobre todo cuando había salido incumpliendo las órdenes? ¿Qué clase de bobos creía Winston que eran sus compañeros?

Winston pensaba que seguían teniendo fe en él, y había tiempo para demostrarles que él tenía la misma fe en ellos. No obstante, tenía que ponerse en marcha de inmediato, mientras estaba tan lleno de fuerza y rabia.

Winston probó a moverse. El dolor del hombro derecho era insoportable. Tenía el brazo entumecido y palpitante, pero eso no acabaría con él. Y no estaba tan débil como había temido; el menor de aquellos movimientos que hasta entonces habían sido automáticos ahora le costaba un esfuerzo, aunque podía hacerlos si

lo intentaba. El dolor de cabeza era lo peor, ya que le impedía concentrarse, y se agravaba a cada momento porque el bombardeo continuaba imparable desde ambos lados. Pero ni siquiera el dolor de cabeza lo detendría, pues sólo tenía que pensar en una cosa: volver a su base. Sabía que, con todos sus amigos animándolo con tanto ahínco, podía conseguirlo.

Clavó los dedos de la mano izquierda en las fangosas paredes del cráter y lentamente se impulsó hacia arriba apoyando el pie derecho en el charco para hacer palanca. La cabeza le dio vueltas en protesta, y notó el hombro derecho rígido, pero siguió impulsándose y haciendo palanca con todas sus fuerzas. Por fin superó el borde del socavón y rodó por el suelo. Se había desplazado apenas unos metros y, sin embargo, estaba jadeando por el esfuerzo, con el brazo derecho palpitándole como un timbal, y un dolor punzante, desesperante, alrededor de los ojos. Aun así, una sonrisa asomó a sus labios, una triste sonrisa de triunfo. Había sido capaz de salir del cráter con sus propias fuerzas; le había dado órdenes a su cuerpo y su cuerpo había respondido. Si había podido hacer eso, podría arrastrarse durante ocho kilómetros para regresar a Latouche.

Winston apretó los dientes. ¡Ojalá no le doliera tanto la cabeza! Entonces podría pensar y acordarse de hacer ciertas cosas, como aflojar el torniquete de vez en cuando para reactivar la circulación del brazo derecho. Se dijo que tendría que hacerlo enseguida y que debería concentrarse en los intervalos de las punzadas que sentía detrás de los ojos.

Tiró torpemente del nudo que se había hecho en la axila hasta que notó que cedía. Leves indicios de vida, pequeñas oleadas de hormigueo le recorrieron el brazo derecho al cabo de pocos minutos.

Por fortuna, la sangre se había coagulado y la costra era bastante gruesa; de la herida del hombro no salía sangre fresca una vez aflojada la presión del torniquete. Pensó que eso era un alivio, un alivio salvador. Ahora lo único que tenía que hacer era reptar durante ocho kilómetros hasta su base.

Empezó a arrastrarse.

A lo lejos, el horizonte refulgía moteado de luces cambiantes, variables, luces que parpadeaban, luces que ardían, brillaban y mudaban en resplandecientes destellos rojos. Winston se arrastró hacia esas luces, pues sabía que eran las armas de sus compañeros; eran Merrill, Ravenswood y Martin-Boyd haciéndole señas para indicarle el camino. «Ya voy», pensó Winston, retorciéndose y reptando sobre la humeante tierra, estirándose e impulsándose hacia adelante con la mano izquierda, clavando los dedos en el suelo y empujando con el pie derecho. «Mirad cómo avanzo, mirad cómo lo voy consiguiendo.»

Winston pasó junto a un cuerpo tendido en el suelo, pero no lo miró. No tenía tiempo. Las bombas explotaban por todas partes. El suelo temblaba cada vez que un nuevo proyectil estallaba. El fragor de las explosiones le retumbaba en la cabeza.

Dejó de arrastrarse sobre el lado izquierdo; se olvidó de la herida del hombro. La adormecida mano derecha volvió a la vida para ayudarlo a impulsarse hacia adelante. Reptó como se supone que repta una persona, apoyándose en ambas manos y en las rodillas. Avanzó hacia las parpadeantes y refulgentes luces de sus camaradas, adelantando las manos como si quisiera acariciarlas. Pero parecía que los artilleros se iban acercando a él; cuando Winston llegó a una pendiente que bajaba llena de cicatrices, sintió

que por fin lo habían avistado, pues ahora las bombas caían muy cerca y, justo delante, se alzaba un muro de tierra y fuego.

Winston comprendió que aquello era inútil. Se quedó postrado boca abajo, exhausto, sobre el ardiente suelo. Cerró los ojos con fuerza y hundió la cara en el hueco del codo. Pensó que la noche era su amiga, aunque necesitaba algo más que la noche para salir con vida de aquella cortina de fuego. Necesitaba la autorización de los artilleros aliados y los alemanes, y no había muchas posibilidades de conseguirla.

Ya no tenía miedo ni sentía pena por sí mismo. Había hecho todo lo que había podido, y nadie podría llamarlo *cobarde*. Pero en aquel bombardeo no se podía sobrevivir más tiempo que en una cuba de acero fundido. Ya no tenía sentido intentarlo siquiera, pues el mero ruido, el chirriante estruendo, era suficiente para hacer que un hombre muriera enloquecido.

«Que me maten y acabemos de una vez», pensó Winston. Había cuerpos destrozados por todas partes; no se sentiría solo.

Permaneció con los ojos apretados y la cabeza, que tanto le dolía, debajo del brazo mientras yacía rígido y esperaba su destino. «Aquí viene, aquí viene» era lo único que podía pensar cada vez que una nueva bomba estallaba y tronaba cerca de él. «¡Aquí viene, aquí viene, aquí viene!»

Por fin llegó: una calma repentina, un cese absoluto del enloquecedor estrépito, que le dejó un vacío zumbante en los oídos. Un momento antes la tierra había vibrado de ruido y al momento siguiente vibraba de quietud. Ya no había fragor alguno. En el aire flotaba una total y abrumadora quietud.

Dejó de respirar y se preguntó si estaría muerto. ¿Era eso lo que significaba la muerte? ¿Era esa la diferencia entre vivir y no vivir? Estaba todo muy tranquilo, muy agradable y tranquilo; la cabeza había dejado de dolerle casi por completo y notaba todo el cuerpo diferente. Si aquello era la muerte, le gustaba bastante.

Sin embargo no estaba muerto; sabía que no lo estaba. Se mordió la lengua y sintió el mordisco. Rechinó los dientes y sintió cómo rechinaban. Respiró profundamente y sintió que se le expandían los pulmones. Estaba vivo, y había silencio.

¡Los alemanes y los aliados habían dejado de bombardear! La idea golpeó a Winston con una fuerza triunfal. ¡El fuego había cesado! Por increíble que pareciera, era verdad. Ya no había obuses, ni ruido retumbante y enloquecedor. Era como si, en respuesta a sus ruegos, los combatientes hubieran silenciado sus armas, lo hubieran dejado por esa noche y se hubieran ido a la base hasta la mañana siguiente. Y ahora él podría regresar también, ahora podría volver a esa agradable, limpia y hospitalaria base, a ese gran vaso de agua fría, a esa cálida cama.

Exultante mientras abría los ojos, se levantaba del suelo y empezaba a caminar tambaleándose, pensó que no tendría que arrastrarse, pues ahora tendría fuerzas para correr. Se paró en seco. Parpadeó y miró a su alrededor presa de un terror mudo. El bombardeo seguía. La tierra continuaba estremeciéndose bajo la fuerza de los obuses. Y, a lo lejos, las luces, las luces de sus camaradas que le señalaban el camino a casa, volvieron a deslumbrarlo.

CAPÍTULO SEIS

El nombre de Winston se había borrado de los pensamientos de todas las personas de Indianápolis excepto de los de su madre. Todos sus amigos estaban extraordinariamente atareados con sus vidas. Bill Williamson se había comprometido con una muchacha llamada Eunice Bowers. El señor Williamson había asumido nuevas responsabilidades en el banco. La señora Williamson tenía un interés crucial en recaudar fondos para suministrar leche de clase A en vez de clase B a los niños desfavorecidos. Martha Christiansen había dado a luz a un niño de tres kilos. El viejo Carter estaba perfeccionando un plan de reestructuración del *Chronicle* de Mayburg que amenazaba tantos puestos de trabajo que él mismo estaba asustado. Tenían tanto ajetreo, día y noche, que no les daba tiempo a pensar en los amigos que estaban allí mismo, en Indiana, y menos aún en alguien que estaba a seis mil kilómetros de distancia.

Pero entonces, una mañana, oyeron la noticia de la ofensiva de primavera de los alemanes. No estaban tan ocupados como para ignorar las noticias. Aparecía en grandes letras negras, para que todo el mundo lo leyera. Los alemanes habían iniciado su tan temida

campaña en el frente occidental. Finalmente se estaban utilizando todos los espantosos instrumentos bélicos. Millones de hombres luchaban a quemarropa, y el número de bajas, sólo en las últimas horas, era estremecedor. Debido a la diferencia horaria entre Latouche e Indiana, los amigos de Winston supieron del inicio de la ofensiva alemana mucho antes. Él tuvo que esperar hasta el mediodía para averiguarlo, mientras que ellos engulleron la noticia junto con los panecillos y el café del desayuno, saciados desde bien entrada la mañana.

La noticia hizo que todos pensaran en Winston por primera vez en mucho tiempo. Se descubrieron preguntándose qué habría sido de él. ¿Estaría bien o mal? ¿Estaría vivo o muerto? Nadie se había tomado siquiera la molestia de telefonear a su madre en los últimos meses. Cayeron en la cuenta de que en lo concerniente a ellos, era como si Winston no hubiera existido nunca. Sin embargo, había sido una parte importante de sus vidas, en la mayoría de los casos durante muchos años. Bill Williamson había jugado con Winston de pequeño y había ido al instituto con él. El señor y la señora Williamson habían visto a Winston pasar de niño a adulto y lo habían comparado en todo momento con su propio hijo. Martha Christiansen había perdido su virginidad con Winston; el viejo Carter había sido el primer jefe de Winston. Y ahora él se hallaba en algún lugar de Francia, muy probablemente en el corazón del enfrentamiento, y ellos seguían allí, en Indianápolis, y nadie tenía la menor idea de su suerte.

—Tenemos que llamar a su madre —dijo la señora Williamson durante el desayuno—. Tal vez ella tenga noticias del chico.

Marcó el número mientras Bill Williamson y su padre seguían sentados jugueteando con sus tazas de café.

—Es horrible, ¿verdad? —dijo la madre de Winston cuando la señora Williamson la llamó—. He oído la noticia en la radio. No, llevo más de tres semanas sin saber de Peter. Me escribe todas las semanas, pero retienen las cartas y las envían todas juntas una vez al mes. Ni siquiera sé dónde se encuentra, tan sólo que se trata de algún lugar de Francia.

—Espero que esté bien —le dijo Bill Williamson a su padre cuando se dirigían juntos al banco—. Me dolería mucho que le ocurriera algo a Pete.

—Ese muchacho es un provocador —dijo el señor Williamson—. Para empezar, no debería haber ido. ¿Por qué están peleando? Dímelos. ¿Alguien lo sabe? Le estará bien empleado si le vuelan la cabeza.

Bill Williamson murmuró:

—¿Por qué puñetas ha tenido él que poner su granito de arena en esa guerra? Pueden apañarse sin que Pete Winston les diga cuándo disparar.

El teléfono no dejó de sonar en casa de la madre de Winston. Martha Christiansen llamó, así como el viejo Carter y muchos otros.

—Soy Martha. Martha Christiansen.

—¿Quién?

—Martha Petersen. Usted me conoce. Ahora estoy casada. Martha Christiansen.

—Ah, Martha. ¿Cómo estás, Martha? No, no he tenido noticias de Pete desde hace tres semanas.

–Estoy segura de que está bien, señora Winston. Tengo ese presentimiento.

–Eso espero, Martha.

–¿Me haría usted un favor, señora Winston? La próxima vez que le escriba usted dígame que he llamado. Dígame que ahora tengo un hijo, señora Winston.

El viejo Carter hizo una llamada de quince centavos.

–¿Señora Winston? Soy Carter, del *Chronicle*. Su hijo trabajaba para mí. ¿Sabe algo de él?

–Me escribe todas las semanas, pero yo recibo sus cartas una vez al mes, señor Carter.

–Bueno, cuando le llegue la próxima, dígame que he decidido utilizar lo que escriba. Dígame que me envíe sus crónicas por correo aéreo si es posible. Ya me entiende, señora Winston, la vida en el frente desde el punto de vista de un muchacho de aquí. Le pagaré lo habitual por columna.

–Gracias, señor Carter. Se lo diré.

Era un precioso día de primavera en Indianápolis. El aire era inusualmente cálido para el mes de abril. Stephen Christiansen bajó la capota de su coche por primera vez ese año. En el banco del señor Williamson los porteros abrieron unas cuantas ventanas. Atrás quedaba el invierno, delante surgía el verano: partidos de béisbol, vacaciones, largos fines de semana y muchas otras cosas agradables en las que pensar. Con todo, los periódicos siguieron sacando suplementos sobre la guerra durante toda la mañana; los vendedores pregonaban los titulares en las esquinas de las calles.

Bill Williamson estaba sentado a su escritorio del banco y se percató de que, sin que mediara su voluntad, estaba pensando en

Winston. Iba en contra de las reglas que un empleado se dejara llevar por la imaginación mientras trabajaba, porque si había algo que el señor Williamson detestaba eran los soñadores, pero ese día el propio Bill no pudo evitarlo. Llevaba mucho tiempo esperando, el mundo entero llevaba mucho tiempo esperando, millones de personas, en todas partes, habían estado conteniendo la respiración y esperando a que los alemanes atacaran. Y ya habían atacado, y eso muy bien podría significar el fin del mundo. Bill Williamson intentó centrar su mente en el asunto que tenía encima del escritorio —un hombre quería un préstamo y él tenía que determinar si su aval era sólido—, aunque, por mucho que lo intentaba, sus pensamientos volvían a Winston. Esto lo puso un poco de mal humor al cabo de un rato. Pensó que, si su mente tenía que vagar, podría igualmente vagar hacia algo agradable, hacia Eunice Bowers, por ejemplo, con su piel de alabastro y su cimbreante y suave cuerpo. Qué muchacha, esa Eunice Bowers. Estar en la cama con ella no era como estarlo con cualquier otra chica; en verdad, no podía compararse con nada que hubiera ocurrido en toda la historia de Indiana. Era como abandonarse uno a los sueños más imposibles y descubrir que estaban haciéndose realidad. Y pensar que muy pronto se casaría con ella, que muy pronto estaría en la cama con ella durante ocho horas cada noche, siete noches a la semana, en vez de unas pocas horas sólo dos o tres veces en la zona de acampada para turistas más próxima. Eso era vida y felicidad, nada más que su cuerpo contra el de Eunice Bowers, y en eso era en lo que había que pensar si uno rompía las reglas y dejaba vagar la mente. No en ese insensato de Winston, que se va a Europa a combatir contra los alemanes y a hacer que en casa todo el mundo se sienta

responsable de él. ¿Por qué no se había quedado en Indianápolis, que era su sitio? ¿Por qué no se buscaba algún empleo en la ciudad, sentaba la cabeza, se buscaba a una chica, una chica como Eunice Bowers, se casaba con ella y dormía con ella? ¿Qué más se le puede pedir a la vida?

Bill Williamson volvió con desesperación a los papeles de su escritorio, pero al momento había soldados marchando implacables sobre los hechos y las cifras. Los soldados avanzaban y Winston salía de una trinchera para detenerlos. Winston, que jugaba de torpedero de la segunda base en el equipo del instituto. Winston el torpedero, en el corazón de la batalla, sangrando por la boca y con el cuerpo acribillado a balazos, y Bill Williamson, el segunda base, allí en su escritorio intentando decidir si le concedían un préstamo a un hombre.

Miró por la ventana. ¿Por qué se había ido Winston tan lejos? ¿Para salvar al mundo de una dictadura? ¿Por razones tan absurdas como ésa? ¿O había otra razón más elemental?

En la calle la gente caminaba con prisa. El banco estaba en una esquina muy transitada y contaba con una muestra representativa de la población: jóvenes y mayores, blancos y negros, cristianos y judíos. Y todos eran completos desconocidos, se dijo de pronto Bill Williamson; él no sabía cuáles eran los pensamientos de ninguna de esas personas. Eso lo asustó. Tampoco sabía lo que estaba pensando Winston. A pesar de conocerlo desde que eran niños, en realidad no sabía nada de lo que se le pasaba por la cabeza.

Con repentino pesar, Bill Williamson recorrió el banco con la mirada: miró a los contables y a los cajeros, que estaban en sus jaulas; a los vigilantes, que estaban junto a la puerta; a los tres

vicepresidentes, sentados a sus escritorios de caoba. Tampoco sabía qué pensaban ellos: todos eran completos extraños. Alargó la mano para coger un cigarrillo y comprendió con rabia que aquello era ridículo, estar sentado tras su familiar escritorio mientras intentaba contener la sensación de que el mundo era siniestro y misterioso. Era culpa de Winston. Winston no tenía derecho a irrumpir en el banco e infundir la desconfianza en la gente. ¿Por qué no se ocupaba Winston de sus asuntos y dejaba que los demás hicieran lo propio con los suyos? ¿A quién le importaban los pensamientos de los demás? Lo importante era tener tu trabajo y tu familia, y tu novia... Y él sabía lo que pensaba Eunice Bowers; se apostaría su último dólar a que lo sabía. Eunice estaba en su casa, en su habitación, aún dormida, imaginando el placer que sentiría si él apareciera de repente a su lado y le rodeara con un brazo su grácil cintura. Eso era lo que ella estaba pensando, estaba seguro. Y en lo que él tendría que estar pensando era en su trabajo. ¿Debería concederle el préstamo a ese hombre o no? Era una decisión simple, una decisión basada únicamente en hechos.

Bill Williamson miró en dirección a su padre y volvió a sentirse seguro. Allí estaba papá como siempre, sentado en su silla giratoria y examinando con eficiencia la pila de papeles que tenía en el escritorio. Nada alteraba a papá, nada lo desviaba de su trabajo. Por eso papá era el director del banco. Encendió un cigarrillo e inhaló profundamente. A hacer puñetas Pete Winston; era un agitador y no acabaría bien. Si no tenía sentido común suficiente para quedarse en casa, se merecía que le volaran la cabeza. Le daba lástima la madre de Winston; iría por la tarde a verla, después del trabajo, porque ella no tenía la culpa de tener un hijo así. En cambio, él sería como

papá, así que no podía permitirse divagar por culpa de un memo como Winston. Tenía trabajo que hacer y dinero que ganar, y algún día sería tan rico que podría comprarle a Eunice Bowers los camisones de seda más finos que hubiera.

En el extremo más alejado del banco, debajo de un ventanal saledizo, el señor Williamson, sentado a su escritorio de caoba, advirtió con preocupación que no estaba haciendo nada. No pensaba en la empresa de cereales que tenía sobre la mesa: estaba pensando en Winston. No podía evitarlo; su rostro se le aparecía y no se le iba de la mente por mucho que intentara expulsarlo. Y no era el del Winston joven, sino el del Winston niño de catorce años y de expresión seria que iba a su casa a recoger a su hijo para montar en bicicleta. Era incapaz de imaginárselo vestido con uniforme de soldado y esgrimiendo su bayoneta en una lucha a muerte con un soldado alemán. Y, sin embargo, sabía que estaba en algún lugar de Francia y que podría tener la mala suerte de encontrarse en el corazón de la batalla.

El señor Williamson dirigió, por encima de la barandilla, una mirada furtiva al continuo flujo de clientes que entraban y salían del banco por las puertas giratorias. Algunos de los ciudadanos más prominentes de la ciudad iban y venían a través de esas puertas, y se preguntó si alguno de ellos contemplaba la idea de que Winston se hubiera marchado a la guerra porque él había incumplido su promesa de darle un empleo en el banco. El señor Williamson se enfadó al pensarlo porque él nunca le había prometido en firme ningún empleo a Winston. Sencillamente había insinuado que, si el muchacho cumplía las expectativas cuando fuera mayor de edad, y si las circunstancias del negocio lo permitían, y si otras mil y una

contingencias eran propicias, podría tener en cuenta a Winston para un empleo en el banco. En resumen, así fue, pero el señor Williamson conocía la naturaleza humana, sabía que las malas lenguas podían difundir un rumor que en verdad no tenía fundamento. Sin duda Winston había levantado castillos en el aire y le había dicho a mucha gente que trabajaría en el banco en cuanto saliera de la universidad. Nunca debería haber hecho algo tan poco ético, pensó irritado el señor Williamson; eso era una prueba más de que el carácter de Winston no era del todo como debería ser.

El señor Williamson arrugó el ceño. Era absurdo pensar que alguien pudiera atreverse a culparlo y desde luego que, como alguien se atreviera, se las vería con él. La única razón por la que estaba pensando en Winston era porque le daba lástima el muchacho, porque no tenía padre. Un chico necesita un padre que lo convierta en un hombre de verdad, que le inculque perseverancia y sensatez; de otra manera, era más que probable que el joven se convirtiera en un agitador, en un hombre impulsivo y pusilánime, tan poco fiable como uno de esos extranjeros. No se podía meter a un muchacho así en el banco; no saldría bien, así de simple. Habría que despedirlo al poco tiempo, y eso sería el doble de desagradable.

El señor Williamson aspiró por la nariz. Al fin y al cabo, ¿qué le importaba Winston a él? ¿Por qué tenía que pensar en el chico? Winston no era responsabilidad suya; bastante tenía ya con su hijo, su esposa, sus familiares y todos los empleados del banco. Él no le debía el empleo a Winston y, de hecho, bastante generoso había sido al pensar en él para el puesto. No le debía nada a nadie excepto a su hijo. Ese Winston tenía el descaro de aparecer en su cabeza sabiendo cuánto trabajo había en el banco. No lo compadecía, ni

mucho menos; nada más lo sentía por su pobre madre, que seguramente estaba llorando a lágrima viva en su solitaria casa. Lo primero que iba a hacer después del trabajo sería ir a verla para consolarla. Por el contrario, en cuanto a Winston, no merecía la pena pensar en él, igual que en esa maldita guerra que lo distraía a uno de su trabajo. Si por él fuera, que Winston matara a los alemanes y que los alemanes mataran a Winston; él se concentraría de nuevo en reorganizar esa empresa de cereales que estaba patas arriba encima de su mesa. El señor Williamson movió la cabeza con rapidez hasta que las cifras borrosas del informe que tenía delante se volvieron nítidas otra vez.

Martha Christiansen se levantó tarde aquella mañana, bien pasadas las diez. Supo de la ofensiva alemana al encender la radio en su espléndida casa de las afueras, mientras una doncella le servía el desayuno en la cocina. Se tomó el café deprisa y fue al dormitorio de su bebé a darle los buenos días. Ante la cuna del niño se dijo que no debía pensar en Winston. Lo suyo con él estaba muerto y enterrado en un pasado lejano; ahora tenía cosas más importantes en las que ocupar su mente. Tenía la felicidad de Stephen hijo, así como la de Stephen padre, y una mujer debía contentarse con esos pensamientos.

Regresó a su habitación y se sentó en la cama deshecha. No tenía sentido fingir; estaba pensando en Winston a pesar de saber que no debía. La noticia de la radio volvió a recordárselo: «El ataque tanto tiempo temido ha comenzado –había dicho con dramatismo el locutor–. A lo largo de toda la frontera franco-alemana, desde Luxemburgo hasta Suiza, seis millones de hombres están atrapados en un combate mortal que muy bien podría decidir el futuro de

nuestra civilización». Martha Christiansen se puso inconscientemente la mano en el punto secreto de la nuca en el que Winston solía besarla. Winston estaba allá; su cuerpo, joven y fuerte, cubierto de sangre, mientras que ella estaba ahí, en Indianápolis, segura, a salvo y casada con otro hombre. Sin duda Stephen no le reprocharía que pensara en Winston sólo esa vez, pues sabía que ella le era del todo fiel. Muy tempranamente Martha había llegado a la conclusión de que, cuando una mujer encontraba un hombre tan leal y generoso como Stephen Christiansen, lo justo era serle del todo fiel. No bastaba con no volver a ver a Winston, no acostarse con él nunca más, no hablar con él ni escribirle. Era preciso borrar su recuerdo de la mente, olvidar para siempre la sensación que tenía cuando Winston le hacía el amor, incluso insensibilizar los lugares secretos de su cuerpo que habían pertenecido a su enamorado, como la nuca y el lunar de la parte baja de la espalda. Entonces y sólo entonces podría decirse que no estaba engañando a Stephen Christiansen. A Dios ponía por testigo de que prácticamente había alcanzado esas encomiables ambiciones. Desde que Winston se había marchado de Indianápolis, Martha había pensado en él cada vez menos y, cuando el hijo que llevaba en su vientre fue creciendo, se olvidó de Winston casi por completo. Desde que nació el bebé no había pensado en Peter ni una vez y, de no ser por aquella horrible noticia de la radio, nunca habría vuelto a acordarse de él.

No obstante, ahí estaba, otra vez en su cabeza y, si en verdad se paraba a pensarlo, Stephen no tendría corazón para reprimirse. Martha no le había hablado de Winston a Stephen, pero éste sabía perfectamente que no era virgen cuando se casó con ella, aunque nunca le había hecho preguntas incómodas. Qué demonios, un

hombre de la edad de Stephen no podía pretender que todo fuera perfecto cuando se casaba con una joven de la edad de ella; él tenía más de cuarenta y ya había enterrado a una esposa; debía darse por satisfecho con lo que tenía. Martha pensaría en Winston sólo una vez más, y no era culpa suya si sólo podía recordarlo acostado en la cama junto a ella y acariciándole la nuca, pues así era como lo había conocido.

Martha Christiansen se tumbó sobre la colcha arrugada y miró al techo. Lo de Winston era una lástima, pero ¿qué cabía esperar que hiciera una mujer? La vida era algo más que estar tumbada en la cama y hacer el amor: era una casa en la que vivir, un abrigo de pieles alrededor de los hombros y unos buenos y relucientes zapatos en los pies; era un automóvil y una cuenta personal en unos grandes almacenes; era cierta posición social y era la sombra de los largos años venideros. Winston era un amante perfecto, desde luego; casi podía verlo tendido en la cama a su lado, y esa cama no estaba en su casa, sino en la zona de acampada nocturna para turistas que había cerca de la universidad. Si todo el mundo tuviera una mentalidad abierta, estaría bien que, de vez en cuando, una mujer tuviera un amante como Winston con el que acostarse, y un marido como Stephen que pagara los gastos; pero la gente no era así ni mucho menos. Era sabido que había que aceptar tanto lo bueno como lo malo, lo perfecto como lo imperfecto. No es que Stephen fuera malo en ningún sentido de la palabra; era bueno, era aceptable, quizá veinte años atrás, con su primera esposa, había sido un amante tan apasionado como Winston, pero ahora no era tan ardoroso, y tampoco se le podía reprochar.

Martha Christiansen se movió sobre la colcha arrugada. Sintió pena por Winston, allí, en una fangosa trinchera, incómodo, pasando frío y hambre. Si hubiera algo que ella pudiera hacer por él, lo haría de buena gana, lo que fuera. Sin embargo, nadie podía decir que ella le debiera nada. Y nadie se atrevería a decir que Winston se había ido a Francia porque ella lo dejó por otro hombre. El propio Winston se lo había dicho a las claras cuando la llamó para despedirse, justo antes de marcharse de Indianápolis. Nadie se atrevería a decirlo porque no era verdad. Winston se había alistado por otras razones, porque creía en la democracia y cosas por el estilo. Los hombres ya no iban por ahí suicidándose por perder el amor de una mujer; eso ya no se hacía, salvo en las novelas. Winston se habría alistado en el Ejército aunque ella se hubiera casado con él en vez de con Stephen; estaba segura. Habría estado luchando en la guerra con independencia de lo que hubiera pasado, porque ése era su sino, eso era lo que estaba destinado a hacer.

Y nadie podía reprocharle a ella que hubiera dejado a Winston a pesar de que en el pasado había creído que lo amaba. Nadie esperaba que una chica pasara los mejores años de su vida amando a un hombre que apenas podía pagarse un cuarto amueblado. Quizá su madre, que se había casado con su padre cuando él no tenía nada más que dos manos fuertes con las que levantar su taller mecánico, habría pensado así respecto a un hombre; quizá su abuela, que llegó a Indiana en una carreta con su abuelo, habría pensado así. Las cosas habían sido diferentes en aquellos tiempos: el país era joven y estaba lleno de oportunidades para todos conforme a sus capacidades. Ahora, sin embargo, estaban los que tenían y los que no tenían, y si tú no tenías nada era muy probable

que nunca llegaras a tenerlo. Sólo en las películas había enfermeras que les eran fieles a médicos en prácticas con años de pobreza por delante; sólo en las revistas esas muchachas trabajaban de camareras en restaurantes baratos para mantener a sus jóvenes enamorados durante los años difíciles. En la vida real una chica tenía que recordar la época en la que vivía y las verdaderas circunstancias que la rodeaban; tenía que tender sus jóvenes y amorosos brazos, contonear su esbelto cuerpo y coger lo que pudiera. Así pues, el delito no recaía sobre su conciencia: no había delito en absoluto, ya que, en cualquier caso, Winston era un muchacho insensato y habría acabado haciéndose soldado para ir a Francia.

Martha Christiansen cerró los ojos y suspiró. De todas formas era un desperdicio enorme, un desperdicio enorme y terrible, un hombre como Winston, con su cuerpo, sano y fuerte, en medio de toda aquella sangre y todo aquel humo. Winston estaba hecho para hacer completamente feliz a una mujer, no a ella, pues era la esposa de Stephen, sino a otra mujer tan especial como ella. No podía evitar pensar en la última vez que habían estado juntos en una habitación amueblada de Mayburg, en la época en que trabajaba en el *Chronicle*. Fue una noche de locura. Ella no se había llevado siquiera un camisón, y Winston le hizo el amor con una pasión tan desenfrenada que seguían despiertos, embargados por una especie de aturdimiento sensual, cuando llegó el sereno amanecer. Qué desperdicio, qué absurdo y doloroso desperdicio, un hombre como Pete Winston... Martha Christiansen se puso la mano en la parte baja de la espalda y se pasó un buen rato echada, jadeante, sobre la colcha arrugada.

El rubor subió a sus mejillas y se levantó de la cama de un salto. Estaba loca. No debía volver a hacer eso. Era injusto para Stephen. Winston no tenía derecho a flirtear con la esposa de otro hombre. Debería saberlo; claro que debería saberlo. Lo pasado pasado estaba, y era preciso que Winston comprendiera que nunca debía volver a meterse en la habitación de una respetable mujer casada que acababa de dar a luz a un niño de tres kilos. A Martha Christiansen le ardían los ojos mientras alisaba la colcha. Winston no tenía derecho a jugar así con ella, hubiera guerra o no. Era indecente, eso es lo que era; era vil y cruel; casi se podría decir que era chantaje. Estaba furiosa con él, ¡lo odiaba!

Se acercó a la ventana y la abrió para que entrara el reconfortante aire de la primavera. Que Winston saliera allí y lo mataran no era asunto de ella. Por supuesto, no quería que lo mataran, pero, mientras no la molestara a ella, le daba igual que lo hirieran o que él hiciera lo que tuviera que hacer. Quizá no lo odiaba de verdad, aunque tampoco lo amaba; ya no le quedaban sentimientos por él. Únicamente le daba lástima su madre, pues ella misma era madre ahora y comprendía cómo se sentían las madres cuando sus hijos estaban tan lejos. La llamaría por teléfono, incluso le haría una visita por la tarde, para que nadie pudiera decir que Martha Christiansen tenía el corazón de piedra. Sin embargo, en lo referente a Winston –Martha se quitó la bata y el camisón, y fue desnuda hacia el cuarto de baño– no debía permitir que ni siquiera la sombra de Pete volviera a aparecer en sus recuerdos.

El viejo Carter se sentó a su escritorio del *Chronicle* de Mayburg y pensó en el plan de reestructuración. Era un día tranquilo; las noticias de la guerra ocupaban la mayoría del espacio del *Chronicle* y

no se podían añadir páginas extra debido al alto precio del papel, así que no tenía sentido afanarse en recopilar noticias locales para después dejarlas fuera. Los doce miembros de la plantilla editorial languidecían en sus mesas, casi rogando que los despidieran. Al viejo Carter eso no le hacía ninguna gracia. No es que le molestara la inactividad de sus trabajadores —ellos no tenían la culpa de que las noticias de la guerra desplazaran a las locales—, sino que le preocupaba la impresión que causaban, echados en las mesas, leyendo libros y revistas. ¿Y si John Sprraig, el propietario, llegara de improviso de Nueva York y viera a sus empleados apoltronados? ¿Y si preguntaba «¿Qué está haciendo ese tipo? ¿Qué hace ese otro?»? ¿Cómo iba a responder el viejo Carter con sinceridad? Tendría que despedir a la mitad de ellos, eso es lo que tendría que hacer, pero entonces, cuando las cosas empezaran a reactivarse y sí que hubiera un montón de noticias que cubrir, tendría una enorme carencia de personal.

El viejo Carter movió la cabeza y miró la primera edición que tenía sobre la mesa. «¡Los alemanes inician la ofensiva en el frente occidental!», proclamaba el titular. Eso era lo que le había ocurrido a Winston, que estaba luchando en Francia, recordó de pronto; John Sprraig había aparecido por allí un día de poco trabajo y llegó a la conclusión de que había demasiados gandules en la plantilla. Eso fue mucho antes de la guerra, y entonces los días de poco trabajo eran escasos; sin embargo, no servía de nada discutir con John Sprraig. Como de costumbre, éste eligió al viejo Carter para ser el verdugo, y Winston fue la primera víctima. No es que le importara cortarle la cabeza a Winston; después de veinte años de redactor local del *Chronicle* estaba acostumbrado. Daba igual que Winston tuviera

madera de periodista; el viejo Carter había despedido a tantos hombres, buenos y malos, que en su mente sus fantasmas estaban todos entremezclados. Despedir a un hombre apenas le dejaba huella en la conciencia; aquello no era peor que pasar de largo ignorando a un vagabundo que pedía una moneda para un café. Había despedido a cientos y despediría a otros cientos más, y algún día John Spraug lo despediría a él, y ahí acabaría todo.

El viejo Carter se encendió una pipa y miró con ojo crítico la primera página del *Chronicle*. Pensó que era una pena que ese muchacho, Winston, hubiera cometido el error de irse a Francia, ya que había cien posibilidades contra una de que le volaran la cabeza; saltaba a la vista según los primeros informes de la batalla. Si algo tenía ser redactor de noticias locales es que te convertía en una persona realista, dejabas de soñar y te enfrentabas a los hechos. Y no era posible leer esos hechos sobre poderosas armas, aviones y tanques sin ver que Winston no tenía la menor oportunidad de salir vivo de allí. Ninguno de aquellos muchachos la tenía; todos ellos acabarían aniquilados, los rusos llegarían y arrasaría Europa, los japoneses a su vez arrasaría Rusia y, al cabo de cien años, Londres, París y Berlín serían ciudades orientales.

El viejo Carter recorrió la redacción con la mirada. Allí estaba el joven Sanders, leyendo un libro en su mesa. Probablemente despediría a Sanders la semana siguiente. Eso le daría a Sanders tiempo para terminar de leer el libro. A un redactor local siempre se le ocurrían bromas de ese tipo. Tenías que ser cínico para ser un buen redactor local; cuanto más cínico, mejor redactor local serías, aunque por supuesto nadie lo apreciara, y desde luego no John Spraug. Era el caso de Winston, por ejemplo. Si el viejo Carter no lo

hubiera despedido, ahora no estaría en Francia; estaría sentado al escritorio de Sanders leyendo un libro. Sanders podría ser el que estuviera en Francia en lugar de Winston si el viejo Carter hubiera colocado las cartas de otra manera. Winston estaría en la redacción, y Sanders, en una trinchera frente a la línea Maginot.

El viejo Carter sonrió. Así era la vida, llena de trampas, todo el tiempo. Nadie sabía por qué ni nadie podría saberlo nunca, del mismo modo en que nadie podría saber nunca por qué Winston se había unido a la BEF cuando no tenía por qué. Quizá tenía sed de aventuras. Quizá tenía que marcharse de la ciudad a causa de alguna chica. Era imposible saberlo sin más; tiempo atrás el viejo Carter ya había dejado de intentar adivinar por qué las personas hacían lo que hacían. Un redactor de la sección local debía averiguar quién, cuándo, dónde y qué; no tenía tiempo de averiguar por qué. El viejo Carter se había encontrado con toda clase de chiflados en su época, comunistas y fascistas, patriotas y anarquistas, fanáticos religiosos, fanáticos de la ciencia, fanáticos del sexo. Tardaría una vida entera en imaginar por qué cualquiera de ellos hacía lo que hacía. El viejo Carter no tenía tiempo para eso, pues debía publicar varias ediciones diarias y la semana siguiente enviar a John Sprraig un plan de reestructuración.

De repente le dio un ataque de tos. Era un hombre mayor, sesenta y tres años cumplidos, y los médicos le habían dicho que no viviría mucho más. Estaba aquejado del corazón, pero se lo había ocultado a su esposa. Aquella noche, después del trabajo, la llevaría a Indianápolis para ver una película. Mientras tanto, tenía mucho trabajo que hacer y no podía seguir pensando en Winston aunque no sería mala idea, sólo para demostrarle al chico que tenía buen

corazón y no había habido nada personal en su despido, llamar a su madre y preguntarle por él. Podría incluso dejarse caer por la casa de la buena mujer, ya que iba a ir a la ciudad de todas formas; probablemente estaría sola y no estaría nada mal presentarse y ofrecerle sus respetos. Algunas veces, las mujeres tenían ideas extrañas, y él no quería que la madre de Winston pensara que su hijo se había marchado a la guerra por despecho, porque lo habían despedido del *Chronicle*. Podría incluso insertar una columna sobre Winston en la tercera página. «Antiguo redactor del *Chronicle* en el corazón de la batalla», o algo por estilo. No era mala idea; le diría a Sanders que se encargara de eso enseguida. De hecho, le pagaría un par de crónicas a Winston si el muchacho fuera capaz de hablar de la guerra desde una perspectiva local. John Sprraig podría protestar por el gasto, pero a hacer puñetas. Al fin y al cabo, ¿quién era el jefe de la sección local, él o John Sprraig? Haría lo que le viniera en gana con las páginas nuevas, y, si a John Sprraig no le gustaba el resultado, que lo despidiera si quería.

Conforme transcurría la tarde, las noticias del frente occidental iban siendo más alarmantes. Un boletín informaba de que los alemanes estaban avanzando; el siguiente decía que los aliados los habían hecho retroceder. Pero eso no importaba; lo que hacía que los habitantes de Indianápolis reaccionaran y prestaran atención era la magnitud de aquella carnicería. Parecía que lo que todo el mundo temía que ocurriera estaba, en efecto, ocurriendo; la carne humana era incapaz de resistir las nuevas características de la contienda; los hombres morían por cientos de miles. Antes del anochecer se informó de que más de medio millón de ingleses, franceses y alemanes yacían destrozados y sangrantes en las fronteras de

Francia. En Indianápolis los periódicos vendían numerosas ediciones extraordinarias, y las emisoras de radio de toda la ciudad no descansaban ni un momento. Transcurrido un tiempo, aquello empezó a afectar al estado nervioso de las personas, que rehuían las noticias de la guerra y se refugiaban en las historietas cómicas y en los programas de radio divertidos. La madre de Winston se afanaba por la casa cuando se acercaba la noche, intentando con todas sus fuerzas enterrar sus miedos en tareas mecánicas. Ninguna de las personas que pensaron ir a verla llegó a visitarla nunca. Querían ir, pero les ocurrieron cosas que se lo impidieron. Bill Williamson tuvo que ir a ver a Eunice Bowers después de cerrar el banco. El señor Williamson tuvo una importante reunión de negocios que duró hasta bien pasada la hora de la cena. La señora Williamson presidía un encuentro del comité de la leche y, cuando terminó, estaba tan cansada que se fue directamente a casa a dormir la siesta. Martha Christiansen llevó a su bebé a dar su primer paseo en el cochecito y se puso a hablar con la vecina de la casa de al lado, también madre reciente, y, antes de que reparara en ello, ya había pasado la tarde y era casi la hora de que Stephen regresara de la oficina. El viejo Carter estaba tan absorto hablándole a su esposa del plan de reestructuración cuando llegaron a Indianápolis que se pasó la calle en la que tenía que girar a la izquierda para llegar a la casa de Winston. Se dio cuenta del descuido cuando él y su esposa llegaron al cine, pero la primera película del programa doble estaba ya empezando, así que compraron las entradas y entraron a toda prisa.

La madre de Winston se quedó en la ventana mientras caía la noche, mirando la oscuridad. Su muchacho estaba al otro lado del océano, en peligro de muerte, y allí estaba ella, junto a una ventana,

y no había nada que pudiera hacer para protegerlo. Pensó en eso una y otra vez al tiempo que a lo largo de la calle se encendían las luces de las casas y las familias se sentaban a cenar.

CAPÍTULO SIETE

La Compañía B del Segundo Batallón de la Tercera Brigada de la Séptima División de la BEF tuvo una breve actuación en la batalla. Cuando los alemanes atacaron, la Compañía formó de inmediato y marchó hacia una sección de las trincheras de primera línea, directamente por delante de la línea Maginot.

Se había producido un gran alboroto por la mañana cuando Winston no apareció para formar y se comprobó que no estaba entretenido en la casa de madame Blouchard ni en ninguna de las tabernas. Merrill había hablado del asunto con el soldado de primera Ravenswood y había aventurado la opinión de que Winston no era el tipo de hombre que desertaría. Sin embargo, tampoco había sido capaz de respaldar su opinión presentando el *corpus delicti*, de modo que no tuvo mucho efecto sobre el soldado de primera Ravenswood. La ausencia de Winston perdió toda importancia para los afectados en el momento en que los cañones alemanes empezaron a tronar. A partir de entonces, no hubo nadie en toda la BEF, desde el general Gort hasta el soldado raso Merrill, que volviera a pensar en Winston.

La Compañía B casi al completo, con doscientos cincuenta hombres, tomó posiciones en la primera línea de trincheras a la espera de órdenes, que no tardaron en llegar. Alrededor de la una, los alemanes enviaron varias brigadas que avanzaron amparadas en su cortina de fuego. Si bien los aliados contraatacaron y diezmaron esas brigadas, un pequeño grupo de alemanes consiguió capturar un puesto avanzado de los aliados, eliminó a los artilleros británicos y apuntó sus ametralladoras hacia las trincheras aliadas. Los alemanes tuvieron suerte; su trinchera, reforzada con hormigón, estaba situada en un lugar que al enemigo le resultaba imposible destruir: se hallaba demasiado cerca de las trincheras aliadas para que la atacaran los bombarderos o los grandes cañones de la línea Maginot, y demasiado lejos para que la alcanzaran las granadas de mano. Se necesitaban tanques y cañones de calibre medio para volver a capturar el destacamento, y los aliados enviaron una petición desesperada al Estado Mayor solicitando ese armamento. Entretanto, los alemanes se acomodaron allí, con aire de suficiencia, esperando a que sus propios refuerzos se unieran a ellos para acabar con los aliados y, cada vez que un soldado británico se asomaba por encima de la trinchera, disparaban una de sus ametralladoras y le volaban la cabeza sin contemplaciones.

Al cabo de un rato, ese puesto avanzado se convirtió en un quebradero de cabeza para el mando aliado. Llegaban noticias de que los alemanes volverían a atacar pronto, y se decidió que había que recuperar el puesto antes de que empezara el nuevo ataque, a pesar de que los tanques y los cañones que habían solicitado con tanta urgencia no hubieran llegado aún. Se eligió a la Compañía B del Segundo Batallón de la Tercera Brigada de la Séptima División

para volver a capturarlo. El coronel Martin-Boyd comandaría a los hombres que saldrían de las trincheras a las tres y media.

Cuando se acercaba el momento fatídico, los alemanes comprendieron, por la palpable tensión y la falta de actividad en las trincheras opuestas, que se avecinaba un ataque. Se prepararon minuciosamente para que retrocedieran los atacantes. Cargaron sus ametralladoras y dispusieron el resto de la munición de modo que pudieran recargar con rapidez. Tanto sus propias ametralladoras como las que habían tomado de los aliados eran de los modelos más novedosos, capaces de disparar trescientas balas por minuto. En suma, tenían seis ametralladoras que podían disparar un total de ochocientas balas por minuto.

Los alemanes se agazaparon nerviosos en el puesto capturado, impacientes por que ocurriera algo.

Un minuto antes de las tres y media los hombres de la Compañía B estaban listos para matar o morir. Los soldados habían cargado sus rifles, provistos de bayonetas, y tenían sus granadas de mano preparadas. Cada uno tenía en mente la idea de que debía conservar la vida el tiempo suficiente para recorrer doscientos metros, que era la distancia que había entre la trinchera y el puesto avanzado.

Exactamente a las tres treinta el coronel Martin-Boyd tocó un pequeño silbato y los doscientos cincuenta hombres de la Compañía B salieron de la trinchera. Espoleados por el propio coronel Martin-Boyd, empezaron a correr y algunos de ellos impulsivamente echaron mano a sus granadas. Los alemanes empezaron a disparar las ametralladoras; se produjo un estruendo reconcentrado; los hombres de la Compañía B caían al suelo retorciéndose, gritando y chillando. El coronel Martin-Boyd fue uno de los primeros en caer,

con la cabeza acribillada por una docena de balas. Los alemanes siguieron disparando aunque los soldados británicos se habían echado al suelo. Eran incapaces de parar por más que quisieran; sus dedos parecían haberse paralizado en esos pequeños mecanismos de las ametralladoras que marcaban la diferencia entre disparar y no disparar. Dejar de presionar el gatillo, una cuestión de apenas un par de centímetros, habría silenciado sus ametralladoras y las balas habrían dejado de martillear la cabeza y el torso de los soldados británicos que yacían muertos o heridos en el suelo. Pero eran incapaces de aflojar la presión de sus dedos, ya que estaban demasiado asustados para pararse a pensar que estaban disparando a muertos y a heridos.

A las tres treinta y cinco ni un solo hombre de los casi doscientos cincuenta miembros de la Compañía B seguía con vida.

Era indignante, pensó el soldado de primera Ravenswood justo antes de que una bala le desgarrara el cuello. Llevaba muchos años siendo soldado profesional, había luchado en la Primera Guerra Mundial y contra los irlandeses, pero nunca había visto nada tan abominable como aquello, pues aquello no era siquiera digno de llamarse *asesinato*. Era un puro disparate, eso es lo que era. Finalmente el mundo entero había enloquecido hasta el punto de inventar un arma que podía disparar trescientas balas por minuto, y ya ninguno de los antiguos valores importaba: disciplina, entrenamiento, moral, clase, distinción, el intangible espíritu de un pueblo que hacía a una nación superior a otra. Todo aquello en lo que el soldado de primera Ravenswood había creído resultaba por completo insignificante ahora que el mundo había ingeniado esa nueva arma. Le bastaría equipar a su hijito de seis años con un par

de aquellas ametralladoras y ponerlo en aquel puesto avanzado para que el niño pudiera enfrentarse él solo a toda la Compañía B. Pensaba en su pequeño, Jimmy Ravenswood, de seis años y cabello rubio, cuando una bala le partió el cuello.

Al salir de la trinchera, Merrill estaba situado ligeramente por detrás de otros soldados, y por alguna razón inexplicable la destrucción le recordó una teoría que le gustaba y que sostenía desde hacía tiempo. Pensó en un gran transatlántico de lujo hundido por un submarino alemán que andaba al acecho. Merrill debería haber estado concentrado en la batalla y, sin embargo, pensó en su teoría, porque los desastres marinos de esa naturaleza siempre lo habían aterrado. Miles de trabajadores pasaban dos o tres años construyendo con esmero un barco gigante. Con sumo cuidado desplazaban las láminas de acero y las remachaban unas con otras, instalaban la maquinaria y lubricaban y engrasaban todos los elementos móviles, revestían los camarotes con madera de roble o de arce, montaban las cubiertas, acoplaban los ojos de buey, pintaban con orgullo el nombre del barco en la proa y en la popa, colocaban la hélice e izaban la bandera de su país en los altos mástiles. Después botaban el buque y, en cuanto éste sobrepasaba el espigón, un submarino lanzaba un torpedo que atravesaba el casco y el barco se iba al fondo del mar, con su acero, su madera, su maquinaria, su bandera y todo.

Justo antes de que una docena de balas le desgarrara el corazón, Merrill pensaba temeroso que la carga de la Compañía B era como el hundimiento del barco. Miles de madres y padres se afanaban durante años concibiendo, dando a luz y criando a sus hijos. Los alejaban de los peligros de la infancia; los protegían del frío, la lluvia

y el hambre; los alimentaban, los mimaban y rezaban por ellos; les procuraban los medios para que aprendieran un oficio o una profesión, y con gran esfuerzo y sacrificio se desvelaban por que se hicieran hombres. Después los enviaban a un campo de entrenamiento de Inglaterra durante unas pocas semanas y desde allí los mandaban a Latouche; en cuanto sus hijos salían de las trincheras, una ametralladora lanzaba una docena de balas que les atravesaba el corazón, y caían en la tierra húmeda, con su corazón, su mente, su cuerpo, su alma y todo. Merrill pensaba que aquello era una sinrazón cuando las balas le atravesaron el corazón; todos los sinsentidos que conocía tenían un poquito de sentido en su sinsentido, todos excepto el hundimiento del barco y el ataque a la Compañía B, que eran un auténtico dislate.

Cuando la tarde avanzaba, los alemanes atacaron otra vez, y los británicos y los franceses los hicieron retroceder de nuevo. Eso sí, a un coste enorme, con una atroz pérdida de vidas que fue objeto de críticas en los consejos de ministros de Londres y París al día siguiente. De toda la Séptima División, que constaba de un total de nueve mil hombres, ni uno solo seguía con vida al caer la noche, si bien hacia el final del día los británicos lograron recuperar el puesto avanzado. En la trinchera capturada por los alemanes, un soldado herido se arrastró y, consiguiendo lanzar su granada de mano, provocó una explosión de la munición de reserva que pulverizó a los artilleros alemanes y a él mismo. Aquello fue un tanto a favor de su equipo.

En cuanto a Winston, yacía tendido de espaldas y veía las balas trazadoras bailar por el cielo. Hacía un buen rato que había perdido toda noción del tiempo. Al principio se había golpeado los oídos con

los puños esforzándose desesperadamente por recuperar la capacidad auditiva. Cada segundo había sido crucial; se dijo una y otra vez que su sordera sólo era temporal. No tardaría en desaparecer y volvería a oír como siempre había oído, con claridad y nitidez, cualquier ruido o sonido. Hasta se dijo que oiría los cañonazos, y, cuando ese glorioso momento llegara, nunca en su vida volvería a pedir ningún otro favor. Había esperado en tensión, contando los segundos, hasta que inevitablemente se sintió tan exhausto que perdió la noción del tiempo. Después de eso empezó a resignarse a la sordera. No poder oír la explosión de las bombas al tiempo que las veía, que olía el humo y que sentía el suelo temblar por los impactos era la sensación más extraña que jamás había experimentado. Eso convertía la guerra en algo ilusorio; le hacía sentir que todo era irreal.

Miró al cielo fijamente y esperó a que terminara la fantasía. Había tiempo de sobra; no tenía ninguna prisa; podría aguardar indefinidamente a que la guerra terminara y a que las cosas fueran como antes. Si los alemanes y los aliados tenían un millón de balas trazadoras, él esperaría hasta que lanzaran la última. El tiempo no significaba nada; las balas trazadoras lo demostraban. Una se encendía en el cielo justo delante de él y empezaba a subir hasta que por fin estallaba en un derroche de luz justo detrás, de manera que tenía que volver los ojos todo lo posible para verla. Otra se encendía tras él y terminaba su brillante recorrido al otro extremo, muy a lo lejos, de modo que tenía que bajar los ojos casi hasta sus pies para verla. Pero, independientemente del lugar de donde salían o al que se dirigían, no había impaciencia en su trayectoria, no había

sensación del paso del tiempo; sólo un brillante despliegue de luz y potencia.

Winston parpadeó. Pensó que aquello era como una pesadilla, como una pesadilla que era horrible y sin embargo no tan horrible como para despertar a nadie. Era como la pesadilla que uno tenía cuando se quedaba dormido después de comer, una pesadilla diurna, como quien dice. Todo aparecía envuelto en luz y sombra en vez de en diferentes tonos de sonido; las cosas más llamativas aparecían en la pantalla del cerebro, bailaban un momento diabólicamente y a continuación otras cosas llamativas las apartaban a un lado. Al cabo de un rato, se tornaban tan fantásticas que despertaban a la persona, pero hasta ese momento el durmiente yacía suspendido en el espacio. Pensaba que ésa era su situación: estaba en un vacío que lo volvía capaz de soportar la sed, el frío, la sordera y el palpitante dolor del hombro.

Alguien se estaba acercando.

Winston contuvo la respiración. Pese a que no oía, podía sentir que alguien se estaba acercando. Giró la cabeza hacia la izquierda y vio a varios soldados que marchaban a zancadas en la oscuridad. La giró hacia la derecha y vio más soldados. Comprendió que había cientos de ellos y que todos eran alemanes. Distinguía los uniformes. Caminaban por aquel terreno acribillado y no parecían tener mucha prisa.

«Eh, colegas», dijo Winston. No esperaba que lo oyeran, pero tenía que decir algo. Era una sorpresa ver a esos hombres después de haber estado solo tantas horas. Una sorpresa desagradable. En un mundo poblado de balas trazadoras y obuses que explotaban en silencio era posible vivir en un ensueño, aunque cuando aparecían

hombres de carne y hueso, hombres con brazos, piernas y rostros, traían consigo la realidad. Winston los miraba con creciente temor. Estaba muy afectado: la noche adquiriría diferentes colores, la sed lo atormentaba con alevosía, el dolor del hombro era insoportable. Una vez más se dio cuenta de que las bombas que explotaban por todas partes estaban dirigidas a él, y era sorprendente que ninguna lo hubiera alcanzado. Pensó que haber sobrevivido tanto tiempo desafiaba las leyes de la probabilidad; era improbable que pudiera seguir vivo mucho tiempo más. Tarde o temprano, una bomba explotaría encima de él y esparciría su indefenso cuerpo a los cuatro vientos. Era aterrador, algo que hacía que uno se estremeciera al anticipar todo ese dolor y esa agonía, que quisiera ponerse en pie de un salto y echar a correr a la mayor velocidad que sus piernas le permitieran. Pero Winston sabía que estaba demasiado débil para levantarse de un salto y echar a correr; lo único que podía hacer era tumbarse boca arriba y mirar a los soldados alemanes.

A cincuenta metros vio explotar una bomba sobre un grupo de ellos; cuando el humo se dispersó, ya no quedaba allí ninguno. Sin embargo, muy cerca de él dos alemanes se retorcían en el suelo, uno sin piernas, el otro sin cabeza. Al rato dejaron de moverse, y más soldados alemanes pasaron impasibles junto a ellos, avanzando a grandes pasos en la oscuridad.

Un soldado se aproximaba por detrás. Winston giró los ojos cuanto pudo y observó al hombre, que pasó a ras de su cuerpo y siguió su camino.

Otro soldado siguió al anterior, pasando justo por encima de la cabeza de Winston.

«Hola», dijo Winston. Sabía que el tipo lo había oído porque se detuvo y lo miró con asombro. Era un apuesto joven alemán.

«Estoy herido», dijo compungido Winston. Estaba seguro de que el soldado lo había oído. ¿Por qué se quedaba allí mirándolo de esa manera? ¿Pensaba que Winston era un fantasma salido de ultratumba? Winston no estaba muerto; sabía que no estaba muerto.

El soldado le dio la espalda y siguió adelante en la oscuridad.

Otro soldado se aproximaba, un alemán jovencísimo. Incluso a cierta distancia, por detrás de su cabeza, Winston vio lo joven y pálido que era. Cuando estuvo más cerca, Winston notó que el muchacho estaba asustado. Había gotas de sudor en su macilento rostro, y apretaba con fuerza los labios.

Winston pensó que no podían seguir dándolo por muerto; no era justo. Cuando un hombre estaba muerto, estaba muerto, y cuando estaba vivo, estaba vivo: no había vuelta de hoja. Haría que ese soldado lo oyera, aunque fuera lo último que hiciera en su vida.

Esperó mientras los pies del soldado se acercaban a su cabeza.

«¡Eh!», gritó con todas sus fuerzas cuando el soldado pasó por encima de él.

El chico se sobresaltó. Su joven y pálida cara se crispó, los ojos se le salieron de las órbitas. Gritó. Winston percibió el horror de ese grito a pesar de no oírlo. Y se le heló la sangre.

El soldado gritaba enloquecido, como si no pudiera parar. Entonces levantó el rifle y, sin piedad, le hundió la bayoneta a Winston en el estómago.

Winston chilló y gimió. Nunca en su vida había sentido nada tan atroz como aquella cuchillada de bayoneta. Le dolió desde la cabeza

hasta los pies. El paroxismo de su agonía dio paso a una impotente apatía.

En silencio, vio que el soldado retiraba la ensangrentada bayoneta. El joven tuvo que apoyar un pie en las costillas de Winston para guardar el equilibrio y tirar con todas sus fuerzas, y, cuando la hoja metálica salió, fue como si el corazón de Winston saliera con ella. El soldado liberó por fin su bayoneta y, estremecido, siguió corriendo en la oscuridad.

Winston vio que la noche de pronto adquiría un color rojo brillante y acto seguido se desmayó.

La noche era distinta cuando Winston recobró el conocimiento. Aún reinaban la oscuridad y un silencio de muerte; las balas trazadoras seguían volando por el cielo. Pero el mundo ya no era redondo; ahora era una masa sinuosa que subía y bajaba como unas ondulantes colinas. Y las balas trazadoras eran más grandes y borrosas. También se movían más despacio; cuando Winston fijaba la mirada en ellas se quedaban inmóviles en el cielo durante unos instantes interminables.

«Me estoy muriendo», pensó Winston de repente. Ya era un hecho; era algo que debía afrontar. Antes, cuando estaba en el cráter del obús sintiendo con intensidad su desesperación, no se estaba muriendo. Sólo era su mente, que había buscado la muerte en esos momentos, intentando hallar en el infinito una alternativa a su desespero. Pero ahora sí se estaba muriendo; la mitad de él ya había escapado de la prisión de su cuerpo. Esta vez se estaba muriendo físicamente. Era el auténtico cese de la vida.

Pensó que eso no era tan malo. No había tanto dolor como había supuesto. Debió de haber sufrido la peor parte mientras estaba

inconsciente, porque ahora apenas sentía malestar alguno. La herida de bayoneta del abdomen le dolía un poco, pero era un dolor que se parecía a una pena enorme y permanente, y no la intensa agonía que había sentido antes de desmayarse. Nada más lo perturbaba, ni siquiera la herida del hombro.

El recuerdo de ésta dibujó una leve sonrisa en sus labios. Le parecía gracioso que sus sufrimientos hubieran ido aumentando y que unos hubieran sustituido a otros. Primero habían sido la sed, el hambre y el tobillo dislocado. Recordó cuán graves había creído que eran esos males. Sin embargo, cuando aquel trozo de metralla le desagarró el hombro, se olvidó de la sed, del hambre y del tobillo. Winston movió la cabeza, aturdido. Le costaba creer que se hubiera asustado por algo tan nimio como un tobillo torcido. También le costaba creer que sólo unas horas antes se hubiera desesperado por una pequeña herida en el hombro. ¡Qué no daría ahora por que ése fuera su único problema! ¡Una herida en el hombro! Sonrió. Mucho tiempo atrás, su madre le había dicho que los grandes dolores hacían olvidar los pequeños. Su madre se lo dijo cuando era niño, pero él nunca la había creído del todo. Ahora, allí postrado y muriendo, supo que tenía razón.

Se estaba muriendo, y eso no era motivo para que nadie se preocupara. Si su madre o sus amigos empezaran a correr de acá para allá llamando a médicos y buscando vendas y yodo, él les echaría una buena bronca. No obstante, sabía que serían sensatos; sabía que entenderían que no había nada que pudieran hacer salvo acariciarle la frente y estar serenos hasta el final. La muerte no era una perspectiva tan mala desde el punto de vista físico. El cuerpo humano era tan complicado que uno apenas lo entendía mientras

estaba vivo, así que lo mismo daba que no pudiera entenderlo en la muerte. Winston comprendió que lo importante era morir sin demasiado sufrimiento, y él era bastante afortunado en ese sentido. Las largas horas pasadas en el socavón del obús habían sido malas y el momento de la cuchillada con la bayoneta había sido horrible, pero todo podría haber sido mucho peor. Podría haber muerto de gangrena en un hospital, de manera lenta y dolorosa, durante un largo espacio de tiempo, con cirujanos llegando de vez en cuando para amputarle un brazo o una pierna. Podría haberse ahogado lentamente en el mar, como tantos marinos; podría haber perecido de cien formas diferentes que habrían sido mucho peores que el modo en que estaba muriendo ahora.

Winston pensó que aquello no era tan malo. Cuando uno sabía que estaba muriendo físicamente, una extraña entereza se apoderaba de su mente y le hacía sentir que tampoco estaba tan mal morir mentalmente. Su cerebro dejaría de funcionar, y punto. En aquel momento en que estaba allí tendido su mente funcionaba. Parte de su cerebro estaba dejando salir algunas de las ideas que había acumulado; otra parte estaba juntando sus pensamientos para dotarlos de lógica, y una tercera parte seguía reuniendo nuevas posibilidades y retazos de información que almacenaba para uso futuro, incluso en aquellos últimos momentos.

Cuando muriera, su cerebro simplemente dejaría de hacer esas cosas; se quedaría dormido junto con el resto de su persona, y ése sería el final. En cuanto a su alma, si es que la tenía –y estaba demasiado cansado para pensar en eso–, dejaría su cuerpo, se elevaría hacia el cielo y, como una bala trazadora, estallaría en una brillante llamarada. Más adelante lo encontrarían, después de la

batalla, y enviarían su cuerpo a su hogar, a Indianápolis, y su madre y amigos visitarían su tumba de vez en cuando para ponerle flores.

Winston concluyó que todo era muy sencillo; en tanto que el dolor no aumentara, seguiría siendo sencillo hasta el final. Su cuerpo, tranquilo; su cerebro, en paz, y su alma, si es que la tenía, elevándose entre las nubes. Eso era la muerte, y nada más.

Winston siguió allí durante mucho tiempo, a oscuras, mientras las bombas explotaban a su alrededor. «Cuerpo, mente y alma», pensó una y otra vez a medida que progresaba la noche. Era todo muy simple. Cuerpo, mente y alma; cuerpo, mente y alma. Excepto que había una cosa más: por mucho que intentó no pensar en ella, la idea siguió colándose en su mente hasta que comprendió que no podía evitarla. Cuando alguien moría, tenía que dejar tras de sí una razón por la que haber vivido. La vida debía tener algún sentido, por pequeño que fuera. De otro modo, ¿cómo podría morir en paz?

La respiración se le aceleró. Intentó con todas sus fuerzas no darle vueltas en la cabeza, pero fue inútil. Las preguntas lo asediaban. ¿Qué significaba su vida? ¿Qué huella dejaría él para que la gente lo guardara en su memoria?

Tenía la nariz llena de sangre y respiraba por la boca. Abatido, pensó que no tenía nada que legar. Otros hombres engendraban hijos que eran su viva imagen para que el mundo recordara su existencia cuando fueran polvo. Algunos construían puentes y edificios impresionantes que llevaban sus nombres como símbolo. Otros pintaban cuadros, otros escribían libros importantes, otros componían sinfonías majestuosas y otros conquistaban la cima de las montañas y los polos Norte y Sur. En cambio, él no había tenido tiempo para hacer ninguna de esas cosas. No dejaba vestigio

alguno, ninguno de verdad. Su vida no significaba nada, absolutamente nada. Lo vio con claridad, con la infalible lucidez de un moribundo.

Se devanó los sesos. Cerró los ojos para pensar mejor. ¡Tenía que haber algo! Ninguna vida era completamente inútil. Hasta un niño, cuando moría, demostraba algo: que la justicia de Dios era con frecuencia despiadada, como recordaba que dijo una vez un sacerdote. Incluso un mendigo, cuando moría en las calles, dejaba la traza de una idea, el recordatorio de que el mundo de los hombres se preocupaba más por el mundo de los animales que por el suyo propio.

¡Hasta un mendigo! Winston se agitó y suspiró. Si la vida de un mendigo significaba algo, la vida de un soldado sin duda también. Incluso la vida de un soldado que, como él, estaba muriendo sin gloria, sin oportunidad de convertirse en un héroe. Winston dejó escapar el aliento. ¡Cada soldado muerto era un argumento contra la guerra! Eso era, eso era lo que su vida simbolizaría. Su vida sería para sus amigos un perpetuo recordatorio de la locura y el despilfarro de la contienda, pues ahora sabía que la guerra era una locura y un despilfarro. La gente tenía que aprender a vivir sin hostilidades, de lo contrario algún día no quedaría nadie en la faz de la tierra.

Sonrió lánguidamente. Si la vida de un soldado común era una repulsa de la guerra, su propia vida sería una doble repulsa: él había sido voluntario, había ido a luchar cuando no tenía por qué, había viajado seis mil kilómetros por decisión propia para participar en el inhumano juego bélico.

Su vida tendría un gran valor, pensó con alegría. ¡No la había vivido del todo en vano! Dejaría un mensaje que el mundo no podría soslayar.

Winston abrió los ojos, miró al cielo y rio calladamente. Encontrarían su cuerpo, lo enviarían de regreso a casa en un ataúd, lo enterrarían en un cementerio de las afueras de Indianápolis, y su madre pondría una lápida sobre su tumba: «Peter Winston, 1917-1940. Nacido durante la guerra anterior y muerto en ésta. Que en paz descanse». Y sus amigos irían a poner coronas de flores en su sepultura, mirarían la lápida y pensarían en lo que su vida había significado. «Pobre muchacho –pensaría Martha Petersen–, eras muy joven para morir y aún tenías tanta vida. Fue un gran error que te alistaras voluntario cuando podrías haberte quedado en casa y besarme.» Y el señor Williamson, que iría con su hijo Bill, rechinaría los dientes y murmuraría: «¡Qué loco! ¡Marcharte a la guerra! Te dije que te matarían, pero no me creíste. Creías que lo sabías todo. Si mi hijo intenta hacerse soldado, ¡antes le pegaré un tiro en una pierna, y que Dios me ayude!». Y Bill Williamson pensaría que la guerra era algo vil y corrupto si se llevaba a su amigo a tan temprana edad, y el resto de sus amigos pensaría cosas semejantes y se indignaría ante la mera mención de la guerra. Con el paso de los años, la lápida de Winston adquiriría un color grisáceo y se desmoronaría, pero su mensaje nunca se marchitaría.

Era un mensaje muy importante, si uno recapacitaba sobre cuántas guerras había habido en el mundo y cuántos millones de personas habían muerto en ellas. Era un mensaje cargado de sentido, y la gente nunca podría olvidar a Winston, por mucho que

quisiera. Así él moriría con serenidad, con su cuerpo, su mente y su alma en paz.

Estaba tranquilo, con la mirada posada en el cielo. La sangre, que le había salido a borbotones del abdomen cuando lo atravesó la bayoneta, dejó de fluir a la tierra porque ya apenas le quedaba en el cuerpo. Winston reparó en que le pasaba algo raro a su corazón: seguía latiendo como siempre, aunque parecía sorprendido de que no fluyera tanta sangre como antes. Enviaba alarmantes mensajes de duda al cerebro, mensajes que el cerebro era reacio a responder. Así pues, su corazón intentó otra táctica: empezó a discutir con los pulmones exigiendo más oxígeno para que la sangre circulara por su cuerpo. Pero, al parecer, los pulmones alegaban que no tenía sentido bombear más sangre cuando lo único que ésta haría sería escaparse por el agujero del abdomen. En vista de que Winston se estaba muriendo, ya no tenía ningún sentido realizar ninguna de las funciones normales.

Winston estaba impaciente por morir, impaciente por ver cómo era la muerte, impaciente por que los enfermeros salieran de la oscuridad y lo subieran a la camilla para embarcarlo rumbo a casa, a su tumba de Indianápolis. Y pensó que deberían cuidarse de no confundir su cuerpo con otro; tendrían que asegurarse de no cometer un error en algo tan importante.

Winston desterró sus miedos. Sus documentos de identidad estaban en su guerrera, justo al lado de su corazón, cosidos al bolsillo del pecho... De pronto el corazón le palpitó con frenesí. ¡No llevaba puesta la guerrera!

¿Qué había hecho con la guerrera? Winston se quedó boquiabierto. Los dientes empezaron a castañetearle. ¡No llevaba la

guerrera! Ni siquiera llevaba la camisa caqui. Había usado la guerrera para abrigarse el tobillo cuando estaba en el socavón, hacía muchas horas. El cráter estaba muy lejos; hasta había olvidado en qué dirección. Por doquier había cientos de boquetes causados por las bombas y todos parecían iguales. De todas maneras, no tenía fuerzas para volver a rastras hasta su socavón, por más que lo localizara. Se estaba muriendo, demasiado débil para moverse.

Sus labios susurraron palabras incoherentes que no pudo oír cuando una idea lo acometió con una fuerza terrible: ¡no sabrían quién era! Los camilleros llegarían y encontrarían su cadáver, pero no sabrían que era Peter Winston, de Indianápolis. Arrojarían sus restos mortales a una gran fosa con muchos otros cuerpos, y nadie, hasta el fin de los tiempos, sabría que él estaba allí.

Desesperado, pensó que no podían hacer eso. ¡Ni mucho menos! Tenía que encontrar una manera de decírselo y lo haría empleando su último nervio, antes de que los estertores de la muerte rechinaran en su garganta. ¡Un lápiz! Tenía que encontrar un lápiz en algún sitio, y así podría anotar quién era y de dónde. Alguno de los cadáveres que lo rodeaban seguro que llevaba un lápiz. Al cuerpo no le importaría que lo cogiera un momento para escribir: «Soy Pete Winston, de Indianápolis, Indiana, Estados Unidos». Incluso podría abreviar: «P. Winston, Ind., Ind., EE.UU.».

«¡Muévete! –le ordenó Winston a su cuerpo–. ¡Muévete, muévete! ¡Tienes que moverte!» Reuniendo sus últimas fuerzas rodó sobre el estómago y empezó a arrastrarse por el suelo humeante. Sin embargo, aun en el primer momento supo que no lo conseguiría. La vida se le escapó por las heridas cuando se colocó boca abajo, y

toda su energía se escapó también: por más que quiso moverse, no pudo avanzar ni siquiera un centímetro.

Se quedó tendido con la cara contra el suelo y el cerebro corriendo contra reloj. «Tiene que haber una forma», pensó. Si no lograba encontrar un lápiz, tendría que decirlo de alguna otra manera. Podría llamar al próximo soldado alemán que pasara cerca y darle a él el mensaje. Él no sabía hablar alemán, pero el soldado alemán debería entender el francés; esos europeos hablaban muchos idiomas diferentes. «*Je veux vous dire que je suis Peter Winston, Pe-ter Wins-ton, de Indianapolis*. ¡Díselo, por favor, díselo!» Y, si los soldados alemanes no lo escuchaban, había aún otra forma: escribir con un dedo su nombre y su dirección en el suelo, junto a él. Eso lo podía hacer de inmediato; podría incluso usar su propia sangre para colorear las letras en el suelo si no quedaban muy claras. «Soy Pete Winston, de Indianápolis», eso era lo que escribiría, y curvaría el cuerpo alrededor de su nota para que, cuando lo encontraran, no hubiera equivocación. Así los alemanes estarían seguros de dónde mandarlo para que lo enterraran, y él podría morir en paz.

Winston levantó una mano y extendió el dedo índice. Tenía poco tiempo y lo sabía; tenía que escribir a toda prisa. Tendido boca abajo, tanteó el suelo delante de sí y empezó a hacer cuidadosos trazos en la tierra. Escribió con una paciencia desesperada hasta que, al levantar la cabeza unos centímetros y mirar lo que había escrito, vio que era sólo una confusión ininteligible de líneas y marcas en el barro. Entonces bajó la cabeza y sollozó. Quedó tumbado con los brazos y las piernas extendidos, con la boca abierta y tragando grandes bocanadas de aire y barro; al poco dejó de

sollozar, pues unas ideas extrañas empezaron a ocuparle el cerebro. Los pensamientos saltaban y se dispersaban. Su mente se apagaba y despertaba. Ya no sentía ni remordimientos, ni miedo, ni dolor. Sólo quedaba una brumosa deriva hacia una tierra desconocida, un soñoliento abandonarse al viento y las estrellas. Comprendió que estaba semiinconsciente; así llamaban al modo en que él se sentía: *semiinconsciente*.

Una sonrisa grotesca se dibujó en los labios de Winston. Era maravilloso estar semiinconsciente; eso hacía que uno se olvidara de que su vida carecería por completo de significado. Debía permanecer en ese estado hasta que muriera, pero debía volver a estar consciente!

Su mente se despertaba y se apagaba, se despertaba y se apagaba. Y olvidó que era incapaz de escribir su nombre en el barro porque de repente era un niño, un chiquillo de cinco años que jugaba en las calles de Indianápolis. Una extraña euforia se apoderó de él, por lo agradable y delicioso que era ser un niño. Debía seguir semiinconsciente, debía seguir siendo un niño por siempre jamás. «¡No quiero ser adulto!», les susurró a las sobrecogedoras sombras. «No quiero ver la noche. ¡No quiero pensar!» Pero, al salir esas palabras de sus labios, Winston supo que su semiinconsciencia se había desvanecido. Supo que volvía a estar consciente y cuerdo. Supo que estaba atrapado y sin escapatoria. El cortante aire de la noche le lamía las heridas, y la soledad se cernía sobre él con una mirada lasciva y unos dedos como zarpas. Sintió que la respiración se le aceleraba cada vez más y le causaba un nuevo dolor con cada aliento; sintió que la sed le desgarraba la garganta, que la sangre de su vida brotaba de él como la savia de un árbol partido y que la

escarcha reptaba sobre su cuerpo como un millón de voraces cucarachas.

Comprendió que era inútil; tenía que afrontarlo. Nadie se había librado de ese último momento de lucidez anterior a la muerte, y él no era mejor que nadie.

CAPÍTULO OCHO

La noche, en Indianápolis, se presentó serena y luminosa. La luna estaba llena; el aire, cálido; los luceros, en todo su esplendor, y, en una ocasión, una estrella fugaz cruzó el cielo escribiendo un mensaje a lo largo de las solitarias carreteras secundarias durante muchos kilómetros a la redonda, un mensaje que entenderían quienes estuvieran enamorados aquella primavera. A todo el mundo le influía la serenidad de la noche; por muy melancólicos que fueran los pensamientos que ocupaban la mente de las personas, gracias a la suavidad del aire, preludio de las flores que estaban por nacer, prevalecían la felicidad, la esperanza y el deseo de vivir y amar. Las noticias de la guerra no podían competir con la noche primaveral. Al leer los titulares y escuchar los boletines radiofónicos, la gente se espantaba o se sobrecogía. Aun así, al instante salían al porche, paseaban por las tranquilas calles residenciales, abrían las ventanas y levantaban la vista hacia la luna y las estrellas, y volvían a sentirse optimistas.

Bill Williamson fue a casa de Eunice Bowers para cenar. Era una cena informal, según dijo la madre de Eunice mientras llevaba a la

mesa el grueso y jugoso *filet mignon*, las cremosas patatas con guisantes frescos, la ensalada, el pastel de manzana y el café. Bill Williamson y el padre de Eunice se divirtieron mucho preguntándole a la madre de ésta cómo sería una verdadera cena si aquella era informal. Los Williamson y los Bowers se llevaban bien; puesto que provenían del mismo entorno y tenían la misma posición social y económica, Bill Williamson podía bromear con la madre de Eunice casi como si fuera la suya propia. Después de la cena, Eunice salió a la terraza y exclamó: «¡Pero mira qué luna!». Y Bill la estrechó por la cintura, la besó delante de sus padres y la llevó a dar un paseo a la vera del río en el coche de su padre. El señor y la señora Bowers se sentaron en el porche y por separado se preguntaron si su hija estaría cometiendo pecado carnal en la oscuridad. Cada uno por su cuenta, ambos pensaron que quizá eso ya no era tan pecado como en los viejos tiempos, siempre y cuando un chico y una chica se quisieran tanto como era evidente que se querían Eunice y Bill, ya que, de todas formas, al cabo de pocos meses estarán casados; incluso antes, con la primavera ya en puertas.

La cita de negocios del señor Williamson degeneró en una pelea. El asunto que había reunido a aquellos hombres quedó resuelto a gusto de todos poco después de que se congregaran en la sala de reuniones de la Cámara de Comercio y se dirigieran al bar, donde los más jóvenes bebieron martinis, y los mayores, whisky con soda. El señor Williamson estaba sentado junto a una ventana que daba a la calle y, cuando sus compañeros empezaron a hablar de la guerra, apenas les prestó atención. La primavera le recordaba que había pasado otro año y que pronto él no tendría fuerzas; sintió un feroz deseo de marcharse solo e ir al centro a ver a una alegre señorita

que cobraba diez dólares. Tendría que hacer las cosas de manera que sus compañeros de mesa creyeran que se iba a casa con su esposa, y su esposa creyera que seguía allí con los hombres de la mesa. La idea de la joven lo volvió atrevido e impetuoso, y se tomó seis *whiskeys* con soda en unas pocas horas. A sus amigos les costaba seguirle el ritmo, pero al final lo consiguieron; al cabo de un rato, todo el mundo estaba ebrio y ya nadie hablaba de la guerra; estaban allí sentados como señoras en una cafetería, chismorreando y hablando de cosas personales.

La señora Williamson cenó sola, algo que no le importaba. Después de cenar se sentó con agrado en la terraza, retomando la lectura de los relatos de una revista, y pensó con satisfacción en lo bien que la había tratado la vida: Bill se había convertido en un hombre distinguido a punto de casarse y formar su propia familia; su marido era una figura tan importante dentro de la comunidad que lo invitaban a reuniones de negocios en la Cámara de Comercio después del horario laboral. Hubo un momento en que la asaltó el temor de que todo su mundo se hallaba peligrosamente al borde del negro precipicio de la guerra, pero el insolente timbre del teléfono interrumpió tales ideas. Era su marido diciendo que la reunión estaba durando más de lo esperado y que aún tardaría un poco en volver a casa. La señora Williamson le dijo que no había problema, colgó el teléfono y se sentó en el sofá de la sala de estar. Había oído voces ebrias de fondo mientras su marido le hablaba y supo lo que pasaba. Hacía tiempo que lo sabía; sabía mucho más de su marido de lo que él creía. Pero ella era una mujer inteligente y no le reprochaba nada. Lo dejaba que mintiera sobre sus juergas y sus partidas de póquer en la Cámara de Comercio. Muchas veces

pensaba que así eran los hombres: engañar a sus esposas les producía un placer infantil. Y, puesto que ésa era la naturaleza de los maridos, ella no intentaría cambiar al suyo, pues era consciente de que él la quería. Él podía hacer lo que quisiera, excepto, naturalmente, tontear con esas chicas lujuriosas del centro, y era absolutamente imposible que su esposo estuviera haciendo algo semejante.

Martha Christiansen le contó a su marido durante la cena que su bebé era mucho más listo que el de la vecina. Tras la cena llegaron unos amigos de Stephen y empezaron a hablar de la guerra. Uno de ellos era de origen irlandés y odiaba a los ingleses, y otro era de origen inglés y odiaba a los alemanes; sin embargo, antes de que la conversación se complicara, Martha propuso jugar a las damas chinas. Stephen sacó el tablero y, a los pocos minutos, estaban todos sentados muy juntos y concentrados, saltando sobre las piezas de los demás a una velocidad de vértigo.

El viejo Carter se hallaba sentado junto a su esposa; envuelto en la oscuridad del cine, miraba las figuras bidimensionales de la pantalla. Una joven y bella actriz se desvestía ante la cámara hasta quedar en ropa interior, y el viejo Carter movió la cabeza pensando lo listos que eran los productores de Hollywood, que les mostraban a los hombres de todo el mundo exactamente lo que deseaban ver. Y, luego, en otra escena, cuando la actriz llevaba más ropa, un actor apuesto y viril la tomaba en sus brazos y la besaba en los labios, y el viejo Carter oyó suspirar a su esposa y pensó que esos productores de Hollywood también sabían cómo complacer a las mujeres. El argumento de la película lo aburría; sabía lo que pasaría al final, aunque se contentaba con estar allí sentado con la esperanza de

que quizá la joven y bella actriz se desvistiera otra vez ante la cámara. Hacia el final de la cinta, el viejo Carter no quedó decepcionado: la actriz se desnudó. Mil y un detalles de su vida, toda la tensión nerviosa de su trabajo y de su entorno, le presionaban el corazón con insistente rabia en esos momentos –el plan de reestructuración, las noticias de la guerra y el precio del papel–, pero todo eso se desvaneció como por arte de magia en cuanto vio el bello cuerpo de la joven actriz. Bien valía el dólar con diez que había pagado para entrar al cine.

Alrededor de las nueve la luna estaba increíblemente brillante. Iluminaba con tanta fuerza los rincones de los enamorados que los hombres y las mujeres tenían que salir de los coches y adentrarse en el bosque. En la zona de acampada para turistas, había una larga fila de coches aparcados, con sus ocupantes esperando a que quedaran cabinas libres. En todas partes, salvo en las redacciones de los periódicos y las emisoras de radio, la guerra se estaba olvidando. En la redacción de noticias locales del *Clarion* de Indianápolis la plantilla estaba en tensión y trabajando con eficiencia conforme las últimas noticias llegaban por teléfono o telégrafo. Medio millón de hombres, tal vez un millón, muertos, heridos y mutilados en un día; ciudades bombardeadas; museos, hospitales y puentes, destruidos. Y la guerra seguía en punto muerto: ninguna de las partes ganaba terreno. En la redacción del *Clarion* no había primavera; sólo había sangre y el estruendo de los cañones. El jefe de redacción, que estaba tomándose su café de las nueve, sentía que el mundo estaba llegando a su fin y que él estaba sentado en el banquillo describiéndolo jugada a jugada. Sin embargo, cuando se acercó un momento a la ventana, al bajar la mirada hacia la bulliciosa calle y

ver el continuo ajetreo de coches y personas, supo que el ciudadano medio no estaba atemorizado. Pensó que la guerra seguía estando muy lejos; había que hacer algo para llevarla hasta Indianápolis, directa a los hogares de las personas que vivían allí.

Le dio muchas vueltas a esa idea. Un buen enfoque local: eso era lo que hacía falta. Tenía que encontrar un vínculo entre la guerra e Indianápolis; tal vez entonces la gente se asustaría tanto como él. Miró las galeradas, los periódicos y los manuscritos que tenía en el escritorio y enseguida se enfrascó en un artículo del *Chronicle* de Mayburg. «Joven vecino lucha en la gran batalla», decía el titular. Sus ojos cansados leyeron por encima el artículo:

La última vez que se supo de él, Winston estaba luchando con la Séptima División de la BEF, en algún lugar de Francia. Soldado raso del Segundo Batallón de la Tercera Brigada de la División, creemos que se encuentra en la línea Maginot, en el corazón de la encarnizada batalla de hoy.

¡La Séptima División! Algo se agitó en la mente del director de la redacción. ¿No era ésa la división que habían aniquilado completamente? Había un artículo sobre eso en alguna parte, si recordaba bien. No había podido utilizarlo por falta de espacio...

A las diez, una nueva edición del *Clarion* ya se vendía en las esquinas de las calles. «Se sospecha que un joven de Indianápolis fallece en la batalla. Era voluntario en la división aniquilada», decía el titular de la primera página. Una emisora de radio vinculada al *Clarion* interrumpió un programa de baile para emitir la noticia. Y, cuando la luna se elevaba en el cielo y unas tenues nubes pasaban por delante de su rostro, los amigos de Winston supieron de su muerte.

Bill Williamson oyó la noticia estando a la orilla del río con Eunice Bowers en el coche del señor Williamson, mientras, con aire soñador, escuchaba música de baile por la radio. El señor Williamson se enteró de la nueva en un apartamento ajeno del centro de la ciudad, cuando estaba ante el espejo arreglándose con cuidado la corbata para que el nudo quedara igual que antes de habérsela quitado. Su esposa oyó la noticia en la misma emisora y al mismo tiempo, pero en otro aparato de radio, sentada en su sala de estar mientras leía una historia de amor y escuchaba la música de baile. El viejo Carter compró un periódico en cuanto salió del cine y leyó la noticia bajo la marquesina. Martha Christiansen la supo cuando un amigo que venía del centro le dio el periódico que llevaba consigo.

Bill Williamson retiró el brazo del vestido de Eunice Bowers y miró fijamente la radio como si el locutor no supiera lo que estaba diciendo.

—¡Ése es Pete! ¡Ay, Dios mío! —le gritó a Eunice Bowers.

Ella sólo había visto a Winston un par de veces mucho tiempo atrás, de modo que no se sintió muy conmovida. El señor Williamson, delante del espejo del apartamento ajeno, se sobresaltó un poco al oír la noticia. Estaba elaborando mentalmente todos los detalles de su coartada para que ni su esposa ni los amigos de la Cámara de Comercio pudieran averiguar nunca dónde había estado, cuando de repente pronunciaron el nombre de Winston en la radio. Se volvió, boquiabierto, hacia una joven pelirroja y de bonita figura que se pintaba los labios.

—Yo conozco a ese muchacho —dijo sobrecochado.

La señora Williamson, absorta en la historia de amor, arrinconó la noticia de la radio en un recoveco de su mente durante unos

instantes, antes de asimilarla. Aun así, la noticia barrió finalmente las palabras del folletín y se enfrentó a ella con ira. «Ay, pobre muchacho, pobre muchacho», pensó.

El primer pensamiento del viejo Carter al leer la noticia fue que el *Clarion* había copiado una idea del *Chronicle*.

—Ese muchacho, Winston, ha muerto; han aniquilado a toda su división —le dijo a su esposa.

Ella movió la cabeza.

—Qué pena, un joven como ése —dijo.

—No tenía ninguna posibilidad; yo lo supe desde el principio —dijo el viejo Carter con aires de experto.

Martha Christiansen abrió el periódico que había llevado su invitado para buscar la página de espectáculos y ver si estaban a tiempo de llegar a la última sesión de una película, pero sus ojos dieron con el titular de la primera página. Emitió un grito ahogado, pero se mordió el labio y se calló porque su marido y muchos de los invitados estaban con ella en la sala.

Por toda la ciudad, los hombres y mujeres que habían conocido a Winston se iban enterando de que había muerto. Y la mayoría de ellos se sintieron aliviados al conocer la noticia. Estaban impresionados y tristes, pero también estaban reconfortados porque, cuando vivía, Winston los había incomodado. Había hecho que se sintieran responsables de él; había hecho que se sintieran un poco avergonzados de sí mismos, avergonzados porque se habían olvidado de él. Mientras siguiera vivo, sería un peso sobre sus conciencias, pues soñaban con él cada cierto tiempo y su figura solía interrumpir el plácido fluir de sus vidas.

Fue diferente cuando supieron que estaba muerto. Les dio mucha pena, pero se sintieron aligerados. Winston ya no era una influencia perturbadora. Estaba muerto, y había determinadas cosas que hacer y decir: expresar las condolencias a su madre, enviar flores, chasquear la lengua, derramar unas lágrimas y estaba la necesidad de decir «Qué pena, qué pena» varias veces; había que ponerse una corbata o un vestido negro, y había la obligación de preguntar discretamente por la situación económica de su madre y ofrecerse a prestarle algún dinero si hacía falta. Había que guardar ciertas apariencias, ahora que Winston estaba muerto, y todo el mundo las guardaría sin rechistar.

Lo primero que se debía hacer era apresurarse a ir a la casa de la madre de Winston. Eso fue lo que todos los amigos de Winston hicieron. El señor Williamson se estremeció cuando se puso a toda prisa la chaqueta y el abrigo. Susurró una incómoda despedida a la pelirroja, bajó a la calle y llamó a un taxi. Se sentía un completo cobarde porque había estado fornicando mientras Winston moría; quizá, pensó, en el mismo momento de su muerte.

Bill Williamson regresó a la ciudad e intentó pensar en las palabras apropiadas que decirle a la madre de Winston cuando la viera, palabras que transmitieran con exactitud cómo se sentía. Eunice Bowers iba sentada a su lado en silencio, con la sensación de que en ese momento ella no era importante para su prometido, cosa que no le gustaba.

El viejo Carter conducía con cuidado entre el tráfico hacia la casa de Winston. Pensaba ya en un buen artículo de seguimiento. Estaba un poco molesto porque el *Clarion* se había adelantado al *Chronicle*,

porque, al fin y al cabo, Winston había trabajado en el *Chronicle*, y no en el *Clarion*.

La señora Williamson, que iba y venía por la sala, descolgó el teléfono y lo dejó, lo descolgó otra vez y pidió un taxi; se puso carmín en los labios y se lo quitó antes de salir corriendo de la casa para esperar en la terraza a que llegara el coche. Justificó su nerviosismo ante el taxista.

—Un muchacho al que conozco ha muerto en la guerra. Acabo de oírlo por la radio. Voy a casa de su madre para ver qué puedo hacer.

El taxista dijo que la guerra era horrible y pisó el acelerador.

Martha Christiansen estuvo un buen rato sentada sin moverse hasta que, levantándose con tranquilidad, dijo:

—Stephen, ¿puedes venir un momento?

A solas en la cocina, miró a su marido a los ojos y le entregó el periódico.

—Stephen, un chico al que yo conocía, Pete Winston, ha muerto en la guerra. Tengo que ir a ver a su madre.

Stephen Christiansen miró el periódico y, acto seguido, sonriendo con dulzura, a su esposa.

—Claro que tienes que ir —dijo—. Yo te llevo.

Pero Martha Christiansen dijo:

—No, Stephen. Tú no conoces a la familia. Te aburrirías. Iré sola.

En la casa en la que Winston se había hecho un hombre, su madre estaba sentada a la mesa del comedor, con un pañuelo empapado en sus manos regordetas y las lágrimas cayéndole por las mejillas. Un fotógrafo del *Clarion* le hizo una foto utilizando una bombilla de *flash*. Ella no protestó, y él se marchó a toda prisa, aunque antes de regresar al *Clarion* entró en un bar y se tomó un

whisky doble. Henderson, un reportero del *Clarion*, joven y de rostro serio, se acercó a la madre de Winston, tragó saliva y preguntó con aflicción:

–¿Cuándo vio usted a su hijo por última vez, señora Winston?

–Han matado a mi niño –fue su única respuesta.

Henderson se dirigió hacia el teléfono de la habitación contigua y, sin pedir permiso, marcó el número de la redacción.

–Estoy aquí, en la casa –le dijo al director de la redacción–, y la mujer está llorando. Está muy triste porque ha muerto su hijo. Están llegando muchos vecinos, y en la entrada hay unos niños haciendo una recolecta, pero parece que nadie dice nada importante. Las fotos de la mujer van de camino. Por Dios, ¿tengo que quedarme aquí mucho más rato?

–Averigua algo sobre los orígenes de Winston –dijo el director de la redacción–. Vamos a darle mucha cobertura a esta noticia.

Henderson renegó entre dientes. Colgó y regresó al comedor resistiendo la tentación de robar una foto enmarcada de Winston que había sobre el piano vertical. Algunos de los vecinos que habían ido a la casa le dieron a la madre de Winston un vaso de agua para que pudiera fabricar más lágrimas y le pusieron un abrigo sobre los hombros para que no cogiera frío. No tenían mucha amistad con ella y no sabían qué decir.

A esa compañía se unieron los amigos de Winston. Se presentaron con pocos minutos de diferencia entre unos y otros. El primero en llegar fue Bill Williamson, acompañado de Eunice Bowers. Cuando vio a la mujer sentada a la mesa olvidó el discurso que había preparado.

–¡Señora Winston! ¡Es horrible, horrible! –se limitó a decir.

—Está en los periódicos —respondió ella—. Todos los detalles sobre Peter.

El padre de Bill Williamson llegó a los pocos minutos, masticando unos clavos de olor, y después entraron la señora Williamson, el viejo Carter con su esposa, Martha Christiansen y otros amigos y vecinos. Mostrando una expresión sobrecoyida y triste, hablaron en susurros y fumaron muchos cigarrillos. La señora Williamson lloró, no así Martha Christiansen. Se turnaron para intentar consolar a la madre de Winston, que lloraba sentada a la mesa, aunque sabían que nada de lo que dijeran le sería de ayuda.

—Todos tenemos que irnos cuando llega nuestra hora —dijo la señora Williamson, pero la madre de Winston apenas escuchaba.

Al cabo de un rato, todos se trasladaron al salón, con la excepción de la señora Williamson y unos cuantos vecinos, que se quedaron a solas con la madre de Winston. En la sala de estar reinaba un incómodo silencio. Henderson, que había estado de un lado a otro del porche, regresó, se sentó en una mecedora e intentó reunir valor suficiente para hacer unas preguntas.

—Lo que no entiendo —dijo Eunice Bowers de repente— es por qué fue a la guerra cuando no tenía ninguna obligación.

La esposa del viejo Carter se inclinó hacia adelante en su silla.

—A lo mejor tuvo una visión —dijo—. Vaya, que eso le ocurre a la gente. Una vez, antes de casarme, conocí en Cincinnati a un muchacho que un día tuvo la visión de irse a la China. Era el muchacho más majo del mundo, trabajaba en el ultramarinos de su padre y nunca se quejaba. Entonces tuvo esa visión y allá que se fue a la China. Y nunca volvió.

Eunice Bowers meditó sobre eso, pero era evidente que ella tenía sus propias ideas.

—Quizá quería viajar —dijo—. Muchos jóvenes quieren eso. Mi hermano mayor, Joe, que ya está casado y trabaja en la dirección general de la compañía telefónica, antes quería viajar. Se fue sin dinero a San Francisco y trabajó de marinero en barcos alojándose en los camarotes de la tripulación y todo eso. No le hizo ningún daño, desde luego, y vio mucho mundo.

El viejo Carter suspiró.

—Yo no sé. —Encendió su pipa y, cansado, movió la cabeza—. Es difícil saber por qué las personas hacen las cosas que hacen. ¿Recuerdan ustedes el caso Pimmler, aquel caso de asesinato? El bueno de John Pimmler vivía en Mayburg desde hacía cuarenta y cinco años, llevaba su tienda de comestibles y nunca mató una mosca. Los días de mucho calor les regalaba cucuruchos de helado a los niños. Pues bien: un día, hace dos años, entró en la tienda un hombre que compró un paquete de cigarrillos. Le dio a John Pimmler dos monedas de diez centavos y Pimmler le devolvió tres centavos. «¿Diecisiete centavos los cigarrillos?», le preguntó el hombre a John Pimmler. «Eso es», contestó John. «No sé a santo de qué. En todos lados valen dieciséis», replicó el hombre. Y John Pimmler sacó una pistola del cajón y empezó a disparar. Disparó al tipo que había comprado los cigarrillos, al chico de los refrescos, al ayudante de la tienda y a tres clientes, y, si le hubieran quedado más balas en la pistola, le habría disparado a más gente. No tenía mala puntería, desde luego: mató a cuatro de seis. ¿Por qué? Hoy por hoy, nadie lo sabe. Le preguntaron el motivo a John Pimmler, y lo único que dijo fue que se había vuelto loco.

El viejo Carter dio una calada a su pipa.

—Oigan —dijo de repente Henderson, del *Clarion*. Tenía pequeñas gotas de sudor en la frente y una voz aguda—. Antes de que digan ustedes nada más, creo que es justo... Bueno, yo no quiero estar aquí, no tengo derecho a estar aquí en un momento como éste. Pero tengo que hacer un reportaje. Soy periodista del *Clarion*.

Lo miraron con atención y él continuó con empeño:

—Mi jefe cree que la muerte de Winston acerca, de alguna manera, la guerra a los habitantes de esta ciudad, así que me gustaría averiguar algunas cosas sobre él. Qué clase de hombre era...

El señor Williamson tosió con tos de banquero.

—Bueno, no creo que éste sea el momento...

—Sé que no lo es, señor —contestó Henderson con tono de súplica—. Sin embargo, en cierto modo, quizá sí lo sea. Es terrible morir en esa guerra y, si la muerte de Winston puede servir de ejemplo para disuadir...

—Eso estaría muy bien, muchacho —dijo el señor Williamson—. Aun así, es muy difícil, en este momento...

—Lo sé, señor —respondió Henderson—. Yo me siento un miserable entrometiéndome aquí con esa pobre mujer ahí dentro llorando a lágrima viva. Pero de verdad queríamos volcarnos en este reportaje. Queremos darle mucha cobertura, toda la primera plana, para que los lectores vean lo que de verdad supone la guerra para la gente, lo que implica la muerte y demás.

El señor Williamson se acarició el bigote. Miró al viejo Carter, que se encogió de hombros como para dar a entender que, siendo él

mismo periodista profesional, y Henderson un rival en cierto sentido, no le correspondía a él decidir.

Los demás esperaron la decisión del señor Williamson.

–¿Qué es lo que quiere saber? –preguntó el señor Williamson.

Henderson sacó papel y lápiz.

–Algo sobre los orígenes de Winston. Cuándo nació y demás. – Escudriñó a los otros–. Me imagino que todos ustedes son familiares.

–No. –El señor Williamson habló con voz serena–. Creo que Peter no tenía familiares, excepto su madre.

Henderson se mostró sorprendido.

–Entonces, ¿son ustedes amigos suyos?

Se produjo un extraño silencio. Las personas de la habitación se miraban unas a otras: el señor Williamson al viejo Carter, el viejo Carter a Bill Williamson, Bill Williamson a Martha Christiansen, etcétera. Sin embargo, parecía que cada uno evitaba la mirada de los otros.

El viejo Carter rompió el silencio.

–Por supuesto que éramos amigos suyos. Yo sólo era su jefe. Soy Carter, jefe de local del *Chronicle* de Mayburg. Por el contrario – señaló con la mano a los otros–, la mayoría de estas personas conocía a Pete desde niño.

Bill Williamson estaba muy serio.

–Pete y yo crecimos juntos en este barrio. Fuimos juntos al colegio. Viajamos juntos haciendo autostop. Y era un chico estupendo. Escriba eso. Un chico estupendo de verdad: amable, generoso, honesto, despierto... Un chico estupendo en todos los sentidos.

Henderson lo anotó todo debidamente y esperó a que le dieran más información, pero no hubo más. Martha Christiansen observaba los motivos de la alfombra y el señor Williamson se acariciaba el bigote. El silencio se intensificó y al poco oyeron el llanto de la madre de Winston, que llegaba desde la habitación contigua.

El viejo Carter arregló la situación:

—Oye —le dijo a Bill Williamson—, ¿por qué no sales con este joven al porche y le das todos los detalles? Eso sería mejor...

—Con mucho gusto —dijo Bill Williamson. Salió de la sala, seguido de Henderson, murmurando disculpas conforme se marchaba.

El silencio persistió. Los invitados se movían con inquietud en sus sillas. Los ojos de Martha Christiansen se posaron de repente en la fotografía enmarcada de Winston que había sobre el piano. Pensaba en si la niñera habría tapado al bebé y, contra su voluntad, se preguntó qué estarían poniendo en el cine que había cerca de su casa.

El viejo Carter le daba forma mentalmente al artículo que escribiría por la mañana. Seguiría ese modelo periodístico clásico en el que la madre cuyo hijo policía ha sido asesinado por un gánster se explaya sobre lo buen muchacho que era su hijo. Procuraría que la madre de Winston se sincerara así. Casi podía ver el reportaje ya publicado: tocaría la fibra sensible de la gente y demostraría que aún podía escribir un buen artículo cuando quería.

El señor Williamson estaba absorto; le bullían las ideas porque su hijo estaba enfurecido con los alemanes. Bill no lo había dicho, pero el señor Williamson lo intuía. Mucha gente estaba furiosa con los alemanes y, al menor indicio de que Inglaterra y Francia no podían defenderse por sí mismas, los Estados Unidos entrarían en la guerra.

El señor Williamson sabía que eso ocurriría; estaba alerta y no era ningún tonto. Y la razón por la que las ideas se le agolpaban en la cabeza era que tenía que decidir si sería más seguro implicar a Bill desde el principio, con algún trabajo fácil en el Ejército, en Washington, o si sería más seguro esperar, dejar que las cosas se apaciguaran y ver lo que traía el futuro. Era una decisión terrible para un padre, una decisión que podría significar la diferencia entre la vida y la muerte. El señor Williamson analizaba las posibilidades sin descanso, pues un hijo suyo no moriría de manera tan absurda como Pete Winston, que no tenía un padre que lo guiara.

Eunice Bowers contuvo un bostezo y a continuación la esposa del viejo Carter contuvo otro. Ya era casi medianoche, y la madre de Winston seguía llorando en el comedor, hecha un inagotable mar de lágrimas.

—Han matado a mi niño, han matado a mi niño —gemía una y otra vez.

La señora Williamson trataba de consolarla. Le llevaba más pañuelos y más agua. Tiempo atrás, en el nebuloso pasado, ambas se casaron con sus maridos por las mismas fechas y vivieron en la misma manzana, y ahora a la pobre Mary Winston le había ocurrido aquella desgracia. Era desgarrador; casi le hacía a una perder la fe en Dios; casi le hacía sentir que el Fondo para la Leche era una futilidad.

El señor Williamson abrió la puerta del comedor y llamó a su esposa.

—Vamos, querida —susurró—. Es más de medianoche.

—No quiero dejarla —dijo la señora Williamson con pesar—. Está deshecha de dolor.

—No debes agotarte —le respondió con delicadeza el señor Williamson—. Debemos pensar en los vivos. Y es más de medianoche.

CAPÍTULO NUEVE

Winston recordó que él no había matado a nadie. Eso era lo único bueno que se le ocurría. Sólo eso tendría a su favor cuando le llegara la hora de ser juzgado y catalogado. De no ser por su obsesión de plantar flores en la frontera francesa, estaría cubierto con un tipo de sangre diferente de la que lo cubría ahora: la sangre de otros hombres que miraban a la vida con esa idéntica y lúcida mirada final. Esa sangre no se lavaba con la misma facilidad que la propia; la mancha de esa sangre era más profunda y oscura, y, cuando te resbalaba por las manos, resultaba fría y pegajosa. Esa sangre te hacía darte cuenta de que eras un asesino, algo que al menos él se había ahorrado; al menos él tenía eso, lo que le procuraba una sombría satisfacción.

Y él sabía más de la guerra que otros hombres. Winston asintió con la cabeza. No de esa tabarra de las armas, las maniobras y los salientes estratégicos. Esas cosas se las dejaba con mucho gusto a los generales. Él sabía de la *guerra*, del significado de la palabra misma, de la cruda esencia del término. Comprendió que había adquirido ese conocimiento por pura casualidad, una casualidad que

en el campo de batalla lo había situado en el lugar de Dios. Si se hubiera quedado en Latouche como un buen soldadito, en vez de salir a escondidas con su obsesión de plantar flores, la cosa habría terminado de otra manera. Se habría convertido en un soldado de verdad de haberse quedado en el granero. Cuando los alemanes atacaron y sonaron las cornetas en Latouche, él habría agarrado su pistola y habría saltado a las barricadas, como todos los demás. Y, cuando la batalla hubiera llegado a su momento crucial, habría visto a sus compañeros –Merrill, Ravenswood y los demás– realizar actos heroicos, y la sangre le habría bullido de emoción. Y, cuando hubieran regresado, pálidos y agotados, él habría tirado de ellos hacia la seguridad de la trinchera con manos ansiosas. «Vuestro valor es asombroso –les habría dicho–. Me emociona y me inspira.» Todo su resentimiento por el esnobismo de Merrill y la oficiosidad de Ravenswood se habría desvanecido bajo el fuego y, en su lugar, habría surgido un amor apasionado y abrumador. Y, al haberlos visto ser tan valientes por él, iqué actos de heroísmo habría llevado a cabo por ellos! Si los enemigos se hubieran atrevido a amenazar las vidas de Merrill y Ravenswood, Winston habría salido disparado y los habría hecho trizas. Y, por la noche, si él y sus compañeros seguían vivos, se habrían sentado en su embarrado refugio subterráneo, con sangre y mugre en la cara; se habrían acercado unos a otros para darse calor; habrían compartido la comida y la bebida, y se habrían dedicado sonrisas burlonas, como si fueran una banda de pícaros piratas. «Ha estado muy bien la forma en que me has salvado la vida ahí fuera», le habría dicho Merrill. Y él le habría dado un puñetazo juguetón en las costillas y le habría dicho: «¿Cómo puedes decir eso, después de lo que tú hiciste por mí?». En el transcurso de

la noche, con los cañones rugiendo y retumbando en el exterior del refugio, habrían llegado a una comunión de amor mutuo y de odio por el enemigo. En los meses posteriores habrían luchado codo con codo en incontables campañas, siempre arriesgando sus vidas por las de los demás, hasta que sus uniformes estuvieran cubiertos de medallas al valor. Al terminar la guerra, si siguieran vivos, regresarían a casa y se convertirían en abanderados del espíritu marcial. Cada uno les contaría a sus hijos lo admirables que habían sido los demás bajo el fuego, lo firmes, valientes y audaces que fueron. Y, conforme fueran envejeciendo, harían largos viajes para reunirse y recordar los viejos tiempos de la guerra.

A los alemanes del otro lado de la tierra de nadie les ocurría exactamente igual: estaban aprendiendo a amarse unos a otros y a odiar al enemigo. Sucedió lo mismo en ambos bandos: la guerra estaba creando guerreros para futuras guerras.

A Winston le resultaba casi imposible respirar. Sabía que, a lo sumo, lo haría unas pocas veces más. «No debería pensar esas cosas, —se dijo—. Tengo que serenarme; he de prepararme para mi Creador. Eso es lo que debe hacer un hombre cuando sabe que se está muriendo.» Pero Winston empezó a desdeñar tales pensamientos al tiempo que se formaban en su mente, pues sabía que no había forma de evitar los sucesos que se los provocaban; era inútil intentar no afrontarlos. Mientras los demás se habían convertido en guerreros, él se había convertido en Dios en el campo de batalla. Por alguna razón que escapaba a su entendimiento, a él lo habían situado en el corazón de una batalla sin un arma siquiera con la que defenderse, de manera que lo único que podía hacer era observar cómo la guerra perdía su romanticismo y su heroísmo.

Solo, atrapado, apenas capaz de moverse, lo único que podía hacer era contemplar esa cosa llamada *guerra* conforme se desarrollaba ante sus ojos y juzgarla por lo que era. Herido y agonizante, no tenía ninguna gloria con la que infundirse valor ni bandera ondeante que aferrar con valentía con sus manos ensangrentadas. Nada más tenía la contemplación objetiva de su sufrimiento y su dolor, y ésa era la razón por la que sólo él conocía la guerra, la cruda esencia de la palabra misma.

Winston volvió a respirar angustiado. Pensó que la guerra era el precio que el hombre tenía que pagar por su falta de imaginación. La guerra era el instrumento que el hombre utilizaba para expresar su propia insuficiencia. Desde el principio de los tiempos, había existido la tierra sobre la que caminaría el ser humano; había habido comida y agua para que el hombre se alimentara y bebiera, así como un sol para calentarlo y la luna y las estrellas para que soñara y pensara. El hombre, elevándose por encima de los animales, aprendiendo a eludir las trampas mortales que le tendían la fuerza y la destreza superiores de las alimañas, dominó la tierra desde el principio. El ser humano no tuvo que pelear por ella; la tierra estuvo ahí siempre, inamovible y apenas cambiante. El hombre sólo tenía que caminar sobre ella y tocar los árboles, la hierba, las raíces, y todo le pertenecía sin tener que pagar un precio. Pero el hombre no podía imaginar una condición tan buena y sencilla como ésa; no entendía que la tierra se extendía sobre los lejanos horizontes hasta los distantes ríos y, que más allá, se ondulaba y se curvaba en su infinita fertilidad. La imaginación del ser humano, que se había elevado por encima de la de los animales, no prevalecía sobre la de su hermano. Y el hermano del hombre vino a caminar sobre la tierra,

y se enfrentaron, cada uno creyendo inferior al otro. Así empezó la primera guerra, en la noche de los tiempos, con dos hermanos luchando por algo que les pertenecía a ambos. Así comenzó el primer odio, el primer rencor mutuo. Y el odio y el rencor se extendieron.

Winston soltó el aliento. ¡Y tanto que se habían extendido! Por los continentes y sobre los océanos, atravesando valles y junglas, subiendo a la cima de altas montañas. Y la misma imaginación del ser humano que fue incapaz de entender una pura verdad se desbordó en la cuestión del odio. Llegaron el arco y la flecha, así como el veneno para la punta; llegaron la ballesta, la lanza y la pica; en la lejana China, un hombre creó un polvo para saludar a sus dioses, y llegaron el fusil, la ametralladora y el cañón. Marcharon ejércitos por llanuras y mesetas; marcharon Alejandro, Aníbal, Napoleón, y los hombres se obsesionaron con el odio. Galeones, fragatas y hombres de guerra surcaron los mares; aeroplanos, acorazados y submarinos cruzaron los océanos, y los hombres mataron y saquearon a sus hermanos. Se glorificó la palabra *odio*; retorciendo la palabra *odio*, los hombres le dieron diferentes nombres: *patriotismo*, *valentía*, *nacionalismo*. Y, mientras tanto, durante esos miles de años, la tierra siguió apenas cambiante, la tierra que el hombre poseyó desde el principio. Winston pensó incluso que aquella noche, aquella noche en la que el hombre se había superado a sí mismo en la invención de máquinas para matar y mutilar a sus hermanos, la tierra en la que yacía su propio cuerpo apenas había cambiado. A pesar de estar llena de cicatrices y agujereada por las bombas, era la misma: le pertenecía a él y siempre le pertenecería. Por más que quisiera abandonarla, no

podría; estaba unido a ella para siempre; podría ponerse unas alas y elevarse por encima un momento, pero al final regresaría a ella.

¿Por qué, se preguntó, el hombre se estaba volviendo cada vez más incapaz de comprender esta pura verdad? ¿Por qué no podía meterse en la cabeza que aquello por lo que peleaba ya era suyo? ¿Acaso había una maldición sobre la raza humana que limitaba su inteligencia? Winston movió la cabeza porque sabía que no lo sabía; sólo sabía que había odio en el mundo, un odio hiriente e implacable. Sabía que el mundo había engendrado tanto odio en los últimos dos mil años que duraría dos mil años más. Sabía que siempre habría una guerra hasta que llegara el día en que la mente humana fuera capaz de entender una pura verdad.

Sintió que la garganta se le agarrotaba para recibir el estertor de la muerte y movió un poco la cabeza, la movió adelante y atrás para conservar la consciencia un momento más, pues en su mente había una enfermiza desesperación, una inútil conciencia de que, por más que él conociera la verdad de la guerra, eso no le serviría de nada a nadie. Pensó con humildad que ojalá hubiera alguna forma de comunicársela a sus paisanos de Indiana, ojalá tuviera una oportunidad para imbuir la verdad en sus mentes, pues los veía marchando, a miles de ellos, millones, desfilando de una colina a otra, jóvenes soldados oscureciendo el suelo norteamericano con las sombras de sus uniformes y sus armas. Los imaginaba en los buques de transporte surcando los mares; veía los rostros de muchachos a los que él había visto y conocido: Bill Williamson y sus otros amigos de Indianápolis, los chicos del *Chronicle* de Mayburg y los de la universidad. Dejaban sus hogares, sus escuelas y sus trabajos para enfrascarse en el vaivén de ataques y retiradas, para apretar cientos

de gatillos y lanzar cientos de granadas, para caer, sangrar, sufrir y morir. Veía sus rostros, sus ojos, azules, grises, pardos, marrones y negros; sus cabellos, rubios, castaños y negros; sus narices, aguileñas, rectas y curvadas... Miles de rostros que presionaban la pantalla de su mente, la llenaban y la desbordaban. Deseó con desesperación encontrar la forma de que su mente salvara el abismo del espacio y entrara en las de ellos para que oyeran y recordaran sus palabras sin necesidad de susurrárselas al oído. Entonces podría decirles que siempre habría guerras y que éstas nunca solucionarían nada; podría decirles que, por más que creyeran tener motivos para luchar a favor o en contra de algo, en realidad no lo hacían por ninguno de dichos motivos: luchaban porque los habían enseñado y autorizado a odiarse unos a otros. Ésa era la única razón verdadera por la que combatían, todos ellos, hasta el último de los que marchaban de un horizonte a otro de los Estados Unidos.

Winston sintió que la sangre, tan fluida antes, se iba deteniendo en sus constreñidas venas. Con repentino temor, se preguntó cómo respondería si le preguntaban por qué se había hecho soldado. En realidad, ¿por qué se había presentado voluntario? ¿Qué estaba haciendo allí, en suelo extraño, tan lejos de su hogar? ¿Podría responder lo que una vez había creído, es decir, que había ido para combatir a los alemanes porque sus ideas de persecución, opresión y conquista del mundo hicieron que los odiara? ¿Fue eso lo que había despertado el odio en su pecho de manera tan intensa que se había hecho soldado? ¿O tendría una respuesta diferente que dar, la verdad tal y como la veía ahora?

Winston abrió los ojos. Comprendió que tendría que decirles la verdad, pues ésta no se podía esquivar, del mismo modo en que él

no podía negar aquel último momento de realidad.

Su país lo había traicionado. Ésa era la razón por la que había ido a Europa a luchar. Su propio país, la tierra en la que nació y creció, los árboles en los que sus padres habían grabado sus corazones, los campos que sus abuelos habían arado y sembrado, los ríos y las montañas que sus antepasados habían cartografiado, el aire que habían respirado con intrépida nariz ante indios, ingleses, franceses, españoles y mexicanos... Todo eso lo había traicionado, todo le había robado su herencia y le había vuelto la espalda.

Comprendió que ésa era la verdad. Sus propios amigos lo habían traicionado. Martha Petersen se había casado con otro hombre cuando Winston más la necesitaba. Bill Williamson había mirado para otro lado cuando Winston pasó junto a él. El señor Williamson había roto una promesa o una casi promesa. El viejo Carter había lanzado a Winston al frío de la calle sin darle tiempo a desarrollar una piel protectora.

No había sitio para él en su propio país, y ése era el motivo por el que había ido a Europa a luchar. De Maine a California, de Florida al río Oregón, los Estados Unidos habían trazado una X gigante que anulaba sus esperanzas y sus sueños. Ni en las ciudades prósperas, ni sobre las serpenteantes carreteras, ni en los campos cargados de maíz y trigo, ni en los huertos rebosantes de frutos rojos, amarillos y naranjas, ni en los ríos en los que retozaba el salmón, ni en la profundidad de las minas de oro, carbón y cobre, ni en los mares salados y los lagos dulces en los que los barcos de vapor cabeceaban entre la espuma..., en ningún sitio había nadie que lo quisiera.

Eso era lo que tendría que decir si le pedían la verdad. Estados Unidos no le había procurado un porvenir. Estados Unidos, la tierra de promisión, no había cumplido sus promesas. La dama de la Libertad, erguida en su isla, en el bullicioso puerto, había sostenido en alto un garrote para aplastar sus ambiciones, no una antorcha que iluminara su camino hacia la libertad. Tendría que decirles que Estados Unidos no era la tierra de promisión. Una vez lo fue, pero ya no. La tierra seguía siendo la misma, el oro seguía depositado en las colinas y los lechos de los ríos, los manzanos seguían extendiendo sus raíces en el generoso suelo, la hierba seguía creciendo entre las baldosas del pavimento; las gaviotas volaban sobre las mismas costas abruptas y los patos salvajes alzaban el vuelo sobre los mismos bosques y praderas fértiles. Pero Estados Unidos ya no era la tierra prometida. Los hombres y las mujeres que vivían de la tierra ya no tenían fe en su país. Tendría que decirles eso. Por ese motivo Estados Unidos ya no era la tierra de promisión. Los granjeros temían que el suelo estuviera volviéndose estéril. Los mineros temían que la tierra ya no diera más carbón. Los trabajadores de las fábricas temían que no quedara nadie para comprar sus productos. En cada rincón, los estadounidenses temían por las posibilidades de su país. En los viejos tiempos, cuando América era la tierra prometida, los pioneros se habían abierto camino por territorios vírgenes y habían saludado al sol poniente con voces vigorosas. En cambio, hoy los estadounidenses se metían en sus casas por la noche y bajaban las persianas hasta el alféizar, escondían su oro bajo el suelo y miraban con suspicacia a sus vecinos. Tendría que decirles que los estadounidenses temían por su país. El miedo y la desconfianza conformaban el estado de ánimo de Estados Unidos, y

por eso Martha Petersen se había casado con otro hombre, Bill Williamson había dejado de ser su amigo, el señor Williamson había roto su casi promesa, y el viejo Carter lo había despedido por más que su salario fuera de apenas quince dólares a la semana. Y ésa era la razón por la que Winston había ido a Europa a luchar contra los alemanes, y la razón por la que yacía allí exhalando su último aliento: no porque los alemanes representaran la opresión y la crueldad, aunque él se opusiera a esas ideas, sino porque los estadounidenses, que habían perdido la fe en el futuro de Estados Unidos, lo habían traicionado.

Winston sintió que se abismaba en una niebla muy diferente de la bruma de la semiinconsciencia en la que había caído antes. Comprendió que la muerte se lo estaba llevando y no podía sino pensar con pena en que todo podría haber sido muy diferente para él si su país no hubiera perdido la fe en su propio futuro. Apesadumbrado, pensó que podría haber sido un periodista competente y haber satisfecho a sus lectores escribiendo la verdad como él la viera. Podría haber sido granjero, profesor o muchas otras cosas. Podría haber vivido en una casa de campo y haberse casado con una mujer para formar una familia. Podría haber votado, pagado sus impuestos y donado a la caridad; podría haberse sentado en un consejo para resolver los problemas de su comunidad. Todas esas cosas podría haber sido y haber hecho si Estados Unidos le hubiera dado la menor oportunidad.

La niebla se volvía más espesa y oscura, y en ella destellaban perlas y puntos de vívidos colores. Winston cerró los ojos. Tampoco le contentaba pensar que a las personas que lo habían traicionado pronto las mutilarían y las matarían. No quería que murieran por el

mero hecho de que él estuviera muriendo. No sentía pena por sí mismo, pero sí por ellos, pues él ya estaba muerto, había sufrido todo el dolor y el remordimiento que se podía sufrir, mientras que ellos tenían la agonía por delante, acercándose inexorablemente cada día. Apenas había oportunidad de que Estados Unidos, la tierra sin promisión, pudiera escapar de ello, ya que tanto los frustrados jóvenes como los recelosos ancianos aprendían a odiar. Los amigos desconfiaban de los amigos y los padres desconfiaban de sus hijos porque todos ellos recelaban del futuro de su país. Y la desconfianza generaba odio, y éste enviaba a los hombres a la guerra.

Mientras la muerte se posaba en su pecho y lo miraba directamente a la cara, Winston pensó que apenas había salida alguna. A Bill Williamson, que lo había menospreciado porque temía que fuera un necesitado que codiciara las posesiones de su familia, lo podrían enviar allí a morir. Martha Petersen, que se había casado con otro hombre porque no tenía fe en los recursos de Winston, estaría teniendo hijos y enviándolos a morir. Incluso el señor Williamson y el viejo Carter, que le habían vuelto la espalda porque temían lo que pudiera ocurrir en los años venideros, irían allí a morir, aun siendo viejos como eran. Y las bombas caerían sobre las mujeres que estaban en casa, sobre Martha Petersen, sobre la señora Williamson y sobre su propia madre, que estaría sentada en la cama de su hijo mirando las medallas y las insignias de la caja de latón. Las bombas caerían sobre todos ellos y los volarían en pedazos, y no tendrían a nadie a quien culpar salvo a sí mismos. Todos ellos se desangrarían, sufrirían y morirían porque habían perdido la fe en el futuro de su país.

La muerte tendía sus enjutas manos y lo llamaba, pero Winston era reacio a partir, pues se preguntaba por qué había tardado tanto tiempo en averiguar la verdad; por qué la había averiguado cuando ya era incapaz de comunicársela a nadie. Y se preguntaba por qué había cruzado el océano desde tan lejos para luchar cuando podría haberse quedado en casa, en Indianápolis, y haber luchado allí. Pensó que en Estados Unidos había una guerra en la que luchar, ¡y qué guerra! No estaba orgulloso de haber sido soldado en la BEF aunque sí lo estaría de ser general de aquel otro Ejército. Y se presentarían voluntarios millones de hombres, jóvenes valientes con rostros duros y fieros, hombres de los campos, las fábricas, las calles de las ciudades y los caminos rurales, hombres que marcharían al oeste agitando los puños hacia el crepúsculo. Winston gimió quedamente y movió la cabeza. No quería morir; quería vivir, regresar a su hogar y luchar en la guerra de su país, en la guerra que convertiría otra vez a Estados Unidos en la tierra de promisión. Quería volver a tener fuerzas para poder levantarse y marchar con el Ejército, los desempleados y los desposeídos, los jóvenes salidos de la universidad y los muchachos de los barrios bajos, los aparceros y los trabajadores explotados, los afroamericanos y los latinoamericanos, los desnutridos hijos de las grandes ciudades, los judíos americanos y los italoamericanos, y los descendientes de armenios, irlandeses, ingleses, franceses, alemanes y españoles, los vagabundos y los que huían de la sequía del oeste, los pedigüños, los pordioseros y los mendigos del contaminado este... Quería marchar con todos y cada uno de los que tuvieran fe en la promesa de Estados Unidos, que amaran la tierra y creyeran en el futuro de ésta, pese a que su patria les hubiera dado la espalda. De arriba

abajo y de un lado a otro del país, todos marcharían y, aunque tuvieran los puños apretados, no habría odio en sus corazones. Lucharían sólo para que Estados Unidos volviera a sonreírles y sólo tomarían lo que les pertenecía desde el principio, la tierra, el agua y el aire, la nieve de las montañas en invierno, los atardeceres rojos y violeta del Golfo y de los Grandes Lagos, las gaviotas, los patos y las golondrinas que vuelan al norte en primavera, las flores que crecen pletóricas y fragantes en verano, y las hojas secas para hacer una gran fogata humeante en otoño. Lo tomarían, lo devolverían y volverían a tomarlo, y las barras y estrellas serían más rojas, blancas y azules cuando la guerra terminara y la corneta tocara solemne por los valientes caídos.

Eso era lo que quería hacer: ir a casa y luchar, y luchar, y luchar, y no morir allí en aquel lejano suelo enfangado. Mientras sus pulmones dejaban de respirar, pensó que eso era lo que los otros tenían que hacer, los jóvenes y los viejos, los negros y los blancos, los cristianos y los judíos, los hombres y las mujeres y los niños. Entonces volvería a haber aire en Estados Unidos para que personas libres lo respiraran, y habría un olor acre en el aire del otoño cuando los hombres avanzaran hacia la promesa del oeste.

En Indianápolis la noche refrescaba y a Eunice Bowers le costaba conciliar el sueño. Se levantó de la cama, fue a la cocina temblando un poco bajo su quimono y miró en la nevera. Pensó que no había un tentempié rápido para tomar, salvo un muslo de pollo, los restos de una ensalada, un poco de leche, unas galletas saladas y mantequilla, pero lo aprovechó bien. Mientras se metía la comida en la boca de forma poco elegante, pensó que la esposa del viejo Carter no tenía razón; Winston no había ido a la guerra porque

tuviera una visión. Eso era una tontería, era justo lo que se esperaba que dijera una mujer de una ciudad provinciana como Mayburg. Winston había ido a Europa porque quería viajar, igual que su hermano Joe, que trabajaba para la dirección general de la compañía telefónica. Cualquiera con un poco de sentido común lo comprendería. Eunice Bowers arrugó el ceño. Se estaba armando mucho alboroto por Winston y la guerra, y a ella eso no le gustaba. Si Bill Williamson estuviera pensando en hacerse soldado, con uniforme y medallas, después de todo lo que ella había hecho por él, tendría que pensárselo dos veces. Ella le había dado los mejores meses de su vida, había hecho cosas por él que una mujer no hace a menos que el hombre se case con ella y le regale un anillo de diamantes y dinero. Eunice Bowers concluyó con firmeza que Bill Williamson, si de veras le importaba lo que ella pensaba, se quedaría en Indianápolis y se casarían. Eructó y siguió con su solitario banquete.

Bill Williamson disparaba a los alemanes en sueños, agazapado tras una ametralladora y matando a un extraordinario número de ellos, mientras que a él no lo alcanzaba ninguna de las balas contrarias. Pensó con aire de superioridad que esta vez esos germanos tendrían que rendir cuentas, y ya era hora, por cierto, después de haberse salido con la suya en tantas cosas. Una bala alemana alcanzó finalmente a Bill Williamson, aunque por suerte sólo le dejó una elegante herida en una parte indefinida de su cuerpo y no le impedía recibir la medalla al valor que al día siguiente le otorgaban los generales en la retaguardia. Se agitó bajo las sábanas. La guerra era horrible, pero ¿qué podía hacer un hombre cuando esos alemanes estaban siendo tan insolentes? Tarde o

temprano había que darles una lección, y tal vez era el momento. Por supuesto, sería muy duro dejar a sus padres y a Eunice Bowers, pero quizá ésta podría unirse a la Cruz Roja e ir a Francia con él. Entonces él mataría alemanes por el día y dormiría con ella en la retaguardia por la noche. Bill Williamson pensó en sueños que todo sería muy fácil de organizar.

La señora Williamson estaba acostada en su cama gemela con los ojos muy abiertos, pero no se movía ni hacía ningún ruido, pues sabía que el hombre de la cama de al lado había tenido un día y una noche muy ajetreados, y el día siguiente también sería ajetreado, y ella quería que esa noche durmiera bien. Pensó que lo de Winston era una pena, aunque quizá era mejor para él haber muerto. Un muchacho sin familia ni dinero no tenía porvenir en esos tiempos, ¿y qué sentido tenía vivir si no podías pertenecer a la clase acomodada para disfrutar de las mejores cosas de la vida? Por supuesto era injusto, pero así eran las cosas, ¿y quién era ella para cambiarlas? Ella sólo era una madre, y lo único que podía hacer era mirar por los suyos. Su hijo Billy no iría a la guerra; ella dedicaría su vida a retenerlo en casa. Pensó de repente que lo que había que hacer, y de inmediato, era casarlo con Eunice Bowers. ¡Eso era! Eso lo resolvería todo. A todas luces, Billy era virgen e inquieto, como todos los jóvenes; sin embargo, cuando se casara con Eunice Bowers, conocería el puro placer de poseer a una mujer, y eso lo tendría ocupado una buena temporada, hasta que las nubes de la guerra se disiparan.

El señor Williamson estaba acostado en su cama gemela, con la colilla de un cigarro imaginario entre los dientes y mirando al techo; se alegraba de que su esposa hubiera tenido la sensatez de

quedarse dormida y dejarlo a él a solas con el hombre de las alturas para resolver las cosas. Cuanto más pensaba en el problema de qué hacer respecto a su hijo, más incapaz era de tomar una decisión. ¿Debería preparar el terreno para conseguirle a Bill un empleo fácil y seguro en el Ejército, o debería cerrar la boca y dejar que fuera el futuro el que se ocupara de su hijo? Cuanto más pensaba en ello, más se enfadaba con Winston, que claramente había empezado esa batalla yéndose a Francia y dejándose matar sólo para poder tener al señor Williamson en vela por las noches. Bueno, ipues despierto estaba! El señor Williamson estaba irritado; pese a sus problemas en el banco y al trabajo que lo esperaba al día siguiente, estaba completamente despierto en mitad de la noche. Por la mañana tendría dolor de cabeza y acidez de estómago, por si le servía a Winston de satisfacción. Apretando los dientes se preguntaba por qué era la gente tan rencorosa. ¿Por qué no paraba Winston de molestarlo, se marchaba y lo dejaba dormir de una santa vez? Lo ponía tan furioso que le daban ganas de levantarse y volver con la pelirroja del centro, y se enfurecía aún más al darse cuenta de que a esas horas de la noche, con su esposa acostada a su lado, eso era imposible.

La esposa del viejo Carter dormía un sueño ligero alterado por los gases y pensaba con aire de suficiencia que Winston había tenido una visión, por mucho que las jóvenes del estilo de Eunice Bowers, con su ropa interior de seda y sus besuqueos en los coches, dijeran lo contrario. La esposa del viejo Carter concluyó que, si pudiera, les daría a todas esas jóvenes putillas una zorra a la antigua usanza que les sentaría de maravilla. El viejo Carter dormitaba junto a ella,

dando vueltas en la cabeza a frases y expresiones que utilizaría para escribir su artículo por la mañana:

«Han matado a mi hijo», decía anoche la señora Mary Winston, sentada en una mecedora del comedor de su modesta vivienda de Indianápolis mientras lloraba sin rubor. «Han matado a mi niño.» Acababa de conocer la noticia de que Peter Winston, de veintitrés años, su hijo, quien por cierto fue un destacado reportero del *Chronicle* de Mayburg, había fallecido en Francia mientras luchaba contra...

El viejo Carter empezó a roncar, y su esposa le dio con el codo en las costillas.

La madre de Winston estaba meciéndose en su butaca; Martha Christiansen, con la cabeza hundida en dos almohadas y la boca semiabierta, dormía profundamente y apenas soñaba...

La muerte atenazaba con dedos enjutos la garganta de Winston y le robaba la respiración. Eso lo llevó a reparar, con repentina preocupación, en que debía dinero a la compañía financiera por la radio, y a la empresa de la afeitadora eléctrica, y al Open Door de Mayburg. Habían confiado en él, pensó con angustia, y ahora él nunca podría pagarles. Supuso que nunca podría volver a hacer nada, a juzgar por la gris y sombría neblina que iba cubriéndole los ojos. Eso lo llevó a preguntarse qué puñetas estaba haciendo él allí y, por mucho que lo intentó, no consiguió recordarlo. Un gran obús salió en espiral del cielo y cayó directamente sobre Winston. Cuando el humo se disipó, él ya no estaba allí.

En tierra de nadie

Si hay un tema literario por excelencia es el de la lucha entre el bien y el mal. Y a veces esa lucha es tan implacable que incluso el bien ha de recurrir al mal para vencer a éste. El bien ha de plantarle cara al mal con sus propias armas. Qué paradoja, pues, de ser así, tendríamos que admitir que al final es el mal el que gana siempre.

Éste es el dilema que aflige a Peter Winston: el soldado pacifista, el muchacho que odia la guerra, que no entiende que los hombres hayan de matarse unos a otros para solucionar sus conflictos, considera que esa guerra que detesta es el único medio de evitar un mal mayor.

Peter Winston es un demócrata convencido: cree en la libertad de los ciudadanos, en la igualdad de los pueblos y en el patriotismo; en su opinión, el legado de sus antepasados es un tesoro de sabiduría, valor y lealtad que hay que proteger. Sin embargo, el amor a su país no le impide ver que en Estados Unidos, ese modelo de libertad y democracia, la tierra de las oportunidades, también hay miseria, desamparo y desesperanza. En efecto, quizá en eso consista

el verdadero patriotismo: no en ensalzar al propio país diciendo que es el mejor, sino en desear que sea lo mejor posible.

Pero, en realidad, Winston se alista como voluntario «no porque los alemanes representaran la opresión y la crueldad, aunque él se opusiera a esas ideas, sino porque los estadounidenses, que habían perdido la fe en el futuro de Estados Unidos, lo habían traicionado». Es decir, encuentra en la noble causa de la lucha por la democracia una salida a la sordidez de su situación, a su falta de expectativas, a su pobreza. Se marcha al extranjero a luchar por el bien de su país ya que éste le ha dado la espalda. Una nueva paradoja.

Ese tumulto emocional, el enfado con su lugar de origen y el resentimiento unidos a la repugnancia por la tiranía que el enemigo alemán pretende imponer al mundo, es tan poderoso que nadie consigue detenerlo, ni su madre ni sus amigos, que insisten en que esa guerra «no es suya», mientras que él considera que es de todos, pues, como le dice al señor Williamson, «alguien tiene que proteger a quienes no van a protegerse a sí mismos». Cabe recordar aquí que, en 1940, el año en que Herbert Clyde Lewis escribió *Ofensiva de primavera*, los estadounidenses estaban divididos entre, por un lado, quienes apoyaban la intervención del país en la Segunda Guerra Mundial y, por el otro, los partidarios del aislacionismo.

Para ahondar aún más en su abatimiento, en su tedio existencial, al llegar a Francia, Winston se encuentra en plena «guerra de broma» (*drôle de guerre*), el período de inactividad bélica que tuvo lugar entre septiembre de 1939 y mayo de 1940, durante el cual los ejércitos aliados no llevaron a cabo ninguna acción militar. De este modo, Winston está inmerso en una situación de aburrimiento vital, de falta de actividad y de integración en una comunidad,

precisamente todo aquello de lo que había querido huir al alistarse en el Ejército. Y, para vencer ese hastío, esa monotonía que lo va llevando a la desesperación, se le ocurre la extraña idea de plantar flores en «tierra de nadie», el terreno que se extiende entre la línea Maginot francesa y la línea Sigfrido alemana. Plantar flores en el campo de batalla: ésa es la poética y utópica *ofensiva de primavera* de Peter Winston.

El temperamento y el estado de ánimo que Herbert Clyde Lewis atribuye a su Peter Winston nos recuerdan al Arturo Bandini de John Fante: es un joven decepcionado, hastiado, sin esperanzas, con un impulso natural hacia la escritura y que anhela el sexo y el amor. Al igual que Bandini, Winston desea integrarse en la sociedad, formar parte de la identidad estadounidense, al tiempo que muestra un carácter existencialista que lo lleva a meditar de continuo sobre sí mismo, sobre el sentido de la vida y sobre la responsabilidad individual.

Curiosamente, también entre John Fante y Herbert Clyde Lewis se dan ciertas coincidencias: ambos nacieron en 1909, eran descendientes de inmigrantes europeos y trabajaron como guionistas en el Hollywood de las décadas de 1930 y 1940. Por otra parte, del mismo modo en que a Arturo Bandini se lo considera el *alter ego* de John Fante, Peter Winston tiene también mucho de su creador: el sentimiento antibelicista, el oficio de periodista, el deseo de conocer otros lugares, el aprecio por la diversidad cultural, el respeto a todas las clases sociales. En 1943, después de una visita a Brownsville, el barrio en el que se había criado, Herbert Clyde Lewis escribió un artículo para el periódico *Los Angeles Times* en el que lo

calificaba de *perfecto crisol cultural* de Estados Unidos, pues allí vivían personas llegadas de todos los rincones de Europa, de Oriente Próximo y de China, «y vivían juntos sin matarse entre sí», respetando las creencias y la cultura de los otros.

Esta misma voz es la que oímos cuando Peter Winston, mientras yace moribundo en el campo de batalla, piensa que querría «volver a tener fuerzas para poder levantarse y marchar con el Ejército, los desempleados y los desposeídos, los jóvenes salidos de la universidad y los muchachos de los barrios bajos, los aparceros y los trabajadores explotados, los afroamericanos y los latinoamericanos, los desnutridos hijos de las grandes ciudades, los judíos americanos y los italoamericanos, y los descendientes de armenios, irlandeses, ingleses, franceses, alemanes y españoles, los vagabundos y los que huían de la sequía del oeste, los pedigüeños y los pordioseros y los mendigos del contaminado este...».

Y, si a John Fante se lo considera precursor del realismo sucio, también en la novela de Herbert Clyde Lewis encontramos muchas claves que parecen anticiparlo.

En efecto, el realismo sucio nos presenta el reverso del sueño americano, la otra cara del país de las oportunidades, y para Peter Winston Estados Unidos no es la tierra prometida, sino precisamente la «tierra sin promisión». Él mismo encarna el desencanto, la frustración, la desesperanza del joven que no ve un futuro para sí, el hombre de la calle que representa la sordidez de la vida cotidiana y lamenta la hipocresía, el individualismo, la frialdad, los trabajos precarios, el aislamiento social, la amarga vuelta al hogar materno de quienes pierden su empleo...

Además, *Ofensiva de primavera* contiene una mezcla de sordidez y poesía que también nos recuerda a Fante, además de una combinación de dureza y compasión que se manifiesta en el uso que hace Lewis de la voz narrativa, una voz que se adentra de tal manera en los pensamientos y las emociones del protagonista que casi se funde con ellos en un peculiar flujo de conciencia. Los lectores tenemos acceso al alma de Winston, a sus más oscuros y arraigados sentimientos, a sus más luminosas y volátiles esperanzas a través de esa penetrante voz narrativa. Asistimos a los vaivenes de sus ideas y de su conciencia, a sus dudas y sus miedos, a la paulatina alteración de su estado mental y emocional, a sólo un paso de distancia del monólogo interior.

Las circunstancias que rodean *Ofensiva de primavera* son sin duda curiosas. Como se ha visto, la novela se desarrolla durante el ataque del Ejército alemán a la línea Maginot, en la primavera de 1940. Sin embargo, dicho ataque jamás se produjo en la realidad. Cuando el libro se publicó, en ese mismo año, la Historia había seguido un camino diferente. Contrariamente a lo que los ejércitos francés y británico esperaban, Alemania no atacó Francia en abril, sino en junio, y no por la frontera francoalemana, sino a través de los Países Bajos para así burlar la línea defensiva francesa. Este giro inesperado de los hechos hizo que la novela de Lewis quedara de inmediato relegada al olvido, ya que a los lectores, al igual que a los vecinos de Winston, les interesaban las noticias reales de la contienda, y no una narración de lo que no había ocurrido.

Desde nuestra perspectiva actual, sin embargo, este hecho le confiere al texto una dimensión especial, ya que en este aspecto puede verse como una ucronía, es decir, una visión alternativa de la historia real, una ficción que recrea un acontecimiento histórico no como fue, sino como pudo haber sido. Una ucronía involuntaria, no premeditada, y escrita no en un tiempo posterior, sino en el momento mismo de los hechos.

Así, esta novela que en el pasado quedó en tierra de nadie encuentra su lugar en nuestro presente.

ÁNGELES DE LOS SANTOS
Febrero de 2025

1 La Fuerza Expedicionaria Británica, o BEF (British Expeditionary Force), estaba constituida por las divisiones que el Ejército británico envió al norte de Francia durante las dos guerras mundiales para apoyar a las tropas francesas contra las alemanas.

2 Shylock es el avaro prestamista de *El mercader de Venecia* (1600), de William Shakespeare.

3 Horace Greeley (1811-1872), periodista y político norteamericano conocido por su talante antiesclavista. Fue fundador de la revista literaria *The New Yorker* (1834) y del periódico *New York Tribune* (1841). También fundó el Partido Republicano Liberal y fue defensor de la expansión hacia el oeste, por lo que se le atribuye esta frase.

4 Referencia a la segunda Boston Tea Party, que tuvo lugar en marzo de 1774, cuando un grupo de bostonianos abordó el barco *Fortune* y arrojó al agua treinta cofres de té, importados por los británicos, en señal de protesta por los elevados impuestos que, sin consenso, Gran Bretaña imponía a los colonos.

5 Durante la guerra de independencia norteamericana, George Washington y su Ejército Continental pasaron seis meses (entre diciembre de 1777 y junio de 1778) en un campamento levantado en Valley Forge, donde padecieron hambre, frío y enfermedades.

6 Referencia al poema de Rudyard Kipling «Gunga Din» (1890), nombre de un aguador indio que acompaña a los militares británicos y muere heroicamente en una batalla.

ÍNDICE

Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve

En tierra de nadie [Posfacio de la traductora]